*Antonio Labriola*

# DEL MATERIALISMO HISTORICO

1902

Fondo documental **EHK** Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

# DEL MATERIALISMO HISTORICO

Antonio LABRIOLA
1902

**Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para facilitar su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.**

Este trabajo ha sido convertido a libro digital
para uso interno y para el estudio e investigación
del pensamiento marxista.

**Euskal Herriko Komunistak**
**http://www.ehk.eus**
**http://www.abertzalekomunista.net**

**Del materialismo histórico**
(DILUCIDACIÓN PRELIMINAR)

***TRADUOOIÓN DE JOSÉ PRAT***

F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES
Calle del Palomar, núm. 10
**VALENCIA.**

Imp. de la Casa. Editorial F. Sempere y Compª—VALENCIA

*La primera edición italiana de este trabajo, de fecha 10 de Marzo de* 1896, *llevaba la siguiente* ADVERTENCIA:

*«El lector verá por sí mismo, desde las primeras líneas de este escrito, que entro en seguida en materia sin preámbulos de ninguna clase,*

*» Me parece que ya el* primer ensayo ([1]), *que precede a éste, ofrece por sí solo una suficiente preparación elemental para quien tenga necesidad de ella.*

*» A decir verdad, no agrada al conocimiento puro y sencillo de las cuestiones científicas aquel tonillo de Literatos que emplean algunos, los cuales, casi situándose por encima de las cosas, de éstas hablan como si estuviesen fuera de ellas, Lo que más importa en este género de tratados, es colarse directamente dentro de las mismas cosas con aquel modo de discusión que forma un solo cuerpo con la exposición doctrinal. Únicamente a este precio podemos llevar la persuasión y la convicción a las mentes. Únicamente con este procedimiento venceremos positivamente todas las dificultades y eliminaremos de hecho las opiniones en contrario que otros pudieran aducir.*

*"El título de* dilucidación preliminar *que empleo, no es expresión ni de cautela ni de modestia. Designa simplemente la índole de este escrito y señala sus confines precisos»*

*En esta segunda edición me he limitado a corregir algunas palabras y algún que otro giro de frase. A decir verdad, de querer responder a* todas *las criticas y a todas las objeciones que en estos últimos años se levantaron contra las doctrinas aquí representadas, tendría que transformar en enciclopedia este simple y corriente tomito. ¿Y dónde iría a parar entonces el carácter de la* dilucidación preliminar?

*Para aquellos lectores que tengan deseos de conocer de cerca el tenor de las polémicas referentes al* materialismo histórico *suscitadas durante estos últimos tiempos, reproduzco al final, en forma de* apéndice, *un articulo mío de critica, que se publicó en la* Rivista di Sociología *de Junio de 1899.*

ANTONIO LABRIOLA.

Roma 20 de Mayo de 1902.

[1] *In memoria del manifesto del comunisti.* Ermanno Loescher editor, Roma.

7

# DEL MATERIALISMO HISTÓRICO

## I

En este, como en tantos otros géneros de consideraciones, pero en este más que en cualquier otro, no es pequeño impedimento, antes vuélvese fastidioso estorbo, aquel vicio de las mentes adoctrinadas solamente con los medios literarios de la cultura que suelen llamarse *verbalismo.* Esta mala costumbre se insinúa y se extiende por todos los campos del saber; pero en los tratados que se refieren al llamado mundo moral, al complejo histórico-social, sucede a menudo que el culto y el imperio de las palabras llegan a corroeros y a apagaros el sentido vivo y real de las cosas.

Allí donde la prolongada observación, el reiterado experimento, el seguro manejo de refinados instrumentos, la aplicación dotal o al menos parcial del cálculo, dispusieron la mente en una metódica relación con las cosas y con sus variaciones, como sucede en las ciencias naturales propiamente dichas, el *mito* y el *culto de las palabras* quedaron superados y vencidos, y las cuestiones terminológicas no tienen ya más valor que el subordinado de una mera convención.

8

En cambio, en el estudio de las relaciones y de las vicisitudes humanas, las pasiones y los intereses y los prejuicios de escuela, de secta, de clase, de religión, y después el abuso literario de los medios tradicionales de representación del pensamiento, y la *escolástica,* nunca vencida, antes siempre renaciente, o velan las cosas efectivas, o sin advertirlo las transforman en términos, en palabras y modos de decir abstractos y convencionales.

De tales dificultades es necesario que ante todo se dé cuenta quien lanza al público la expresión o fórmula de *concepción materialista* de la historia. A muchos ha parecido, parece y parecerá que es obvio sacar su sentido del simple análisis de las palabras que la componen, antes que del tejido de una exposición del estudio genésico de cómo se ha producido la doctrina([1]), o de la polémica con que sus sostenedores rebaten las objeciones de los adversarios. Tiende siempre el verbalismo a encerrarse en definiciones puramente formales; lleva la mente hacia el error de creer que es cosa fácil reducir a términos y expresiones simples y palpables la intrincada y cruel complicación de la naturaleza de la historia, e intriga la creencia de que es cosa. hacedera tener ante los ojos el multiforme y compliflcado entrelazamiento de las causas y de los efectos, como si estuviéramos en un teatrito, o para decirlo de modo más breve, anula el sentido del problema porque no ve más que denominaciones.

9

*

* *

Y si por añadidura se da el caso de que el verbalismo encuentre apoyo en tales o cuales otras suposiciones teóricas, como la de que *materia* quiere decir alguna cosa que está por debajo o frente a otra cosa más alta y más noble llamada espíritu, o si se da. el caso de que se confunda éste con el hábito literario de contraponer la palabra materialismo, entendida en sentido despreciativo, a todo lo que compendiosamente llámase idealismo] o sea al

---

[1] Este estudio genésico fue el argumento y el objeto principal de mi primer ensayo: *In memoria del manifestó dei comunisti*, el cual es precisamente el preámbulo indispensable para inteligencia de todo lo demás.

conjunto de toda inclinación y acto antiegoístico, entonces sí que estamos perdidos. Y he aquí que oímos decir que con esta doctrina se intenta explicar todo el hombre con el solo cálculo de los intereses materiales, negando cualquier valar a todo interés ideal. Semejantes confusiones son en gran parte hijas de la inexperiencia, de la incapacidad y del apresuramiento de ciertos adversarios y propagadores de esta doctrina, los cuales, con el afán de explicar a otros lo que ellos mismos no entendían por completo, mientras la misma doctrina está aún en sus balbuceos y tiene necesidad de mucho desarrollo, han afectado aplicarla tal cual al primer caso o hecho histórico que les cayere en manos, y la han casi reducido a migajas, exponiéndola a la vida crítica fácil y a la burla de los que acechan novedades científicas y de otros desocupados por el estilo.

10

*

* *

Por cuanto es lícito aquí en catas primeras páginas rechazar, aunque sólo sea preliminarmente, estos prejuicios y redargüir las intenciones y las tendencias qua las apoyan, precisa recordar; que el sentido de esta doctrina se infiere ante todo de la posición que esta doctrina asume y ocupa enfrente de aquellas contra las cuales efectivamente se levantó, y especialmente contra toda clase de *ideologías;* que la señal de su valor consiste exclusivamente en la explicación más conveniente y congrua del sucederse de las vicisitudes humanas, que de esta misma explicación deriva; que esta misma doctrina no implica una preferencia *subjetiva* por una cierta calidad y suma de intereses humanos contrapuestos a otros intereses por elección de arbitrio, sino que enuncia solamente la objetiva coordinación y subordinación de todos los Intereses en el desarrollo de cualquier sociedad, y lo enuncie por medio de aquel proceso genésico, consistente en ir de las condiciones a los condicionados, de los elementos de la formación a la cosa formada.

11

*

* *

Construyan tantos castillos como quieran en el aire los *verbalistas* sobre el valor de la palabra *materia,* en cuanto es señal de recuerde de metafísica excogitación, o en cuanto es expresión del último resultado hipotético de la experiencia naturalista. Aquí no estamos en el campo de la física, de la química o de la biología; buscamos solamente las condiciones explícitas del vivir humano en cuanto éste no sea ya simplemente animal. No se trata ya de inducir o de deducir nada de los datos de la biología, sino de reconocer antes que nada las peculiaridades del vivir humano, que se forma y desarrolla con el sucederse y perfeccionarse de las actividades del mismo hombre en dadas y variables condiciones, y de encontrar las relaciones de coordinación y de subordinación de las necesidades, que son el resultado del querer y del obrar. No se trata de descubrir una intención, ni se trata de enunciar una valuación de precio; se quiere evidenciar solamente la necesidad de hecho.

12

Y como los hombres, no por elección, sino porque no pueden obrar de otro modo, satisfacen primero ciertas necesidades elementales y de éstas después se desarrollan otras, refinándose, y como para satisfacer estas necesidades, sean las que sean, encuentran y emplean ciertos medios e instrumentos y se asocian en ciertos determinados modos, el materialismo de la interpretación histórica no es otra cosa que la tentativa de rehacer mentalmente, con método, la génesis y la complicación del vivir humano desarrollado a través de los siglos. La novedad de tal doctrina no es diferente de la de todas las demás doctrinas, que después de muchas peripecias en el campo de la fantasía, han llegado por fin penosamente a hacer presa en la prosa de la realidad y a detenerse en ésta.

13

## II

De una, cierta afinidad, por lo monos en las apariencias, con este vicio formal del verbalismo, existe otro defecto, que se deriva en las mentes por diversos caminos. Teniendo en cuenta los efectos suyos más comunes y populares, lo llamaré *fraseológico,* por más que esta palabra no exprese aquí por entero la cosa ni declare su origen.

Hace muchos siglos que se está escribiendo, exponiendo e ilustrando la historia. Los más varia. dos intereses, desde los inmediatamente prácticos a los puramente estéticos, empujaron a los diversos escritores a idear y seguir este género de composiciones las que, sin embargo, nacieron siempre en los diversos países mucho después de los orígenes de la civilización, del desarrollo del Estado y del traspaso de la primitiva sociedad comunística a esta que podríamos llamar nuestra, y que se apoya en las diferencias y en las antítesis de clase. Los historiadores, aunque hayan sido tan ingenuos como lo fue Herodoto, nacieron y se formaron siempre en una sociedad nada ingenua, antes bien, muy complicada y compleja, ignorante y olvidadiza de las razones y del origen de tales complicaciones y complejidades.

14

Esta complejidad, con todos los contrastes que lleva consigo, y que después revela y hace estallar en sus diversas vicisitudes, se presentaba a los narradores como algo misterioso que requiere explicación, y por poco que el historiador quisiera dar una continuación y un cierto nexo a las cosas narradas, debía encontrar complementos de vista generales al simple relato. Desde la envidia de los dioses del padre Herodoto al ambiente del señor Taine, se han impuesto a los narradores, por las vías naturales del pensamiento inmediato, un número infinito de conceptos, entendidos como medios de explicación y de complemento de las cosas narradas. Tendencias de clase, preconceptos religiosos, prejuicios populares, influencias o imitaciones de une filosofia corriente, expedientes de fantasía y sugestiones de artístico complemento de los hechos fragmentariamente conocidos: todas estas y otras tantas causas concurrieron en la formación del resultado de aquella teoría más o menos ingenua de los sucesos, que, o está implícitamente en el fondo del relato, o se emplea por lo menos para aderezarlo y adornarlo. Que se hable del *caso,* o del *hado, o* de la *dirección providencial* de las cosas humanas, o que se acentúe el nombre y el concepto de la fortuna —la divinidad que sobrevivía a medias todavía en la rígida y a menudo crasa concepción de Maquiavelo—, o que se hable, como ahora es frecuente, de la *lógica de las cosas,* todas estas excogitaciones fueron encontradas y son expedientes de un pensamiento ingenuo, de un pensamiento que no puede justificarse a sí mismo su procedimiento y sus productos ni por medio de la crítica ni con los medios del experimento. Llenar con sujetos convencionales (por ejemplo, la *fortuna*), o con una enunciación de apariencia teórica (por ejemplo, el *fatal andar de las cosas,* que algunas veces se confunde en las mentes con la noción del progreso) las lagunas de la conciencia respecto al modo cómo las cosas se han efectivamente procedido por su propia necesidad, y fuera de nuestro arbitrio y de nuestro agrado, he aquí el motivo y la suma de esta filosofía popular, latente o explícita en los históricos narradores, y que, por su carácter inmediato, se desvanece tan pronto surge la *critica del conocimiento.*

15

*

* *

En todos estos conceptos y en todas estas ideaciones, que a la luz de la crítica parecen simples medica provisionales y expedientes de un pensamiento no maduro todavía, pero que a la *gente culta* parecen a menudo el *non plus ultra* de la inteligencia, se revela también y se refleja una no pequeña porte del proceso humano, y por esto no deben consíderarse como invenciones gratuitas ni como productos de momentánea ilusión. Son partes y momentos de

la formación de esto que llamamos espíritu humano. Y si se da el caso de que semejantes conceptos e ideaciones se mezclen y confundan en la *comnmnis opinio* de las personas cultas, o de aquellas que pasan por tales, acaban constituyendo una masa de prejuicios y forman la impedimenta que la ignorancia opone a la visión clara y plena de las cosas efectivas. Estos prejuicios corren como *derivados fraseológicos* en boca de los políticos de oficio, de los llamados escritores y periodistas de toda clase y color, y ofrecen el fulgor de la retórica a la llamada *opinión pública.*

16

*

* *

Oponer, y después sustituir, a semejantes espejismos de ideaciones no críticas, a semejantes ídolos de la imaginación, a semejantes expedientes del artificio literario, a semejantes convencionalismos, sujetos reales, o sea la*s* fuerzas positivamente actuantes, o más bien aún los hombres en sus varias y circunstanciadas situaciones sociales propias de ellos: he aquí la empresa revolucionaria y la meta científica de la nueva doctrina que *objetiviza,* y diré que casi *naturaliza* la explicación de los procesos históricos.

*

* *

17

Un pueblo, o sea, no una masa cualquiera de individuos, sino de hombres organizados, o por naturales relaciones de consanguinidad, o por artificios y costumbres de parentesco y de afinidad, o por razones de estable vecindad; un pueblo circunscrito y limitado a un dado territorio, fértil en tal o cual modo, productivo de tal o cual otro, y en determinadas formas entregado al trabajo continuativo; un pueblo distribuido de modo tal en tal territorio, o separado y articulado por efecto de una determinada división del trabajo, la cual tenga o apenas iniciada o desarrollada ya y madura una tal o cual otra división de clases, o que de las clases haya ya roído y transformado algunas; un pueblo que posee tales o cuales, instrumentos, desde la piedra de chispa a la luz eléctrica y desde el arco y la flecha al fusil de repetición, y que produce de cierto modo, y que conforme al modo de producir reparte consiguientemente los productos; un pueblo que en virtud de todas estas relaciones es una sociedad, en la cual, o por hábitos de mutuo consentimiento, o por convenios explicitas, o por violencias cometidas y sufridas, han nacido ya o están por nacer lazos jurídico-políticos que luego recaen en el Estado; un pueblo en el cual, una vez nacido el órgano del Estado, que es la tentativa de fijar, de defender y de perpetuar las desigualdades, y que, en virtud de las nuevas antítesis que produce dentro de este pueblo, hace que cada vez sea más inestable el orden social, se determinen los movimientos y las revoluciones políticas, y de aquí las razones del progreso y del regreso: he aquí la suma de lo que está en la base de cualquier historia. Y he aquí la victoria de la prosa realista sobre cualquier combinación fantástica e ideológica.

18

Ciertamente que se necesita resignación para ver las cosas como son, dejando a un lado los fantasmas que durante siglos impidieron su visión directa. Pero esta revelación de doctrina realista no fue ni quiere ser la rebelión del hombre material contra el hombre ideal. Ha sido y es, en cambio, el hallazgo de los verdaderos y propios principios y motores de cualquier desarrollo humano, incluso el de todo esto que llamamos ideal, en determinadas condiciones positivas de hecho, las cuales llevan consigo las razones, las leyes y el ritmo de su propio formarse.

19

## III

Seria muy erróneo creer que los históricos narradores, expositores o ilustradores han in ventado *motu propio* y dado vida a esta. masa. no pequeña de preconceptos, de ideaciones y de explicaciones no maduras que con la fuerza del prejuicio velaron durante siglos la verdad efectiva. Puede darse, y se da verdaderamente; el caso de que algunos de estos preconceptos sean el fruto y el proyecto de personales excogitaciones o de las corrientes literarias que se forman dentro del augusto recinto profesional de las universidades y de las academias: de esto no sabe nada el pueblo. Pero el hecho importan te es que la historia se ha puesto ella misma estos *velos)* quiero decir, que los mismos actores y operadores de las vicisitudes históricas, tanto si fueron las grandes masas de pueblo como las clases directoras, o los manejadores del Estado, o las sectas, o los partidos en el sentido más restringido de la palabra, haciendo abstracción de algún que otro momento de lúcido intervalo, no tuvieron, hasta fines del siglo pasado, conciencia de su propia obra sino a través de algún involucro ideológico que impedía la visión de las causas reales.

20

Ya en los tiempos obscuros en que se efectuó el paso de la barbarie a la civilización, cuando los primeros descubrimientos de la agricultura, con la primera resistencia estable de una población sobre un territorio dado, con la primera división del trabajo en la sociedad y con las primeras alianzas de diversas *gentes,* se establecieron las condiciones en que se desarrolla la propiedad y el Estado, o por lo menos la *ciudad;* en los tiempos, en suma, de las primeras revoluciones sociales, los hombres transformaron ya su obra en acciones .milagrosas de imaginarios dioses e ídolos, de tal modo que actuando aquéllos como podían y como debían por necesidad y hecho de su relativo desarrollo económico, idearon una explicación de su propia obra como si de ellos mismos no fuese. Esta envoltura ideológica de las obras humanas ha cambiado muchas veces de forma, de apariencia, de combinación y de relación en el curso de los siglos, desde la producción inmediata de los ingenuos mitos hasta los complicados sistemas teológicos y la *Ciudad de Dios* de San Agustín; desde la supersticiosa credulidad en los milagros hasta el deslumbrante milagro de los milagree metafísicos, o sea la *Idea,* que en los *decadentes* del hegelismo engendra por sí en sí misma, por propia *dirempsione,* todas las más disparatadas variedades del vivir humano en el curso de la historia.

21

Ahora, precisamente porque el ángulo visual de la interpretación ideológica pudo ser recientemente superado y el conjunto de las relaciones reales y realmente actuantes pudo separárselas claramente de los reflejos ingenuos del mito y de los demás artificios de la religión y de la metafísica, nuestra doctrina entraña un nuevo problema y lleva consigo no leves dificultades para el que quiera hacerla apta para comprender especificadamente la historia del pasado.

*

* *

El problema consiste en esto: que nuestra doctrina dé ocasión para una nueva crítica de las fuentes históricas. No me refiero exclusivamente a la critica de los documentos en el sentido propio y común de la palabra, porque respecto a esta critica podemos contentarnos con que nos la suministren hecha los críticos, los eruditos y los filólogos de profesión. Antes entiendo decir aquella fuente inmediata, que está más allá de los documentos propiamente dichos, y que antes de expresarse y de fijarse en éstos, consiste en el ánimo y en la forma de conocimiento con el que los operadores se dieron cuenta a si mismos de los motivos de su propia obra. Este ánimo, o sea este conocimiento, a menudo es incongruo a las causas que ahora estamos en grado de descubrir y de fijar, de modo que los operadores nos aparecen como envueltos en un círculo de ilusiones. Despojar los hechos históricos de tales envolturas,

que los mismos hechos invisten mientras se desarrollan, equivaldrá a hacer una nueva crítica de las fuentes, en el sentido realista de la palabra y no en el formal del documento; será, en suma, hacer reaccionar sobre la noticia de las condiciones pasadas el conocimiento de que ahora somos capaces, para después reconstruir nuevamente aquéllas a fondo.

22

*

* *

Pero esta revisión de las fuentes directísimas, mientras señala el extremo límite de autoconsciencia histórica a que puede llegarse, puede ser ocasión de que se caiga en un grave error. Porque como nosotros nos colocamos en un punto de vista que está al otro lado de las vistas ideológicas, por virtud de las cuales los actores de la historia tuvieron conciencia de su obra, y en la cual demasiado a menudo encontraron el móvil y la justificación del obrar, nosotros podríamos incurrir en la errónea opinión de que aquellas vistas ideológicas fueron una pura apariencia, un simple artificio, una mera ilusión, en el sentido vulgar de esta palabra. Martín Lutero, para dar un ejemplo de esto, como los demás grandes reformadores contemporáneos suyos, no supo nunca, como sabemos ahora nosotros, que la impulsión de la Reforma fue un estadio de la formación del *tercer estado* y una rebelión económica de la nacionalidad alemana contra la explotación de la corte papal.

23

Fue Lutero lo que fue, como agitador y como político, porque creyó que el impulso de clases que movió la agitación era un retorno al verdadero cristianismo y una divina necesidad en el curso vulgar de las cosas. El estudio de los efectos a no breve plazo, y el corroborarse de la burguesía de ciudad contra los señores feudales, y el crecimiento de la señoría territorial de los príncipes a costas del poder interterritorial y sobreterritorial del emperador y del' Papa, y la violenta represión del movimiento de los campesinos y del más explícitamente proletario de los anabaptistas, nos permiten actualmente rehacer la genuina historia de las causas económicas de la Reforma, sobre todo de su buen éxito, que es la prueba máxima, Pero esto no quiere decir que a nosotros nos sea dado separar el hecho acaecido del modo como acaeció, y desanudar su integralidad circunstancial por medio de un análisis póstumo que resulte subjetivo y simplista. Las causas intimas, o como ahora se diría, los motivos profanos y prosaicos de la Reforma, nos aparecen más claros en Francia, donde no salió victoriosa; claros también en los Países Bajos, donde, además de las diferencias de nacionalidad, se evidencian en la lucha contra España los contrastes de los intereses económicos; y clarísimos, en fin, en Inglaterra, donde la renovación religiosa, efectuada por medio de la violencia política, saca a plena luz el traspaso en aquellas condiciones que son para la burguesía moderna los prodromos del capitalismo.

24

*Post factum,* y a largo plazo de no premeditados efectos, la historia de los móviles efectivos que fueron causas íntimas de la Reforma, en gran parte desconocidos de los mismos actores, aparece clara. Pero que el hecho sucediese como precisamente sucedió, que asumiese aquellas determinadas formas, que se vistiese con aquel ropaje, que se colorease con aquel color, que moviese aquellas pasiones, que se explicase en aquel fanatismo: en esto consiste su especificada circunstancialidad, que ninguna presunción de análisis puede hacer que deje de ser lo que fue. Solamente el amor a la paradoja, inseparable siempre del celo de los apasionados divulgadores de una doctrina nueva, puede haber inducido a algunos a la creencia. de que para escribir la historia basta poner en evidencia tan sólo el *momento económico* (a menudo no muy seguro, y a menudo de ningún modo asegurable), arrojando todo el resto como inútil fardo, con que los hombres se cargaron a capricho, como accesorio, en suma, o como simple bagatela, o como un no-ente.

*

* *

Por tal reparo, o sea que la historia hay que entenderla toda integralmente, y que en ésta hueso y corteza forman una sola cosa, como decía Goethe de las universales cosas, se nos presentan evidentes tres ilusiones.

25

En primer lugar, es claro que en el campo del determinismo histórico-social la mediación de las causas a los efectos, de las condiciones a los condicionados, de los precedentes a las consecuencias, no es nunca evidente al primer vistazo, de igual modo que todas estas relaciones no son nunca evidentes en seguida en el determinismo subjetivo de la psicología individual. En este segundo campo hace tiempo que le fue fácil relativamente a la filosofia abstracta y formal, pasando por encima del fatalismo y del libre albedrío, la evidencia del motivo en cualquier volición, porque, en suma, tanto es querer cuanto es motivada determinación. Pero más abajo de los motivos y del querer está la génesis de aquéllos y de éste, y para rehacer esta génesis necesitamos salirnos del cerrado campo de la conciencia para llegar al análisis de las simples necesidades, las cuales por un camino derivan de las condiciones sociales y por otro se pierden en el obscuro fondo de las condiciones orgánicas, hasta la descendencia y el atavismo. No de otro modo ocurre con el determinismo histórico, donde de igual modo se comienza en los motivos, sean religiosos, políticos, estéticos, pasionales, etcétera, y después de tales motivos debemos sacar las causas en las condiciones de hecho que están debajo. El estudio de estas condiciones debe ser tan especificado que se ponga bien en claro, no solamente que éstas son las causas, sino por qué mediación llegan a la forma con la cual se revelan a la conciencia como motivos, cuyo origen a menudo está anulado.

26

Y por esto es evidente esta segunda ilación, o sea que en nuestra doctrina no se trata de traducir nuevamente en categorías económicas todas las complicadas manifestaciones de la historia, sino de explicar *en última instancia* (Engels) cualquier hecho histórico por *medio de la estructura económica que está debajo* (Marx), lo que implica análisis y reducción, y después mediación y composición.

De esto resulta en tercer lugar que para proceder de la estructura que está debajo al conjunto configurativo de una determinada historia, se necesita el subsidio de aquella complejidad de nociones y de conocimientos que, a falta de otro término, puede llamarse *psicología social.* Con esto no entiendo aludir a la fantaseada existencia de una psiquis social, ni a la excogitación de un pretendido espíritu colectivo, que por propias leyes, independientes de la conciencia de los individuos y de sus materiales y señalables relaciones, se explique y manifieste en la vida social. Esto es puro misticismo. Ni tampoco pretendo referirme a aquellas tentativas de generalización combinatoria por las que se escribieron tratados de psicología social, y cuya idea consiste en transferir y aplicar a un excogitado sujeto, que se llama la conciencia social, las categorías y las formas seguras de la psicología individual. Y tampoco aludo a aquel amontonamiento de denominaciones semiorgánicas y semipsicológicas, por las que el ente sociedad, al modo de Schäffle, adquiere cerebro, médula espinal, sensibilidad, sentimiento, consciencia , *vo*luntad, y así por el estilo. Entiendo hablar de cosa más modesta y prosaica, o sea de aquellas concretas y precisas formas de espíritu, por las que se nos aparecen tales como eran hechos los plebeyos de Roma de una determinada época, o los artesanos de Florencia de cuando estalló el movimiento de los Ciompi, o de aquellos campesinos de Francia en los cuales se engendró, según la expresión de Taine, la *anarquía espontánea* del 89,[1] aquellos campesinos qué, con vertidos después en libres trabajadores y pequeños propietarios o aspirantes a la propiedad, desde vencedores más allá de los confines a plazo breve se transformaron en automáticos instrumentos de la reacción. Esta psicología social, que nadie puede reducir a abstractos cánones, porque en la mayor parte de los casos es solamente descriptiva, es lo que los históricos narradores y los

[1] Véase *Los orígenes de la Francia con temporánea ,* publicada por esta Casa Editorial.

novelistas y los ideólogos de toda clase basta ahora vieron y conocieron como exclusivo objeto de su estudio y de sus invenciones. A esta psicología, que es la especificada conciencia de los hombres en condiciones sociales dadas, se refieren los agitadores, los oradores y los difundidores de ideas. Nosotros sabemos que esta psicología es el aporte, el derivado, el efecto de determinadas condiciones sociales de hecho; una clase determinada, en una determinada situación, por los servicios que presta, por la sujeción a que está mantenida, por el dominio que ejerce, y después clase, servicios, sujeción y dominio suponen ésta o aquélla determinada forma de producción y de distribución de los medios inmediatos de la vida, ósea una específica estructura económica. Esta psicología social, por naturaleza siempre circunstancial, no es expresión del proceso abstracto y genérico del llamado espíritu humano: es siempre formación especificada de especificadas condiciones.

28

Para nosotros es indiscutido el principio de que las formas de la conciencia no determinan el ser del hombre, sino que este modo de ser determina precisamente la conciencia (Marx). Pero estas formas de la conciencia, como que están determinadas por las 'condiciones de vida, son también historia. Ésta no es solamente la anatomía económica, sino todo aquello junto que esta anatomía reviste y cubre, hasta los reflejos multicolores de la fantasía. o diciéndolo de otro modo, no hay un hecho en la historia que no tenga su origen en las condiciones de la inferior estructura económica; pero no hay un hecho en la historia que no esté precedido, acampanado y seguido de determinadas formas de conciencia, sea ésta supersticiosa o experimentada, ingenua o refleja, madura o incongrua, impulsiva o amaestrada, caprichosa o razonadora.

29

# IV

Decía poco antes que nuestra doctrina objetiviza y en cierto modo *naturaliza* la historia, invirtiendo la explicación de los datos al primer vistazo evidentes de la voluntad actuante a designio, y de las ideaciones auxiliares de la obra, a las causas y a las impulsiones del querer y del obrar para encontrar después la coordinación de tales causas e impulsos en los procesos elementales de la producción de los medios inmediatos de la vida.

En este término de *naturalizar* se oculta para muchos una fuerte seducción a confundir este orden de problemas con otro orden de problemas; esto es, a hacer extensivas a la historia las leyes y los modos del pensamiento que parecieron ya apropiados y convenientes al estudio y a la explicación dcl mundo natural en general y del mundo animal en particular. Y porque el darwinismo ha conseguido expugnar, con el principio del transformismo de la especie, la última ciudadela de la fijación metafísica de las cosas, de donde después los organismos se han convertido para nosotros en fases y momentos de una verdadera y propia *historia natural,* ha parecido a muchos que era fácil y simple empresa la de aceptar para explicación del formarse y del vivir humano histórico los conceptos y los principios y los modos de ver por los que se subordinó la vida animal, que por las condiciones inmediatas de la lucha por la existencia se desarrolla en los ámbitos topográficos de la tierra, no modificados por obra de trabajo. El *darwinismo político y social* ha invadido, como una epidemia, por no breve curso de años, las mentes de varios Investigadores, y algo más las de los abogados y declamadores de la sociología, y ha venido a reflejarse, como un vestido de moda y como una corriente fraseológica, hasta de los politicantes.

30

*

* *

Alguna cosa de inmediatamente evidente y de instintivamente plausible parece que hay, a primera vista, en este modo de razonar, el cual después se contradistingue principalmente por el abuso de la analogía y por la prisa de la conclusión. El hombre es sin duela un animal y está uncido por relaciones de descendencia y de afinidad a otros animales. No tiene privilegio de origen ni de estructura elemental, y su organismo no es más que un caso particular de la fisiología general. Su primero e inmediato terreno fue el de la simple naturaleza no modificada por artificio de trabajo, y de esto derivaron las condiciones imperiosas e inevitables de la lucha por la existencia, con las consiguientes formas de acomodación. De aquí se originaron las razas, en el verdadero y genuino sentido de In palabra, en cuanto son determinaciones inmediatas de negros, de blancos, de ulótricos, de lisótrícos, etc., y no formaciones secundarlas histórico-sociales, o sea los pueblos y las naciones. De aquí los primitivos instintos de sociabilidad, y por el modo de vivir en promiscuidad, los primeros rudimentos de la selección sexual.

31

Pero del hombre *ferus primœvus,* que podemos reconstruir caprichosamente por combinaciones de conjeturas, no nos es dado tener una intuición empírica, como no nos es dado determinar la génesis de aquel *hiatus,* o sea de aquella discontinuidad por la cual el genero humano se encontró como destacado del vivir de los animales y después siempre superior a dicho vivir, Todos los hombres que' ahora viven en la superficie de la tierra, y todos aquellos que vivieron en ella durante el pasado y fueron objeto de alguna apreciable observación, están y estaban bien distantes del momento en que cesó el vivir puramente animal. Algún hábito de convivencia que tenga algo de costumbre y de institución, aunque tenga la forma más elemental de nosotros ahora conocida, o sea de la tribu australiana, dividida en clases y con el casamiento de "todos los hombres de una clase con todas las mujeres de otra clase, separa con grande intervalo el vivir humano del vivir animal.

32

Llegando a la consideración de la *gens materna,* cuyo tipo clásico iroqués, por obra de Margan, ha revolucionado la prehistoria, dándonos al mismo tiempo la clave de los orígenes de la historia propiamente dicha, nos encontramos con una forma de sociedad muy avanzada por lo complejo de las relaciones. Ahora bien; en el grado de convivencia que el) el círculo de nuestros conocimientos nos parece elementalísimo, como el australiano, no solamente la lengua bastante complicada diferencia ya ú los hombres de todos los demás animales (y lengua quiere decir condición e instrumento, causa y efecto de sociabilidad), sino que la especificación del vivir humano está fijada, además que por el descubrimiento del fuego, en el uso de muchos otros medios artificiales para vivir. Un ámbito de terreno destinado al vagabundaje de una tribu, un modo de cazar, el uso perfecto de ciertos instrumentos de defensa o de ataque, la posesión de ciertos utensilios para conservar las cosas adquiridas, los adornos del cuerpo, etc., es decir, en el [ando, aquella vicia sita sobre un terreno artificial, por elementalísimo que sea, sobre el cual los hombres procuran fijarse y acomodarse, sobre un terreno que en fin de cuentas es la condición de cualquier ulterior desarrollo. Según que este terreno artificial sea más o menos formado, los hombres que lo han producido y viven sobre él son más o menos salvajes o bárbaros, y en aquella primera formación consiste lo que ha dado en llamarse *prehistoria.*

33

La historia, según el uso literario de la palabra, es aquella parte del proceso humano que tiene una precisa consistencia de tradiciones en la memoria y comienza cuando ya el terreno artificial hace tiempo que se ha formado. Por ejemplo, la canalización de la Mesopotamia, y hétenos con la antigua Babilonia presemítica; la derivación del Nilo con objeto de cultivar los campos, y de ahí el antiquísimo Egipto hamítico. Sobre este terreno artificial, que asoma en el extremo horizonte de la historia recordada, no vivieron, como no viven ahora, masas informes de individuos, sino asociaciones organizadas, que repetían, como repiten ahora, su organización de distribución de servicios, o sea de trabajo, y de consiguiente, razones y modos de coordinación y de subordinación. Tales relaciones, vínculos y modos de vida no resultaron, como no resultan, de repeticiones y fijaciones de hábitos bajo la acción inmediata de la lucha animal por la existencia. Antes suponen el hallazgo de ciertos instrumentos, y por ejemplo, la domesticación de ciertos animales, el trabajo de los minerales hasta el hierro, la introducción de la esclavitud, etc., instrumentos y modos de economía que primeramente diferencian las comunidades unas de otras y después diferencian en las comunidades a sus componentes. Dicho de otro modo, las obras de los hombres, en cuanto congregados, reaccionaron sobre los mismos hombres.

34

Sus adquisiciones e inventos, creando modos de vivir sobrenaturales, produjeron no tan sólo hábitos y costumbres (vestidos, cocimiento de la comida y demás), si que también relaciones y vinculas de coexistencia, proporcionados y convenientes al modo de producir y de reproducir los medios de vida inmediata.

Cuando comienza la historia transmitida de memoria, la *economía* está ya funcionando. Los hombres *trabajan* por la existencia sobre un campo que en gran parte fue modificado por obra suya y con instrumentos que por completo son obra de ellos. Y de aquel punto en adelante han luchado por la posición eminente de unos sobre otros en el uso de tales medios artificiales, y han luchado entre ellos, en cuanto siervos y dueños, súbditos y señores, conquistados y conquistadores, explotados y explotadores; y en tal parte han progresado, en otra regresado, en otra se han detenido en una forma que no fueron capaces de superar, pero nunca han retornado al vivir animal con la completa pérdida del *terreno artificial.*

*

* *

Por consiguiente, la ciencia histórica tiene por primer y principal objeto la determinación y la investigación del terreno artificial, de su origen y composición y de su alteración y transformación. Decir que todo esto no es más que parte y prolongación de la Naturaleza, es

decir, una cosa que por ser demasiado abstracta y genérica, en fin de cuentas es poco concluyente.

35

El género humano vive solamente en las condiciones telúricas y no puede suponérsele trasplantado a otro sitio. En tales condiciones ha encontrado, desde los primerísimos orígenes hasta nuestros días, los medios inmediatos para el desarrollo del trabajo, es decir, tanto para. el progreso material como para su formación interior. Tales condiciones naturales fueron y son siempre indispensables, tanto para la esporádica cultura de los nómadas, que algunas veces cultivan la tierra para pasto de los animales, como para los refinados productos de la intensiva horticultura moderna. Semejantes condiciones telúricas, así como ofrecieron las varias clases de piedra apta para la elaboración de las primeras armas, ofrecen ahora con el carbón fósil el alimento de la grande industria; como ofrecieron a las primeras gentes los juncos y los mimbres para tejer, así ofrecen ahora todos los medios de que se deriva la complicada técnica de la electricidad.

No es que sean los mismos medios naturales quien es han progresado; antes bien, son los hombres solamente los que han progresado, hallando en la Naturaleza las condiciones para producir con nuevas y cada vez más complejas formas, por medio del trabajo acumulado, que es la experiencia. Ni este progreso es solamente aquel a que se refieren los subjetivistas de la psicología, o sea una modificación interior que sería desarrollo propio y directo del intelecto, de la razón y del pensamiento. Antes bien, tal progreso interior está en línea secundaria y derivada, en cuanto que ya hay progreso en el terreno artificial, que es la suma de las relaciones sociales resultantes de las formas y divisiones del trabajo. Por esto sería vacía de sentido la afirmación de que todo esto no es una simple prolongación de la Naturaleza; aunque igualmente no se quisiere emplear esta palabra en sentido tan genérico de no indicar ya nada de preciso y de distinto como es lo que entendemos por diverso del hecho del hombre progresivamente operante.

36

La historia es el hecho del hombre, en cuanto que el hombre puede crear y perfeccionar sus instrumentos de trabajo, y con tales instrumentos puede crearse un ambiente artificial que después reacciona en sus complicados efectos sobre él y así como es, y poco a poco se modifica es ocasión y condición de su desarrollo. Faltan por esto todas las razones para atribuir este hecho del hombre, que es la historia, a la lucha pura por la existencia, la cual, si refina y altera los órganos de los animales y en dadas circunstancias y en dados modos ocasiona se generen y se desarrollen órganos nuevos no produce, empero, aquel movimiento continuativo, perfeccionativo y tradicional que es el progreso humano. No hay lugar aquí, en nuestra doctrina, ni para confundirse con el darwinismo ni para reevocar la concepción de una forma cualquiera, o mítica, o mística, o metafórica de *fatalismo.*

37

Porque si es verdad que la historia se levanta ante todo sobre el desarrollo de la técnica, es decir, si es verdad que por efecto del sucesivo descubrimiento de los instrumentos se generan las sucesivas divisiones del trabajo, y con éstas después las desigualdades, en cuyo concurso más o menos estable consiste el llamado organismo social, también es verdad que el descubrimiento de tales instrumentos es causa y efecto a un mismo tiempo de aquellas condiciones y formas de la vida interior que nosotros, aislándolas en la abstracción psicológica, llamamos fantasía, intelecto, razón, pensamiento y demás. Produciendo sucesivamente los varios ambientes sociales, o sea los sucesivos terrenos artificiales, el hombre ha producido al mismo tiempo las modificaciones de si mismo, y en esto consiste el hueso serio l la razón concreta, el fundamento positivo de lo que, por varias combinaciones fantásticas y con varias arquitecturas lógicas, da lugar en los ideólogos a la progreso del espíritu humano.

*

* *

Sin embargo, la expresión *naturalizar* la historia, que entendida en sentido demasiado lato y genérico puede dar ocasión para los indicados equívocos, cuando se emplea con la debida cautela y de modo aproximativo, compendia brevemente la crítica ,de todas las vistas ideológicas, las cuales en la interpretación de la historia parten de la presuposición de que obra o actividad humana es lo mismo que albedrío, elección y designio.

38

A los teólogos se les hacia fácil y cómodo atribuir el curso de las cosas humanas a un plan o designio, porque saltaban a pies juntos de la experiencia a una mente presunta que reglamenta el universo.. Los juristas, que fueron los primeros en tener ocasión de descubrir en las instituciones que forman el objeto de sus estudios un cierto hilo con. ductor de formas que se suceden, con alguna evidencia, transfirieron, como aun ahora transfieren sin gran embarazo, la razón razonante, que es su oficio, a la explicación, de toda la vasta materia social, que tan complicada es. Los políticos, que naturalmente toman sus movimientos de la experiencia de lo que los directores del Estado, o por consentimiento de las masas sujetas, o aprovechándose de la antítesis de los intereses de los varios grupos sociales, pueden querer y realizar de propósito y con intención, están inclinados a ver en la sucesión de las cosas humanas solamente la variación de tales designios, propósitos e intenciones. Pero ahora nuestra concepción, revolucionando en sus fundamentos las presuposiciones de los teólogos, de los juristas y de los políticos, afirma que obra y actividad humana en general no son siempre una misma cosa, en el curso de la historia, con la voluntad que opera con designio, con planes preconcebidos y con la libre elección de los medios, o sea que no es una y misma cosa con la razón razonante.

39

Todo lo que ha sucedido en la historia es obra del hombre; pero no fue ni es, sino muy raras veces, por elección crítica o por albedrío razonante; antes fue y es por necesidad, que, determinada por las necesidades y ocasiones externas, genera experiencia y desarrollo de órganos internos y externos. Entre estos órganos están también el intelecto y la razón, resultados y consecuencias también éstos de experiencia repetida y acumulada. La formación integral del hombre, dentro del desarrollo histórico, no es ya un dato hipotético, ni una simple conjetura , sino una verdad intuitiva y palmaria. Las condiciones del proceso que genera progreso pueden ya reducirse a una serie de explicaciones, y nosotros, hasta cierto punto, tenemos ante la vista el esquema de todos los desarrollos históricos entendidos morfológicamente. Esta doctrina es la negación concisa y definitiva de toda ideología, porque es la negación explicita de toda forma de racionalismo, entendiéndose por este nombre el preconcepto que las cosas en su existencia y explicación responden a una horma, a un ideal, a un escote, a un fin, sea de modo explicito o implícito. Todo el curso de las cosas humanas es una suma, o mejor, es tantas series de condiciones como los hombres se han hecho y puesto por sí por la experiencia acumulada en la variable convivencia social; pero no presenta ni la aproximación a una prese.i1alada meta ni la. desviación de un primer principio de perfección y de felicidad. El mismo progreso no implica sino la noción de cosa empírica y circunstanciada, que actualmente se hace clara y precisa eú nuestras mentes, porque, por el desarrollo hasta ahora efectuado, estamos en grado de valuar el pasado, y de prever, o sea de entrever, en cierto sentido y en cierta medida, el porvenir.

41

## V

De este modo queda esclarecido un grave equivoco y el peligro que se deriva queda apartado. Razonable y fundada es la tendencia de los que tratan de subordinar todo el conjunto de las cosas humanas, consideradas en su curso, a la rigurosa concepción del *determinismo,* Privada, al contrario, de todo fundamento, está la identificación de tal determinismo derivado, reflejo y complejo, con el de la inmediata lucha por la existencia, la cual se ejerce y desarrolla sobre un campo no modificado por obra continuativa de trabajo. Legítima y fundada, de modo absoluto, es la explicación histórica, la cual procede invirtiendo de los presuntos quereres por designio, que habrían reglamentado de propósito las fases varias de la vida, a los móviles y a las causas objetivas de cualquier querer que han de encontrarse en las condiciones de ambiente, de terreno, de medios disponibles, de circunstancialidad de la experiencia. Pero en cambio está privada de cualquier fundamento la opinión que tiende a la negación de toda voluntad, por medio de una vista teórica, que quisiera sustituir al *voluntarismo* el *automatismo;* ésta es mejor una simple y pura fatuidad.

42

Allí donde los medios técnicos estén desarrollados hasta cierto punto, allí donde el terreno artificial haya adquirido cierta consistencia, y allí donde las diferenciaciones sociales y las antítesis consiguientes hayan creado la necesidad, la posibilidad y las condiciones de una organización más o menos estable o inestable, siempre y necesariamente brotan los meditados designios, los propósitos políticos, los planes de conducta, los sistemas de derecho y luego las máximas y los principios generales y abstractos. En el ámbito de tales productos y de tales desarrollos derivados 'y complejos, y diré de segundo grado, nacen también la ciencia, las artes, la filosofía, la erudición y la *historia* como género literario de producción. Este ámbito es el que racionalistas e ideólogos, ignorando sus fundamentos reales, llamaron y llaman todavía, de modo exclusivo, *la civilización.* Porque de hecho se ha dado y se da el caso de que algunos hombres, y sobre todo los adoctrinados de oficio, laicos o sacerdotes, hallaron y hallan modo de vivir intelectualmente en el cerrado cercado de los productos reflejos y secundarios de la civilización y pudieron y pueden luego someter todo lo demás a la mira subjetiva que en tal situación se forman, y en esto está el origen y la explicación de toda ideología. Nuestra doctrina ha superado de modo definitivo el ángulo visual de cualquier ideología. Los meditados designios, los propósitos políticos, las ciencias, los sistemas de derecho, etc., antes que ser el medio y el instrumento de la explicación de la historia, son precisamente la cosa que es necesario explicar, porque derivan de determinadas condiciones y situaciones. Pero esto no quiere decir que sean meras apariencias y burbujas de jabón. Que aquellas cosas hayan sido derivadas de otras, no implica que no son cosas efectivas, y tanto es así que durante siglos han parecido a la conciencia no científica y a la conciencia científica aun en vías de formación, como las únicas verdaderamente efectivas.

43

*

* *

Pero con esto no está dicho todo.

También nuestra doctrina puede dar lugar a la tentación de fantasear y puede ofrecer ocasión y argumento para una nueva ideología al revés. Ésta ha nacido en el campo de batalla del comunismo. Supone la aparición del proletariado moderno en la arena política, y supone aquella orientación, sobre los orígenes de la sociedad actual, que nos ha permitido rehacer críticamente toda la, génesis de la burguesía. Es doctrina revolucionaria por dos motivos: porque ha encontrado las razones y los modos de desarrollo, de la revolución proletaria, que es *in fieri,* y porque de cualquiera otra revolución pasada, se argumenta para hallar las causas y las condiciones de desarrollo en aquellos contrastes de clase que llegaron a cierto punto

critico por la contradicción entre las formas de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas. y hay más. A la luz de esta doctrina lo esencial de la historia consiste precisamente en tales momentos críticos, y lo que está en medio de uno y otro de estos momentos pensamos abandonarlo, por lo menos ahora, a las eruditas tareas cíe los narradores y expositores de oficio. Como doctrina revolucionaria, ésta es, ante todo, la consciencia intelectual del movimiento proletario presente, en el cual, según nuestro asunto, se prepara hace tiempo el atrevimiento del comunismo, y tanto es así, que los decisivos adversarios del socialismo la rechazan como opinión que, con apariencias de ciencia; no hace más que repetir la bien conocida *utopía socialística.*

44

Por tales condiciones de cosas puede muy bien darse el caso, y de hecho se ha dado en parte, de que la fantasía de los inexpertos en materia de investigación histórica y el celo de los fanáticos hallen estímulo y ocasión hasta en el materialismo histórico para forjar una nueva ideología y a sacar de aquél una nueva filosofia de la historia sistemática, es decir, esquemática, o sea de tendencia y de designio. No hay cautela que baste. Nuestro intelecto raramente se satisface con la investigación puramente critica, y siempre está propenso a convertir en elemento de pedantería y en novela escolástica cualquier hallazgo del pensamiento. En una palabra, también la concepción materialista puede convertirse en forma de argumentación de tesis y servir para forjar nuevos prejuicios antiguos, como el de una historia *demostrada, demostrativa* y *deducida.*

45

Para que no suceda esto, y especialmente para que no reaparezca por caminos indirectos y por modos disimulados una forma de *finalidad* cualquiera, precisa poner bien en claro dos puntos: que las condiciones históricas de nosotros conocidas son todas circunstanciadas, y que hasta el presente, el progreso estuvo circunscrito por múltiples impedimentos y por esto fue siempre parcial y limitado.

*

* *

Una sola parte, y hasta tiempos recientísimos, una parte no muy grande del género humano, recorrió por entero todos los estadios del proceso por efecto del cual las naciones más avanzadas han llegado a la sociedad civilizada moderna, con las formas de la técnica adelantada, fundada en los descubrimientos de la ciencia y con todas las consecuencias políticas, intelectuales, morales y demás respectivas y convenientes a semejante desarrollo, Al lado de los ingleses, para no citar más que el ejemplo más visible, que transportando consigo a Nueva Holanda los medios europeos han creado allí un centro de producción que ocupa ya un notable lugar en la competencia del mercado mundial, viven todavía como fósil es de la prehistoria los indígenas australianos, capaces solamente de extinguirse, pero incapaces de adaptarse a la civilización que fue importada al *lado,* pero no *sobre* ellos.

46

En la América , y especialmente en la del Norte, la serie de los procedimientos que han dado lugar al desarrollo de la sociedad moderna, comenzó con la importación desde Europa de las plantas, de los animales y de los instrumentos de la agricultura, cuyo uso *ab antico* generó la secular civilización del Mediterráneo; pero dicho movimiento quedó encerrado en el circulo de los descendientes de los conquistadores y de los colonos, mientras los indígenas se pierden en la masa de nueva formación, por el camino natural de la mezcla de raza, o perecen y desaparecen del todo, El Asia antigua y el Egipto, que ya en tiempos antiquísimos como primera cuna de toda nuestra civilización, dieron lugar a las grandes formaciones semipolíticas, las cuales siguen la primera fase de la historia asegurada y recordada, hace siglos que se nos aparecen como cristalizaciones de formas sociales incapaces de moverse por sí mismas con nuevas fases de desarrollo. Por encima de ellas está la secular presión del bárbaro campamento que tiene por nombre dominación turca. En aquella masa rígida o se incuba por disimuladas vías una administración algún tanto modernizada, o en nombre

explícito de los intereses comerciales se insinúan *el* ferrocarril y telégrafo, avanzadas valientes de la conquistadora banca europea.

47

Toda aquella rígida masa no tiene esperanzas de readquirir vida, calor y movimiento sino con la ruina del dominio turco, sustituido poco ti. poco, en sus diversos posibles modos de conquista directa o indirecta, por el señorío o el protectorado de In burguesía europea. Que un proceso de transformación de los pueblos atrasados o d tenidos en su camino puede efectuarse y apresurarse debido a externas influencias, aquí está la India para probado, que vivaz todavía por propia vida, bajo la acción de Inglaterra, entra de nuevo vigorosamente en la circulación de la laboriosidad internacional, hasta en sus productos intelectuales. Y no son éstos los únicos contrastes de la fisonomía histórica de los contemporáneos. Mientras en el Japón, por un fenómeno agudo y espontáneo de imitación, se desarrolla en menos de treinta años una cierta relativa asimilación de la civilización occidental, que mueve ya normalmente las energías propias del mismo país, el derecho y la imposición de la conquista rusa arrastra en el círculo de la industria moderna, y aun de la grande Industria, a algún que otro punto notable de los países del otro lado del Caspio. La mole gigantesca de la China nos ha aparecido hasta pocos años hace casi inmóvil en el atávico ajuste de sus instituciones, tan lento es allí cualquier movimiento: mientras por razones étnicas y geográficas casi todo el África permanecía impermeable, y hasta las últimas tentativas de conquista y de colonización parecía que no debían ofrecer a la acción de la civilización sino el solo perímetro de cuando los tiempos, no de los portugueses, sino de los griegos y de les cartagineses.

48

Semejantes diferenciaciones de los hombres, por el camino de la historia y de la prehistoria, nos parecen muy explicables cuando hay modo de atribuirlas a las condiciones naturales e inmediatas que imponen límites al desarrollo del trabajo. Este es el caso de América, que hasta la aparición de los europeos no tenia mas que un solo grano, el maíz, y un sólo animal domesticable para el trabajo la lama; y nosotros podemos alegrarnos de que los europeos, llevando consigo y con sus instrumentos al buey el asno, el caballo, el trigo, el algodón, la caña de azúcar y el café, y por último, la vid y el naranjo, hayan creado allí un nuevo mundo de la gloriosa sociedad que produce las mercancías, cuya sociedad, con inaudita rapidez de movimiento ha recorrido ya las dos fases de la más negra esclavitud y del mas democrático salariado. Pero allí donde hubo una verdadera paralización, antes mejor, un documentado regreso, como en el Asia anterior, en Egipto, en la península de los Balkanes y en el África septentrional, y semejante detención no puede atribuirse a la diferenciación de las condiciones naturales, nos encontramos ante un problema que espera su solución del estudio directo y explicito de la estructura social, considerada en los modos internos de su *devenir,* en los entrelazamientos y en las complicaciones de los varios pueblos, sobre aquel terreno que suele llamarse arena de las luchas históricas.

49

Esta misma Europa civilizada · que por continuidad de tradición presenta el esquema más completo de proceso, tanto que sobre este modelo se idearon y hasta el presente construido todos los sistemas de filosofía histórica; esta misma Europa occidental y mediana que ha producido la época de los burgueses y ha tratado y trata de imponer a todo el mundo su forma de sociedad por medio de varios modos de conquista directa o indirecta, no es del todo uniforme en su grado de desarrollo, y sus diversas conglomeraciones nacionales, regionales y políticas aparecen como distribuidas sobre una escala muy graduada. De tales diferencias dependen las condiciones de relativa superioridad o inferioridad de país a país y las razones más o menos ventajosas o desventajosas del cambio económico, y de aquí dependieron y dependen en gran parte todavía las luchas, los tratados y las guerras y todo lo demás que con mayor o menor precisión supieron narrarnos los históricos políticos desde el Renacimiento acá, y con mayor evidencia desde Luis XIV y desde Colbert hasta nuestros días.

Esta misma Europa es muy variada. He aquí Inglaterra, con su floreciente máximo de la producción industrial y capitalista; en otros puntos vive, rebosante o raquítico, el artesanado, como desde París a Nápoles, para no citar el hecho más que en sus dos extremos. Aquí la campiña está casi por entero industrializada, como nuevamente en Inglaterra; más allá. vegeta, en múltiples formas tradicionales, el idiota aldeanato, como en Italia y Austria, en este último más que en Italia.

50

Mientras en un país la hacienda política del Estado, que sabe arreglárselas, porque el puesto que ocupa ha sabido conquistárselo, se administra de modo seguro y evidente por un explícito dominio de clase (se comprenderá que hablo de Francia), en otras partes, y particularmente en Germania, las viejas costumbres feudales, la hipocresía protestante y la vileza de una burguesía que explota las favorables contingencias económicas sin llevar dentro ni espíritu ni coraje revolucionario, mantienen en el *ente Estado* las mentidas apariencias de una misión ética a cumplir (¡oh calvudos y papagayescos profesores alemanes, que con tantas salsas poco apetitosas y digeribles habéis guisado esta *ética del Estado,* por añadidura *prusiano!)* La moderna producción capitalista se incuba en algunos países que por otros aspectos no entran en nuestro movimiento, especialmente en el de la política como es el caso de la infeliz Polonia, o tal forma de producción se insinúa indirectamente, como en la meridional Eslavia.

51

Pero he aquí el contraste más agudo, que parece destinado a ponernos como en compendio ante los ojos todas las fases, o mejor dicho, los extremos de nuestra historia. Rusia no ha podido encaminarse, como ahora de hecho se encamina, hacia la grande industria, sino sacando de la Europa occidental, y especialmente del gracioso *chauvinisme* francés, aquel dinero que en vano habría intentado sacar de si misma, o sea de las condiciones de su gran masa territorial, sobre la cual, con viejas formas económicas, vegetan cincuenta millones de campesinos. Ahora, Rusia, para convertirse en una sociedad económicamente moderna, probablemente preparándosele las condiciones de una correspondiente revolución política, ha tenido que destruir los últimos residuos del comunismo agrario, que hasta hace poco se habían conservado allí en formas tan características y con tanta extensión .(no importa decidir aquí si era comunismo *primitivo o secundario,* corno pretenden algunos). Rusia debe aburguesarse, y para esto tiene que convertir ante todo la tierra en mercancías, debe hacerse capaz de producirlas, y al propio tiempo transformar en proletarios y pordioseros a los ex comunistas del campo. y he aquí que, en cambio, en la Europa occidental y central nos encontramos en el punto opuesto de la serie de desarrollo que en Rusia apenas comienza. Entre nosotros, donde la burguesía, con suerte varia y venciendo impedimentos tan diversos, ha recorrido ya tantos estadios de su desarrollo, no la memoria del comunismo primitivo, que a duras penas revive, gracias a eruditas combinaciones en la cabeza de los doctos, sino la misma forma de la producción burguesa, engendra el, los proletarios la tendencia al socialismo, que en sus generales contornos se presenta como indicio de una nueva fase de la historia, y no como la repetición de lo que fatalmente concluye en Eslavia ante nuestros ojos.

52

*

* *

¿Quién será el que no vea en esta ejemplificación, que no he buscado exprofeso, y que antes me vino a la punta de la pluma por azar y desordenadamente, en esta ejemplificación, repito, que puede prolongarse indefinidamente en un libro de geografía económico-política del mundo actual, la prueba evidente de cómo las condiciones históricas están todas circunstanciadas en las formas de su desarrollo? No solamente las razas y los pueblos, y las naciones y los Estados, si que también las partes de las naciones y las diversas regiones de los Estados, y luego las clases son como otros tantos peldaños de una larga escala, o puntos diversos de una curva de grande y complicado desarrollo. El tiempo histórico no ha

transcurrido uniforme para todos los hombres, El simple sucederse de las generaciones no fue nunca el indicio de la constancia y de la intensidad del proceso. El tiempo como abstracta medida de cronología y las generaciones sucediéndose en términos aproximativos de años, no dan criterio ni aportan indicación de ley o de proceso. Hasta el presente, los desarrollos fueron varios, porque varias fueron las obras realizadas en una misma unidad de tiempo.

53

Entre tales formas varias de desarrollo hay afinidad, mejor aún, hay similaridad de móviles, o más bien dicho, hay analogía de tipo, es decir, homología; y tanto es así, que las formas avanzadas pueden, por simple contacto o con la violencia, acelerar el desarrollo de las formas retrasadas. Pero lo importante es comprender que el progreso, cuya noción no solamente es empírica, sino siempre circunstanciada, y por esto limitada, no insta sobre el curso de las cosas humanas como un destino o un hado ni como un mandato de ley. Y por esto nuestra doctrina no puede representar toda la historia del humano género en una vista de perspectiva o unitaria que repita, *mutatis mutandis,* la *filosofía histórica de designio* como desde San Agustín a Hegel se representa, o mejor, desde el profeta Daniel al señor De-Rougemont.

Nuestra doctrina no pretende ser la *visión intelectual de* un gran plan o designio, pero sí es solamente un *método* de investigación y de concepción. No habló Marx porque si de su descubrimiento como de *un hilo conductor,* Y por tal razón es precisamente análoga al darwinismo, que es también un método, y no es ni puede ser una modernizada repetición de la construida y constructiva *Natur-philosophie* de Schelling y campaneros suyos.

*

* *

54

El primero en apercibirse de que en la noción del progreso hay la indicación de algo circunstanciado y relativo fue el genial Saint-Simón, que opuso su pensamiento a la doctrina del siglo XVIII, en buena parte dominante en Condorcet. A esta doctrina, que podría llamarse unitaria igualitaria, formal, porque considera al género humano como desarrollándose sobre una línea procesal, Saint-Simón opuso el concepto de las facultades y de las actitudes, que se subrogan y se compensan, y por esto fue ideólogo.

Otra cosa se necesitaba para penetrar las razones efectivas de la relatividad del progreso. Se necesitaba ante todo renunciar a aquellos prejuicios implícitos en la creencia de que los obstáculos a la uniformidad del *devenir* humano descansan exclusivamente sobre causas naturales e inmediatas. Estos impedimentos naturales o son bastante problemáticos, como en el caso de las razas, que ninguna tiene en si el ingénito privilegio de la historia, o son, como en el caso de las diferencias geográficas, insuficientes para explicar el desarrollo de condiciones histórico-sociales del todo deformes sobre un mismo terreno topográfico. y como el movimiento histórico nace precisamente cuando los impedimentos naturales fueron ya en gran parte o superados o notablemente circunscritos por medio de la creación de un terreno artificial, sobre el cual los hombres pueden ulteriormente irse desarrollando, resulta de esto claro que los consecutivos impedimentos a la uniformidad del progreso han de buscarse en las condiciones propias e intrínsecas de la misma estructura social.

55

Esta estructura ha sido hasta ahora en forma de organización política, cuyo fin es mantener en equilibrio las desigualdades económicas, lo que da por resultado que esta organización, como ya dije varias veces sea continuamente inestable. De aquí que. si hay historia recordada es historia de la sociedad que o tiende a formar el Estado o lo ha formado ya. Y el Estado es la lucha en el interior, tanto si es viva y actúa, como si está por algún tiempo aletargada. y el Estado es también la lucha en el exterior, o para sujetar otros pueblos, o para colonizar otros países, o para exportar los productos a otros mercados, o para descargar el exceso de población, etc. Y el Estado es una lucha tal en el interior y exterior, porque es, ante todo, el órgano y el instrumento de una parte más o menos grande de la sociedad contra

todo el resto de la misma sociedad, en cuanto que ésta se afianza esencialmente en el señorío económico de los hombres sobre los hombres, en modos más o menos directos y explícitos, según que el diverso grado de desarrollo de la producción y de sus medios naturales y de sus instrumentos artificiales exija o la esclavitud inmediata, o la servidumbre de la gleba, o el *libre* salariado. Esta sociedad de las antítesis, regida por el Estado, es siempre, por diferentes que sean sus formas y modos, la oposición de la ciudad y del campo, del artesano y del campesino del proletario y del patrono, del capitalista y del trabajador, y así hasta lo infinito, y va siempre a parar en una jerarquía, tanto si es el privilegio fijo de la Edad Media, como si con las disimuladas formas del derecho presunto igual para todos se revela en la acción automática de la competencia económica del presente.

56

A esta jerarquía económica corresponde de modo vario un los diferentes países, tiempos y lugares, una: estoy por decir, jerarquía de los ánimos, de los intelectos, de los espíritus. Esto equivale a decir que la *cultura,* en la cual precisamente los idealistas sitúan la suma del progreso, estuvo y está por necesidad de hecho bastante desigualmente distribuida. La mayor parte de los hombres, por la cualidad de sus ocupaciones, son así como individuos desintegrados, incapaces de Un desarrollo completo y normal. A la *económica* de las clases y a la jerarquía de las situaciones, corresponde *la psicología de las clases.* La relatividad del progreso es, pues, para nosotros, la consecuencia inevitable de las antítesis de clase. En estas antítesis están los impedimentos que explican la posibilidad del relativo regreso, hasta la degeneración y disolución de una entera unidad. Las máquinas que significan el triunfo de la ciencia, se convierten, por las condiciones antitéticas de la compaginación social, en instrumentos para proletarizar millones y millones de libres artesanos y campesinos. Los progresos de la técnica, que enriquecen de comodidades las poblaciones, hacen que sea más mísera y abyecta la condición de los campesinos, y en las mismas ciudades se vuelve más humilde la condición de los humildes. Todos los progresos del saber sirvieron hasta ahora para diferenciar el grupo de los adoctrinados y para distanciar cada vez más las masas de la cultura, estas masas que, consagradas al incesante trabajo de todos los días, alimentan con él a la entera sociedad.

57

El progreso fue y es aún parcial y unilateral. Las minorías que salen beneficiadas sostienen que esto es el progreso humano, y los soberbiosos evolucionistas llaman a esto naturaleza humana que se desarrolla. Todo este progreso parcial, que basta el presente se ha desarrollado en la presión de los hombres sobre los hombres, tiene su fundamento en las condiciones de oposición por la cual las antítesis económicas han engendrado todas las antítesis sociales, y de la relativa libertad de algunos ha nacido la servidumbre de muchísimos, y el derecho ha sido el protector de la injusticia. Visto así el progreso y enseñado en su clara noción, nos parece como el compendio moral e intelectual .de· todas las humanas miserias y de todas las materiales desigualdades.

Para descubrir en sus entrañas la inevitable relatividad precisaba que el comunismo, surgido al principio como movimiento instintivo en el ánimo de los oprimidos, se convirtiese en ciencia y política. Y se necesitaba después que nuestra doctrina diese la medida del valor de toda la historia pasada, descubriendo en cualquier forma de organización social, fuese de origen y de ajuste antitético como han sido todas hasta el presente, la ingénita incapacidad para producir las condiciones de un progreso humano universal y uniforme; es decir descubriendo los impedimentos que hacen que el beneficio se convierta en maleficio.

59

# VI

Nosotros no podemos sustraernos a una pregunta: ¿dónde se originó la creencia en los *factores históricos?* Esta expresión corre muy a menudo en boca y cruza, ¡por la mente de muchos eruditos, hombres de ciencia y filósofos, y de aquellos expositores que o razonando o combinando se apartan algún tanto de la mera narración, y de tal opinión se aprovechan, como de exprofeso para orientarse en la ingente masa de los hechos humanos, que, al primer vistazo y en la inmediata consideración, aparecen bastante confusos e irreductibles. Esta creencia, esta opinión corriente, se ha vuelto en los historiadores razonadores, o en los historiadores racionalistas, una *semidoctrina,* que recientemente fue adoptada varias veces como argumento decisivo contra la teoría unitaria de la concepción materialista. Antes está tan arraigada la creencia y está tan difundida la opinión de que no puede entenderse la historia sino como un encuentro e incidencia de diversos factores, que muchos de aquellos que hablan de materialismo social, sea en favor o en contra, creen salir de cualquier apuro cuando afirman que toda esta doctrina consiste en último término en atribuir la superioridad o la acción decisiva al *factor económico.*

60

Ciertamente que es importante darse cuenta de cómo se originó esta creencia, opinión o semidoctrina, porque la veraz y efectiva critica consiste principalmente en conocer y comprender los motivos de esto que llamamos error. No basta con rechazar una opinión, con afirmar rotundamente que es errónea. El error doctrinal ha nacido siempre de algún lado mal entendido de una experiencia incompleta o de alguna imperfección. No basta con rechazar el error: es necesario vencerle y superarlo, *explicándolo.*

*

* *

Todo histórico que comienza narrando efectúa por así llamarlo, un acto de abstracción. Ante todo ejecuta un corte en una serie continuativa de sucesos, y luego prescinde de muchas y diversas presuposiciones y precedentes, rompiendo y descomponiendo una intrincada tela. Para comenzar es necesario que fije un punto, una línea, un término, a elección suya, y diga por ejemplo: «Queremos narrar cómo se inició la guerra entre griegos y persas; veamos cómo Luis XVI fue a parar a la resolución de convocar los Estados Generales.» *El* narrador se encuentra, en suma, ante un complejo de hechos sucedidos y de hechos que están para sucederse, los cuales, en su conjunto, aparecen como una configuración. En semejante gesto suyo se origina el modo de ser y el origen de cualquier narración, porque para urdirla precisa recoger el movimiento de cosas que ya han sido para luego ver cómo continúan en lo sucesi*vo.*

61

Y aun en aquel complejo es necesario introducir un cierto sentimiento de análisis, resolviéndolo en varios grupos, en varios aspectos de hechos o en elementos concurrentes que a cierto punto parecen como categorías por sí presentes. Véase: qué es el Estado en una cierta forma y con ciertos poderes; qué son las leyes que determinan, por mandato y por prohibición, ciertas relaciones) y qué son los usos y costumbres que revelan tendencias, necesidades y modos de pensar, de creer, de fantasear; y en el conjunto se ve a una multitud de hombres convivientes y colaboradores, con divisiones de' oficios y de ocupaciones; y después se observan los pensamientos, las ideas, las inclinaciones, las pasiones, los deseos, las aspiraciones que de este multicolor modo de coexistencia y de sus conflictos se desprenden y desarrollan en determinadas maneras. Sobreviene un cambio, y éste se revela en uno de los lados o aspectos del complejo empírico, o en todos en mayor o menor espacio de tiempo: por ejemplo, el Estado ensancha sus confines externos, o altera sus límites

internos hacia la sociedad, creciendo o disminuyendo de poderes y de atribuciones, o cambiando de forma en el ejercicio de aquéllos y de éstas; o bien el derecho cambia sus disposiciones, o se expresa y afirma por nuevos órganos; o bien, por último, detrás del cambio de los hábitos externos y diarios se revela un cambio en los sentimientos, en los pensamientos, en las inclinaciones de los hombres variadamente distribuidos en diversas clases sociales, las cuales se mezclan, se alternan, cambian de lugar, se fusionan o se renuevan. Para comprender todo esto, en cuanto por el modo como aparece a primera vista y se dibuja a la ordinaria atención, bastan las comunes dotes de la inteligencia normal, quiero decir, de aquella que no esta subsidiada ni corregida o completada por la ciencia propiamente dicha. Encerrar dentro de precisos confines un conjunto de semejantes mutaciones, he aquí el objeto verdadero y propio de la narración, que resultará tanto más perspicaz, eficaz y plasmada cuanto más monográfica, por ejemplo: Tucídides en la *Guerra del Peloponeso,*

62

La sociedad en cierto modo ya formada, la sociedad llegada ya a un cierto grado de desarrollo, la sociedad ya tan complicada que esconde el fondo económico que apuntala el resto, no se ha revelado a los puros narradores sino en aquellos ápices visibles, en aquellos resultados más aparentes, en aquellos síntomas más significativos, como son las formas políticas, las disposiciones de ley y las pasiones de parte. El narrador, además de carecer de una doctrina teórica sobre las fuentes verdaderas del movimiento histórico, por el mismo gesto que asume ante las cosas que aferra en las apariencias de su porvenir, no puede reducir éste a unidad sino en el aspecto de la sola intuición inmediata, y si es artista, esta intuición se le colorea en su ánimo y se muda en acción dramática. Llenará su cometido si consigue encuadrar cierto número de hechos y de sucesos dentro de términos y confines sobre los cuales la mirada pueda moverse como sobre una clara perspectiva, al modo que el geógrafo puramente descriptivo ha llenado el suyo si encierra en vivo y perspicaz dibujo la competencia de las causas físicas que determinan el intuitivo aspecto, pongamos por ejemplo, del golfo de Nápoles, sin remontarse a su génesis.

63

En esta necesidad de la configuración narrativa está la ocasión primera, intuitiva, palpable, y diré casi estética y artística, de todas aquellas abstracciones y generalizaciones que al fin van a parar a la semidoctrina de los llamados *factores,*

¿Quiénes son los dos hombres insignes, los Gracos, que quisieron detener el proceso de apropiación del *ager publicus o* impedir la aglomeración del latifundio, con el cual disminuye o cesa del todo de existir la clase de los pequeños propietarios, o sea de los hombres libres que son fundamento y condición de la vida democrática de la *ciudad antigua?* ¿Cuáles fueron las causas de su fracaso? Su propósito es claro: su ánimo, su origen, su carácter, su heroísmo, lo dicen de sobra. Contra. ellos están otros hombres, otros intereses y con otros ánimos.

64

La contienda no se dibuja en un principio a la mente sino como lucha de propósitos y de pasiones, la cual se desarrolla y llega a término con aquellos medios que consienten las formas políticas del Estado y el uso o el abuso de los poderes públicos. He ahí el ambiente: la ciudad dominadora en diversos modos, sobre otras ciudades o sobre territorios desprovistos de todo carácter de autonomía; y dentro de aquella ciudad una adelantada diferenciación de ricos y de pobres; y enfrente de la compañía no numerosa de los opresores y de los prepotentes la inmensa masa de los proletarios, que están por perder o han perdido ya la conciencia y la fuerza política de una plebe de ciudadanos la masa que por esto se deja engallar y corromper y a breve plazo acabará pudriéndose, servil accesorio de los explotadores de mayor grado. Esta es la materia del narrador, al cual no le es dable darse cuenta del hecho sino en las condiciones inmediatas del mismo hecho. La unidad intuitiva es el escenario sobre el cual se desarrollan los casos, y para que el relato tenga relieve, enlace y perspectiva, precisan puntos de orientación y medios de reducción.

En esto consiste el primer origen de aquellas *abstracciones,* por las que los varios lados de una determinada complejidad social van poco a poco separándose de su cualidad de simples aspectos de un conjunto, y generalizados, conducen luego a la doctrina de los presuntos factores.

65

*

* *

Estos factores, en otros términos, se originan en la mente por medía de la abstracción y de la generalización de los aspectos inmediatos del movimiento aparente, y andan a la par con todos los demás conceptos empíricos que, una vez han salido de cualquier otro campo del saber, se mantienen en la mente hasta que quedan reducidos y eliminados por una nueva experiencia o se encuentran reabsorbidos por una concepción más general, sea genésica, evolutiva o dialéctica.

No era necesario que en el análisis empírico y en el estudio inmediato de las causas y de los efectos de ciertos determinados fenómenos, por ejemplo, de los caloríferos, la mente se detuviera en primer lugar en la presunción y en la persuasión de poder y deberlos atribuir a un sujeto, que}si nunca pareció a ningún físico un verdadero ente substancial, pareció ciertamente una fuerza determinada y específica, que sería el *calor.* Y he aquí que a cierto punto, debido a nuevas combinaciones de experimentos, este excogitado calor se resuelve, en condiciones dadas, en un a cierta cantidad de movimiento. Y el pensamiento está ahora en camino de resolver buen número de excogitados *factores físicos* en el flujo de una universal *Energética·,* en la cual la hipótesis de los átomos, por cuanto ésta es necesaria y utilizable, pierde todo residuo de sobrevivida metafísica.

66

¿No era acaso inevitable, como primer estadio del conocimiento respecto al problema de la vida, retardarse mucho tiempo en el estudio de los órganos y reducirlos luego a sistemas? Sin esta anatomía, que al final parece demasiado material y grosera, ningún progreso de estudios habría sido posible y entretanto, sobre la desconocida génesis y coordinación de semejante multiplicidad analítica revoloteaban inciertos y vagos los conceptos genéricos de vida, de alma y similares. En estas creaciones mentales se, buscó por expediente de excogitación, y durante mucho tiempo, aquella unidad biológica que al fin ha encontrado su comparación intuitiva en el principio de la célula y en su proceso de inmanente multiplicación.

Más difícil fue ciertamente el camino que tuvo que recorrer el pensamiento para reducir a evidencia de génesis todos los datos de la vida psíquica, desde los simplicísimos de las sensaciones elementales hasta los productos muy derivados y complejos. No tan sólo por razones de dificultad teórica, sino por otros prejuicios populares, la unidad y continuidad incesante de los fenómenos psíquicos apareció, hasta Herbart, como dividida y rota en muchos *factores,* o sea en las llamadas *facultades* del alma.

67

Por las mismas dificultades ha pasado la interpretación de los procesos histórico-sociales, y hasta ésta ha tenido que detenerse también en la vista provisional de los factores. y por esto nos es ahora cosa fácil entrelazar la primera ocasión de semejante opinión con la necesidad que tienen los históricos narradores de encontrar, en el acto que narran con más o menos capacidad artística y con diverso modo de ensenar, puntos de orientación inmediata, tales corso puede ofrecérselos el estudio del movimiento aparente de las cosas humanas.

*

* *

Pero en aquel movimiento aparente hay también indicaciones que nos restituyen a otro. Aquellos factores concurrentes que la abstracción excogita y después nos permite aislados, nunca se vio que obraran cada uno por sí, porque antes operan por modo de eficacia que da

lugar al concepto de la acción reciproca. Por añadidura, aquellos factores también tuvieron su momento de nacimiento y llegaron después a tener aquella fisonomía que revelan en la particular narración. Se sabía que un dado Estado nació en tal o cual momento. De cualquier derecho o se conservaba la memoria o se conjeturaba que entró en vigor en tales o cuales circunstancias. De muchas costumbres se conservaba el recuerdo de que se introdujeron un día, y la más simple comparación de los hechos asegurados, con respecto a diversos tiempos y lugares, hacia ver de qué modo la sociedad en su conjunto, en cuanto es suma de diversas clases, revistió y reviste continuamente formas diversas.

68

Tanto la acción recíproca de los diferentes factores, sin la cual ni es posible el más simple relato, como las noticias más o menos seguras sobre los orígenes y las variaciones de los mismos factores, solicitaban la investigación y el pensamiento mucho más de lo que la solicitaban la narración configurativa de aquellos grandes historiadores que son verdaderos y propios artistas. Y de hecho, los problemas que resultan espontáneos de los datos de la historia, cuando fueron combinados con otros elementos teóricos, dieron lugar a las diversas disciplinas llamadas prácticas, que con rapidez varia de movimiento y con éxito vario, se desarrollaron desde los tiempos antiguos hasta los modernos, desde la ética ti la filosofía del derecho, desde la política a la sociología, desde la jurisprudencia a la economía.

Y he aquí que con el nacimiento y formación de tantas disciplinas, se multiplicaron, por la misma inevitable división del trabajo, fuera de medida los *puntos de vista.* Cierto es que en el primero e inmediato análisis de los multiformes aspectos empíricos del complejo social, precisaba un largo trabajo de parcial abstracción, hijo de la inevitable consecuencia del ver unilateral. Esto ha sucedido, de modo más agudo y más visible que en cualquier otro campo, en el de la jurisprudencia y en sus varias generalizaciones hasta la filosofía del derecho. Por virtud de semejantes abstracciones, que son inevitables en el análisis parcial y empírico, y por efecto de la división del trabajo, los diversos lados y las diversas manifestaciones del complejo social fueron de tanto en tanto fijados e inmovilizados en conceptos generales y en categorías. Las obras, los efectos, las emanaciones, los eflujos de la actividad humana —derecho, formas económicas, principios de conducta, etc.— quedaron como traducidos y convertidos en leyes, en imperativos y en principios que estuviesen por encima del mismo hombre. Y de tanto en tanto se ha tenido que descubrir después esta simple verdad: que el sólo hecho permanente y seguro, ósea el único dato del cual parte o a él se refiere cualquiera disciplina práctica, es este: los hombres congregados en una determinada forma social, por medio de determinados vinculas, Las varias disciplinas analíticas que ilustran los hechos que se desarrollan en la historia, han acabado por traer finalmente la necesidad de una común y general ciencia social, que haga posible la unificación de los procesos históricos. Y de tal unificación, la doctrina materialista señala precisamente el último término, y mejor, el ápice.

*

* *

70

Pero no fue, como no será nunca, tiempo perdido el empleado en el análisis preliminar y lateral de los hechos complejos. A la metódica división del trabajo, debemos la erudición precisa, o sea la masa de conocimientos declarados, cribados, sistematizados, sin los cuales toda historia social vagaría siempre por lo puramente abstracto, formal y terminológico. El estudio, aparte de los presuntos factores históricos sociales, ha ayudado, como ayuda cualquier otro estudio empírico que se atenga al movimiento aparente de las cosas, a refinar los instrumentos de la observación y a encontrar en los mismos hechos, que artificialmente fueron separados del conjunto, los adentellados que les unen al complejo social. Las diversas disciplinas mantenidas aisladas e independientes por medio de la presuposición de los factores concurrentes en la formación histórica, por el grado de desarrollo a que han llegado, por el material que han recogido y por los métodos que han producido, ahora nos son todos indispensables cuando queremos reconstruir una parte cualquiera de los tiempos pasados.

¿Qué sería de nuestra ciencia histórica, sin la unilateralidad de la filología, que es el subsidio instrumental de toda investigación. Y ¿dónde se habría dado con el hilo del ovillo de una historia de las instituciones jurídicas, que a tantas otras cosas y combinaciones nos lleva, sin la obstinada fe de los romanistas en la excelencia universal del derecho romano, que ha engendrado, con la jurisprudencia generalizada y con la filosofía del derecho, tantos problemas en que germina por último la sociología?

71

*

* *

Así es que los factores históricos que corren por la mente y por los escritos de muchos, indican alguna cosa que es mucho menos de la verdad, pero que es mucho más que el simple error, en el sentido grosero de deslumbramiento, de ilusión y de equivocación. Son el producto necesario de un conocimiento que está en camino de desarrollarse y de formarse. Nacen de la necesidad de orientarse ante el espectáculo confuso que presentan las cosas humanas a quien quiere narrarlas, y sirven después, por así decirlo, 'de título, de categoría, de índice a aquella inevitable división del trabajo, con la que hasta ahora teóricamente se elabora la materia histórico-social. En este campo de conocimiento, así como en el de las ciencias naturales, la unidad de principio real y la unidad de tratamiento formal no se encuentran nunca al principio, sino al final de largo camino; de modo que hasta sobre este particular, nos parece exacta la analogía establecida por Engels entre el descubrimiento del materialismo histórico y el de la *conservación de la energía.*

*

* *

72

La provisoria orientación, según el común esquema de esto que llaman factores, puede en ciertas circunstancias ser necesaria también a nosotros que profesamos un principio del todo unitario de la interpretación histórica. Quiero decir cuando queremos, no simplemente teorizar, sino cuando queremos con nuestra propia investigación ilustrar un determinado período de la historia. Como en este caso nos incumbe la obligación de la minuciosa y directa investigación, nos es también forzoso atenernos primero a los grupos de hechos que parecen o prominentes, o independientes, o destacados, en los aspectos de la inmediata experiencia. Porque no estamos verdaderamente en el caso de creer que el principio unitario de máxima evidencia y transparencia a que hemos llegado en la concepción general de la historia, pueda, a modo de talismán, valer de continuo y a primera vista, como de medio infalible para resolver en elementos simples el cruel aparato y el complicado engranaje de la sociedad. La estructura económica que está en el fondo, y que determina todo lo demás, no es un simple mecanismo del cual salten afuera, a guisa de inmediatos efectos automáticos y maquinales, las instituciones, leyes, costumbres, pensamientos, sentimientos e ideologías. De aquel fondo a todo lo demás, el proceso de derivación y de mediación es bastante complicado, a menudo sutil y tortuoso, no siempre descifrable.

73

La organización social es, como ya sabemos, continuamente inestable, si bien esto no aparezca evidente a todos sino cuando la inestabilidad entra en aquel período agudo que llamamos revolución. Esta inestabilidad, con las continuas luchas en el seno de la misma sociedad organizada, excluye la posibilidad de que los hombres entren en una condición de continuado consentimiento o acomodamiento que podría dar lugar a que volvieran al vivir animal. En las antítesis está la causa precipua del progreso (Marx). Pero también es verdad, empero, que en esta organización inestable, en la cual se da la forma inevitable del dominio y de la sujeción, la inteligencia se ha desarrollado siempre, no sólo con desigualdad, sino bastante imperfecta, incongrua y parcialmente. Hubo y hay todavía en la sociedad como una jerarquía del intelecto, y después de los sentimientos y de las ideaciones. Suponer que los hombres, siempre y en todos los casos, hayan tenido una conciencia aproximadamente clara

de la propia situación y de aquello que más les conviniere racionalmente hacer, es suponer lo inverosímil, mejor dicho, **lo** insubsistente.

Las formas de derecho, las acciones políticas y las tentativas de ordenación social, fueron, y son todavía, a veces cosas adivinadas, a veces equivocadas, es decir, desproporcionadas y fuera del caso. La historia está llena de errores, lo cual quiere decir que si todo fue necesario, dada la relativa inteligencia de aquellos que tuvieron que resolver una dificultad o encontrar una solución a un problema dado, etc., si todo tuvo su razón suficiente, no todo fue razonable, según el sentido que dan a esta palabra los optimistas que raciocinan.

74

A la larga las causas que determinan las mutaciones, o sea las cambiadas condiciones ec01 nómicas, acabarán y acaban por hacer encontrar, aunque sea por caminos bastante tortuosos, las convenientes formas de derecho, los órdenes políticos adaptados y las maneras más o menos convenientes del ajuste social. Pero no es de creer que la instintiva sabiduría del animal razonable se manifestase o se manifieste *sic et simpliciter,* en la plena y clara inteligencia de cualquier situación, y que a nosotros no nos toca ahora sino rehacer simplicísticamente el camino deductivo de la situación económica de todo el resto. La ignorancia —que a su vez también puede ser explicada— es no pequeña causa del modo como la historia ha procedido; y a la ignorancia es necesario agregar la bestialidad, nunca enteramente vencida, y todas las pasiones y las malicias y las variadas formas de corrupción que fueron y son el aporte necesario de una sociedad de tal modo organizada, que el dominio del hombre sobre el hombre es inevitable y de semejante dominio fueron y son inseparables la mentira, la hipocresía, la prepotencia y la vileza. Nosotros podemos, sin ser *utopistas)* pero solamente en cuanto somos *comunistas críticos,* prever, como de hecho prevemos, el advenimiento de una sociedad que, desarrollándose del presente, y mejor de sus contrastes, por las leyes inmanentes de la futura formación histórica, va a parar a una asociación sin antítesis de clase: lo que lleva consigo que la reglamentada producción eliminaría lo aleatorio de la vida que en la historia se revela hasta ahora como multiforme entrelazamiento de accidentes y de incidencias. Pero esto es el porvenir, y no es ni el presente 'ni el pasado. Si en cambio nos proponemos penetrar en los pasados sucesos históricos, destajando, como destajamos, el variar de las formas de la estructura económica que está debajo) hasta el dato más simple del variar de los instrumentos, debemos tener la plena conciencia de la dificultad del problema que nos proponemos, porque aquí no se trata ya de abrir los ojos y de ver, sino de un esfuerzo máximo del pensamiento que va recto a vencer el multiforme espectáculo de la experiencia inmediata para reducir sus elementos a una serie genésica. Y por esto decía que en la investigación particular nosotros también debemos coger los movimientos de aquellos grupos de hechos aparentemente aislados y de aquel multicolor entrelazamiento, del estudio empírico, en suma, del cual ha nacido la creencia en los factores que después se ha transformado en una semidoctrina.

76

Y no vale oponer a estas dificultades de hecho la presunción algún tanto metafísica, a menudo equívoca y enteramente de un valor puramente analógico, del llamado *organismo social.* Hasta para esta suposición, que en poco tiempo se ha vuelto también mera Y vulgar fraseología, se necesitaba asimismo que pasase el pensamiento. Porque esta suposición sombrea la comprensión del movimiento histórico, como si naciese de las leyes inmanentes de la misma sociedad, y excluye con esto lo arbitrario, lo trascendente y lo irracional. Pero más allá de esto la metáfora no se aguanta, y la investigación especificada, critica y circunstanciada de los hechos históricos, es la única fuente de aquel saber concreto y positivo necesario al desarrollo completo del materialismo económico.

77

# VII

Las ideas no caen del cielo, ni recibimos el bien de Dios mientras dormimos.

La mutación en los modos de pensar que al último ha producido la doctrina histórica, de la cual aquí se hace el examen y la exposición preliminar, ha venido desarrollándose, al principio con lentitud y después con creciente rapidez, precisamente en este periodo del *devenir* humano en el cual se confirmaron las grandes revoluciones político-económicas, o sea en esta época que mirada en sus formas políticas llámase liberal, pero que mirada en su fondo, por efecto del dominio del capital sobre la masa proletaria, es la época de la producción anárquica. La mutación en las ideas, hasta la creación de nuevos métodos de concepción, ha venido reflejando paso a paso la experiencia de una nueva vida. Así como ésta, en las revoluciones de estos dos últimos siglos, se ha ido poco a poco despojando de las envolturas míticas, místicas y religiosas a medida que ha ido adquiriendo la conciencia práctica y precisa de sus condiciones inmediatas y directas, así también el pensamiento, que resume y teoriza esta vida, se ha despojado a su vez de las presuposiciones teológicas y metafísicas, para encerrarse al fin en esta prosaica exigencia: en la interpretación de la historia es necesario restringirse a la coordinación objetiva de las condiciones determinantes y de los efectos determinados. La concepción materialística señala el colmo de esta nueva dirección en el descubrimiento de las leyes histórico-sociales, en cuanto no es un caso particular de una genérica sociología o de una genérica filosofía del Estado, sino el resolvente de todas las dudas y de todas las incertidumbres que acompañan las demás formas de filosofar sobre las cosas humanas, y principio de la interpretación integral de éstas.

78

Es, por consiguiente, cosa fácil, especialmente, como han hecho algunos vulgares criticastros, ir descubriendo los precursores de Marx y de Engels, que por primera vez precisaron los fundamentos de esta doctrina. Jamás se le ocurrió a ninguno de sus 'secuaces, ni siquiera a los de la observación más estrecha, hacer pasar *ti* aquellos dos pensadores por fabricantes de milagros. Antes bien, si hay que andar buscando las premisas de la creación doctrinal de Marx y de Engels, no bastará con detenerse en aquellos que llámanse precursores del socialismo hasta Saint-Simón y más allá, ni en los filósofos, y especialmente en Hegel, ni en las economistas que declararon la anatomía de la sociedad que produce las mercancías; tendríamos que remontarnos a toda la formación de la sociedad moderna y declarar por último triunfalmente que la teoría es un plagio de las cosas que explica.

79

Porque, a decir verdad, los precursores efectivos de la nueva doctrina fueron los hechos de la historia moderna, que se ha vuelto perspicaz y reveladora de si misma desde que se operó en Inglaterra la gran revolución industrial de a fines del siglo pasado, y desde que en Francia se produjo aquella gran laceración social que todos conocemos, cuyas cosas, *mutatis mutandis,* se han ido · después reproduciendo, con diversas combinaciones y formas más benignas, en todo el mundo civilizado. ¿Y qué otra cosa es el pensamiento en el fondo, sino el consciente y sistemático complemento de la experiencia? ¿y qué es ésta, sino el reflejo y la elaboración mental de las cosas y de los procesos que nacen y se desarrollan o fuera de nuestra voluntad o por obra de nuestra actividad? ¿y qué otra cosa es el genio, sino la individuada y consiguiente y aguzada forma de aquel pensamiento que por sugestión de la experiencia surge en muchos hombres de la misma ápoca, pero que en la mayor parte de ellos permanece fragmentario, incompleto, incierto, oscilante y parcial?

*

* *

80

Las ideas no caen del cielo, antes bien, como cualquier otro producto de la actividad humana, se forman en dadas circunstancias, en tal precisa madurez de los tiempos, por la acción de determinadas necesidades y por las reiteradas tentativas de dar satisfacción a éstas, y con el descubrimiento de tales y cuales medios de prueba, que son como los instrumentos de su producción y elaboración. Las ideas suponen también un terreno de condiciones sociales y tienen su técnica, y el pensamiento es también una forma del trabajo. Apartar aquéllas y éste, o sea las ideas y el pensamiento, de las condiciones y del ámbito de su propio nacimiento y desarrollo, es desfigurar su naturaleza y significado.

El tema de mi primer ensayo consistió en enseñar cómo la concepción materialística de la historia nació precisamente en dadas condiciones, es decir, no como personal y discutible opinión de dos escritores, sino como una nueva conquista del pensamiento por la inevitable sugestión de un nuevo mundo que ya se está engendrando, o sea la revolución proletaria. Lo que es como decir que una nueva situación histórica se ha completado con un congruo instrumento mental.

Imaginar ahora que esta producción intelectual podía confirmarse en cualquier tiempo y lugar, es como dar el absurdo por regla de las propias investigaciones. Transferir las ideas, a capricho, del terreno y de las condiciones históricas en que nacieron a cualquier otro terreno, es como si tornáramos por base del raciocinio el simple irracional.

81

¿Por qué no imaginar al mismo tiempo que la *ciudad antigua,* en la cual nacieron el arte y la ciencia griega y el derecho romano, continuando siendo, no obstante, ciudad antigua de democracia con los esclavos, podía adquirir y desarrollar todas las condiciones de la técnica moderna? ¿Por qué no creer que la corporación artesana medioeval, continuando siendo tal cual era en su cuadro fijo, podía encaminarse a la conquista del mercado mundial, ni las condiciones de la competencia desconfinada, que comenzaron precisamente cuando se principió a negarla? ¿Por qué no conjeturar un feudo que continuando siendo feudo fuese fábrica de producción exclusiva de mercancías? ¿Por qué no habría debido escribir Miguel de Latido el *Manifesto de los Comunistas?* ¿Por qué no pensar que los descubrimientos de la ciencia moderna podían salir del cerebro de los hombres de otro lugar y tiempo, es decir, antes que determinadas condiciones hiciesen nacer determinadas necesidades y a la satisfacción de éstas se debiese proveer con una reiterada y acumulada experiencia?

Nuestra doctrina supone el desarrollo amplio, claro, consciente, de la técnica moderna, y con ésta la sociedad que produce las mercancías con los antagonismos de la competencia: la sociedad que supone como condición inicial suya y como medio indispensable para perpetuarse la acumulación capitalística en forma de propiedad privada; la sociedad que produce y reproduce de continuo los proletarias, y que para mantenerse tiene necesidad de revolucionar incesantemente sus instrumentos, incluso el Estado y los engranajes jurídicos de éste.

82

Esta sociedad, que por la misma ley de su movimiento ha puesto al descubierto su propia anatomía, produce de rechazo la concepción materialística. Así como ha producido con el socialismo su negación positiva, igualmente ha engendrado con la nueve doctrina hi8iórica su negación ideal. Si la historia es el producto, no arbitrario, pero el necesario y normal, de los hombres en cuanto se desarrollan, y se desarrollan en cuanto socialmente experimentan, y experimentan en cuanto perfeccionan y refinan el trabajo y acumulan y guardan los productos y resultados de éste, la fase de desarrollo en que ahora vivimos no puede ser la última y definitiva, y los contrastes íntimos e inherentes de esta fase son fuerzas productivas de nuevas condiciones. Y he aquí como el periodo de las grandes revoluciones económicas y políticas de estos dos últimos siglos ha madurado en las mentes estos dos conceptos: la inmanencia y constancia del proceso en los hechos históricos, y la doctrina materialística, que en el fondo es la *teoría objetiva de las revoluciones sociales.*

*

* *

88

No hay duda de que remontarse a través de los siglos y rehacer estudiadamente con el pensamiento el desarrollo de las ideas sociales contenidas en los documentos de los escritores, es osa muy instructiva y ayuda, sobre todo, para aumentar en nosotros el conocimiento crítico de nuestros conceptos tanto como de nuestros procedimientos. Este retorno de las mentes a sus premisas históricas cuando no nos lleva a extraviarnos en el empirismo de una, desconfinada erudición, o no nos lleva a la tentación de establecer apresuradamente vanas analogías, ayuda sin duda a dar flexibilidad y eficacia de persuasión a las formas de nuestra actividad científica. En el conjunto de nuestras ciencias se deriva ahora, por vías de hecho y por aproximada continuidad de tradición, lo óptimo de cuanto se descubrió, escogitó y probó, no tan sólo en los tiempos modernos, sino en los de la antigua. Grecia, con la cual precisamente comienza de modo definitivo para todo el género humano el desarrollo ordenado del pensamiento consciente, reflexivo y metódico. No podría darse un sólo paso en la investigación científica sin el uso de los medios que hace tiempo están a nuestra disposición, como son la lógica y las matemáticas. De pensar contrariamente equivaldría a decir que cada generación debe comenzar de nuevo sus trabajos bamboleando.

Pero ni a los autores antiguos en sus augustas repúblicas de ciudad, ni a los escritores del Renacimiento, inseguros siempre entre un imaginado retorno a lo antiguo y la necesidad de aferrar intelectualmente el nuevo mundo que estaba en gestación les fue dado llegar al análisis preciso de los últimos elementos de los cuales resulta la sociedad, que el genio insuperado de Aristóteles no vio y no comprendió al otro lado de los confines en que se explica la vida del *hombre ciudadano.*

84

La investigación sobre la estructura social, considerada en sus modos de origen y de proceso, se hizo viva y aguda y asumió aspectos multiformes en los siglos XVII y XVIII, cuando se formó la Economía , y junto con ésta, con los diversos nombres de derecho de naturaleza, de ensayos sobre el espíritu de las leyes y de contrato social, se abrió camino la tentativa de resolver en causas, en factores, en datos lógicos y psicológicos, el multiforme y no siempre caro espectáculo de una vida en la que se preparaba la Revolución más grande que se conozca. Estas doctrinas, sea cual fuera la intención subjetiva y el ánimo de los autores —como en el caso antitético del conservador Hobbes y del proletario Rousseau—, fueron todas revolucionarias en la substancia y en los erectos. En el fondo de todas se encuentra siempre como estímulo y como motivo las necesidades materiales y morales de la edad nueva, que por las condiciones históricas eran las de la burguesía: y por est0 convenía combatir, en nombre de la libertad, la tradición, la Iglesia, el privilegio, las clases fijas, o sea los órdenes, y por consecuencia, el Estado que de éstos parecía ser o era autor, y después los privilegios del comercio, de las artes, del trabajo y de la ciencia.

85

De ahí que se mirara al hombre en abstracto, o sea, a los particulares individuos emancipados y libertados, por virtud de abstracción lógica, de sus vínculos históricos y de necesaria dependencia social y en la mente de muchos el concepto de la sociedad se redujo a átomos, y a los más pareció natural creer que la sociedad no era más que una suma de individuos. Las categorías abstractas de la psicología individual se encontraron de este modo situadas delante o en la cumbre de la explicación de todos los hechos humanos; y he aquí como en todos estos sistemas y excogitaciones no se habla sino del miedo, del amor propio, del egoísmo, de la obediencia voluntaria, de la tendencia a la felicidad, de la originaria bondad del hombre, de la libertad de contratar, y luego de la conciencia moral, y del instinto o del sentido moral de otras tantas cosas abstractas y genéricas, como si fuesen suficientes para explicar la concreta historia existente y para crear otra de nueva y sana planta.

En el momento en que toda la sociedad entraba en una crisis estrepitosa, el horror a lo antiguo, añejo y tradicional, organizado hacía siglos, y el presentimiento de una renovación de toda la existencia humana, engendraron al fin una total obscuridad en las ideas de necesidad histórica y de necesidad social, o sea en aquellas ideas que, apuntadas apenas por los filósofos antiguos, y tan desarrolladas en nuestro siglo, no tuvieron en aquel período revolucionario sino raros representantes, como Vico, Montesquieu y en parte Quesnay. En esta situación histórica, que da nacimiento a una literatura aguda, ágil, subversiva, penetrante y popularísima, está la razón de lo que Luis Blanc, con cierto énfasis, llamó *individualismo,* con cuya palabra, otros después de él han creído dar expresión a un hecho permanente de la naturaleza humana, que pueda sobre todo servir como de argumento decisivo contra el socialismo.

86

¡Singular espectáculo; mejor dicho, contraste singular! El capital, formado como fuese, tendía a vencer cualquier otra precedente forma de producción, rompiendo sus vínculos y sus impedimentos; es decir, tendía a ser el señor directo o indirecto de la sociedad, como de hecho lo es en gran parte del mundo, de lo cual se ha seguido que, además de todos los modos de moderna miseria y de nueva jerarquía en que ahora nos debatimos, adviniese la más estridente antítesis de toda la historia, o sea la presentó entre la anarquía de la producción en el complejo de la sociedad y el férreo despotismo del modo de producir en las particulares oficinas, fábricas y talleres. ¡Y los pensadores y filósofos, los economistas y los divulgadores de ideas del siglo XVIII, no veían sino libertad e igualdad! Todos razonaban del mismo modo, todos partían de las mismas premisas tanto si llegaban a la conclusión de que la libertad debía obtenerse de un gobierno de pura administración, come si eran directamente democráticos o hasta comunistas.

87

El reino de la próxima felicidad estaba ante los ojos de todos, su advenimiento no ora dudoso, con tal que se suprimieran los vínculos y los impedimentos que al hombre, bueno por naturaleza, habían impuesto la forzada ignorancia y el despotismo de la Iglesia y del Estado. Estos impedimentos no pare. clan condiciones y términos en los cuales los hombres se hubiesen encontrado por las leyes de su desarrollo y por los entrelazamientos inevitables del movimiento antagónico, y por esto, incierto y dobladizo de la historia, como al fin nos parece a nosotros, por el prevalecer del historicismo objetivo, antes parecían simples obstáculos, de los cuales iba a libertarnos el uso recto de la razón. En este Idealismo, que llegó a su ápice en algunos héroes de la gran Revolución, germinó una fe desmedida en el seguro progreso de todo el género humano. Por primera vez, el concepto de *humanidad* apareció en toda su extensión y sin mezcolanza de ideas y de presuposiciones religiosas. Los más resueltos entre estos idealistas fueron precisamente loa materialistas extremos, como aquellos que, negando todo objeto a la fantasía religiosa, asignaban a la necesidad de felicidad esta tierra como seguro dominio, con tal que la razón abriese el camino.

*

* *

88

Nunca fueron las *ideas* tan bárbaramente maltratadas por las *prosaicas cosas*, como sucedió entre últimos del pasado siglo y el principio de éste. Bastante dura fue la lección de loa hechos, a la cual siguieron las más tristes desilusiones y después una radical reacción en los espíritus. Los hechos, en una palabra, salieron contrarios a todo lo que se esperaba, lo cual, si al principio produjo cansancio y desilusiones, no pudo menos de estimular el deseo y la necesidad de nuevas investigaciones. Sabido es como Saint-Simón y Fourier, en los cuales a principios del siglo se confirma, en las formas unilaterales de la genialidad prematura, la reacción contra los resultados inmediatos de la gran revolución político-económica, se levantaron resueltamente, el primero contra los juristas y el segundo contra los economistas.

De hecho, removidos los obstáculos que se oponían a la libertad, que fueron propios de otro tiempo, alzáronse otros nuevos y a menudo más graves y más dolorosos, y como la felicidad igual para todos no se confirmó, así la sociedad quedó siendo en su forma antigua, tal como antes, una organización de las desigualdades. La sociedad debe ser, pues, alguna cosa de por sí, un cierto qué natural, un semoviente complejo de relaciones y de condiciones que desafíe los buenos propósitos subjetivos de los individuales componentes suyos, y pase por encima de las ilusiones y de los designios de los idealistas. Esta sigue, pues, su propia andadura, de la que será lícito extraer leyes de proceso y de desarrollo, pero a la cual no podrán imponérselas. Y con esta conversión de las mentes, el siglo XIX se anunció con la vocación de deber ser el siglo de la ciencia histórica y de la sociología.

89

De hecho el pensamiento ha invadido, penetrado todos los campos de la actividad humana con el principio del desarrollo. En este siglo se descubrió la gramática histórica y se dio con la clave para explorar la génesis de los mitos. En este siglo se dio con las huellas embriogénicas de la prehistoria y por primera vez se pusieron en serie de proceso las formas políticas y jurídicas. El siglo XIX se anunció como siglo de la sociología en la persona de Saint-Simón, en el cual, como sucede con todos los autodidácticos y precursores generales, se encuentran confusos juntamente los gérmenes de muchas tendencias contradictorias. Por esto la concepción materialística es un resultado, pero es aquel resultado que es perfección de todo un proceso de formación, y como resultado y perfección es también la simplificación de toda la ciencia histórica y de toda la sociología, porque nos lleva los derivados y de las condiciones complejas a las funciones elementales. Y esto ha sucedido gracias a la directa sugestión de una nueva y estrepitosa experiencia.

*

* *

90

Las leyes de la economía, tal como por sí son y por sí se explican, habían triunfado de todas las ilusiones y se mostraron directoras de la vida social. La gran revolución industrial que primero se efectuó en Inglaterra a la luz del sol, o mejor, en el siglo de las luces, daba a entender que las clases sociales, si no son naturales, tampoco son una consecuencia del acaso o del arbitrio, antes bien, nacen histórica y socialmente dentro y en torno de una determinada forma de producción. Y a decir verdad, ¿quién no vio surgir; bajo sus ojos, a los nuevos proletarios, de la ruina económica de tantas clases de pequeños propietarios, de pequeños campesinos y artesanos, y quién no se hallaba en grado de descubrir el método de semejante nueva creación de un nuevo estado social a que iban a quedar reducidos por fuerza tantos hombres? ¿Quién no se hallaba en grado de descubrir que el dinero, vuelto capital, iba en breves años a hacer el gran señor, por la atracción que ejerce sobre el trabajo de los hombres libres, en los cuales la necesidad de entregarse libremente a merced estaba preparada con tantos cuidadosos métodos de derecho y por medio de una violenta o indirecta expropiación? ¿Quién no vio surgir las nuevas ciudades en torno de las fábricas y atarse a su perímetro de desoladora miseria, que no era ya un caso de particular desventura, sino la condición y la fuente de la riqueza? y en aquella miseria de nuevo estilo aparecían numerosos las mujeres y los niños, por primera vez salidos de una Ignorada existencia, para figurar en el escenario de la historia como una siniestra ilustración de la sociedad de los iguales. ¿Y quién no sentía —existente o no la sedicente teoría del reverendo Malthus- que el número de convivientes que puede contener este modo de organización económica, si a veces es insuficiente a quien por el éxito favorable de la producción tiene necesidad de brazos, otras veces es exuberante y por esto no ocupable y pavoroso? Hacíase, además, evidente que la rápida y violenta transformación económica realizada estrepitosamente en Inglaterra, tuvo éxito porque en dicho país se pudo crear, frente a Europa, un monopolio hasta entonces nunca visto, y para apuntalar este monopolio hubo necesidad de una política

sin escrúpulos, que permitía a todos traducir en prosa el mito ideológico del Estado, que tenía que ser tutor y pedagogo del pueblo.

91 En la visión inmediata de tales consecuencias de la nueva vida se originó el pesimismo, más o menos romántico, del *laudatores temporis acti,* desde De Maistre a Carlyle. La sátira del liberalismo invade las mentes y la literatura a principios de este siglo. Comienza aquella critica de la sociedad en la cual está el principio de toda la sociología. Se necesita ante todo vencerla ideología que se había acumulado y expresado en las doctrinas del derecho natural y del contrato social. Había que situarse frente a los hechos que las rápidas vicisitudes de un proceso tan intensivo imponían a la atención en formas tan nuevas y pavorosas.

92 He aquí a Owen, el sin rival bajo muchos aspectos; pero especialmente porque fue tan clarividente en las causas de la nueva miseria, fue ingenuo en la investigación de los modos da vencerlas. Precisaba llegar a la critica objetiva de la Economía, que con Siamondi apareció por primera vez en formas unilaterales y reaccionarias. En aquel periodo de tiempo en que se mudaban las condiciones de una nueva ciencia histórica, nacen y atraen sobre sí la atención tantas diversas formas de socialismo utópico, unilateral o extravagante, que no llegaron nunca hasta los proletarios, o porque éstos no tenían ninguna conciencia política, o porque, teniéndola, se movían asaltos, como en las conspiraciones y motines franceses de 1880-48, o daban vueltas sobre el terreno práctico de las reformas inmediatas, como es el cese de los cartistas. Y no obstante todo este socialismo, por utópico, fantástico e ideológico que fuese era una crítica inmediata y a menudo genial de la Economía; una crítica unilateral, en suma, a la que solamente faltaba el complemento científico de una general concepción histórica.

93 Todas estas formas de crítica parcial, unilateral e incompleta, fueron a parar efectivamente al socialismo científico. Éste no es ya la crítica subjetiva aplicada a las cosas, sino el descubrimiento de la autocrítica que está en las mismas cosas. La critica verdadera de la sociedad es la misma sociedad, que por las condiciones antitéticas de los contrastes en que se basa, engendra por sí en sí misma la contradicción, y ésta vence después por traspaso en una nueva forma. El resolvente de las presentes antítesis es el proletariado, tanto si esto lo saben como lo ignoran los mismos proletarios. Así como en éstos su miseria se ha convertido en condición evidente del la sociedad presente, igualmente en éstos y en su miseria está la razón de ser de la nueva razón de ser de la nueva razón social. En este traspaso de la crítica del pensamiento subjetivo, que examina desde fuera las cosas e imagina poder corregirlas, a la inteligencia de la autocrática que la sociedad ejerce sobre sí misma en la inmanencia de su propio proceso, consiste solamente *la dialéctica de la historia* que Marx y Engels, solamente en cuanto eran materialistas, sacaron del idealismo de Hegel. y en fin, de cuentas, poco importa si de tales respuestas y complicadas formas del pensamiento no se saben dar cuenta ni los literatos, que no conocen otra significación de la palabra dialéctica que la del artificio sofístico, ni los doctos y los eruditos, que no son nunca aptos para sobrepujar el conocimiento empíricamente disgredado de los simples particulares.

*

* *

94 Pero la gran revolución económica que ha ofrecido los materiales de que está compuesta la sociedad moderna, en la cual ha llegado al fin a su casi completo desarrollo el imperio del capitalismo, no habría sido de tan rápida y sugestiva enseñanza, si no hubiese ido ilustrada por el movimiento vertiginoso y catastrófico de la Revolución francesa. Ésta puso en evidencia, como en una trágica representación, todas las fuerzas antagonísticas de la sociedad moderna, porque ésta se abrió paso por entre las ruinas y señaló en breve espacio de tiempo precipitadamente las fases de su nacimiento y de su ajuste.

La revolución nació de los obstáculos que la burguesía tuvo que vencer con la violencia, después de que se hizo evidente que la transición de la vieja a la nueva forma de la producción —o de la propiedad, como dicen, por necesidad del argot profesional, los juristas— no podía realizarse por los caminos más tranquilos de las sucesivas y graduales reformas. Y por esto fue sublevación y mezcolanza de todas las viejas clases del *antiguo régimen,* y rápida y vertiginosa formación a un tiempo de nuevas clases en el brevísimo pero singularmente intensivo período de diez años tan sólo, que parangonados con la ordinaria historia de otros países, parecen siglos. En esta comprensión de vicisitudes de siglos en tan breve número de años, se ejemplificaron los momentos y los aspectos más característicos de la sociedad nueva, o moderna, con tanta mayor evidencia cuanto que la belicosa burguesía había creado a sí misma medios y órganos intelectuales de poseer en la teoría de la propia obra la conciencia reflexiva de su movimiento.

95

La violenta expropiación de una no pequeña parte de la vieja propiedad, es decir, de aquella que estaba inmovilizada en el feudo, es decir, de aquella que estaba inmovilizada en el feudo, en los regios y principescos dominios y en la manomuerta, con los derechos reales y personales que derivaban por mil caminos, puso a disposición del Estado, convertido por necesidad de las cosas en un terrible y omnipotente gobierno de excepción, una mas extraordinaria de medios económicos, y éstos por un lado dieron lugar a la singular hacienda de los asignados, que acabaron anulándose a sí mismos, y por otro lado dieron lugar a la formación de os nuevos propietarios, deudores de las *chances* del agiotaje, y a las contingencias de la intriga y de la especulación de su *fortuna*. ¿Y quién habría nunca osado jurar después sobre la cabeza de la sacra y atávica institución de la propiedad, desde que el título reciente y asegurado de ésta se apoyaba tan evidente sobre la noticia de las afortunadas contingencias? Si alguna vez pasó por la cabeza de tantos molestos filósofos, comenzando por los sofistas, que el derecho fuese una útil y cómoda hechura del hombre, esta proposición de malvistos herejes podía parecer en lo sucesivo verdad simple e intuitiva hasta a los últimos desharrapados de los arrabales de París. ¿No habían estos proletarios dado el impulso, con todo el resto del pueblo menudo, a la Revolución en general con los motines anticipados de Abril del 89, y no se encontraron como arrojados nuevamente de la escena de la historia después del fracaso de la rebelión del Prairial del 95? ¿No habían llevado sobre sus espaldas a todos los fogosos oradores de la libertad y de la igualdad? ¿No habían tenido en sus manos la Comumue parisién, que durante algún tiempo fue el órgano impulsivo de la Asamblea y de toda la Francia, y no acababan al final en la amarga desilusión de haberse creado con sus propias manos los nuevos amos. En la conciencia fulmínea de desilusión tal está el Impulso psicológico, rápido e inmediato, de la compilación de Babeuf, la cual, precisamente por esto, es un gran hecho histórico que lleva en sí todos los elementos de la tragedia objetiva.

96

La tierra, que el feudo y la menomuerta habían como atado a un cuerpo, a una familia, a un titulo, una vez libertada de sus vínculos se había vuelto mercancía para que fuese base e instrumento de producción de mercancías, y se había vuelto de golpe mercancía tan flexible, dócil y adaptable de poder prestarse para poder circular en los símbolos de tanto papel-moneda. Y en torno de estos símbolos tan multiplicados sobre las cosas que debían representar, que al último acabaron en nada, surgió gigante el negocio, como salió de todas partes, sobre las espaldas de la miseria de los más míseros, y entre todos los parajes obscuros de la precipitada y sinuosa política, y desvergonzado sobre todo en sacar partido de la guerra y de sus gloriosos éxitos. Por fin los rápidos progresos de una técnica acelerada por las urgentes circunstancias dieron materia y ocasión al prosperar de los *negocios*.

97

Las leyes de la economía burguesa, que son las de la producción individual en el campo antagonístico de la competencia, rebelándose furiosas, con todos los medios de la violencia y de la insidia, contra el arbitrario idealístico de un gobierno revolucionario, el cual, fuerte

con la certidumbre de salvar la patria, y más fuerte aún con la ilusión de fundar en eterno la libertad de los iguales, creyó fuese cola posible suprimir el agio con la guillotina, la eliminación del negocio con la clausura de la Bolsa, y asegurar al pueblo menudo la existencia fijando el *maximum* de los precios de los géneros de primera necesidad. Las mercancías, los precios y los negocios reivindicaron con la violencia la propia libertad contra aquellos que querían leer o imponer su moral.

El Termidor, fuesen las que fuesen las personales intenciones de los termidorianos o viles o miedosos, o ilusos, fue, tanto en las causas ocultas como en sus no remotos efectos, el triunfo de los negocios sobre el idealismo democrático. La Constitución del 93, que señala el extremo límite a que puede llegar el pensamiento democrático, no se realizó nunca. La grave presión de las circunstancias, la amenaza del extranjero, la varias formulas de rebelión en el interior, desde la girondina a la vendeana, hicieron necesario un gobierno excepcional que fue el Terror, nacido del *miedo.* A medida que iban cesando los peligros cesó la necesidad del Terror; pero la democracia se quebrantó ante los *negocios* con los cuales nacía la propiedad de los nuevos propietarios. La Constitución del año III consagró el principio del moderantismo liberal, del cual procedió todo el constitucionalismo del continente europeo, pero ante todo fue el camino para llegar a la garantía de la nueva propiedad. Cambiar los propietarios salvando la propiedad, esto fue el movimiento, la palabra de orden, la bandera qua desafió durante años, desde el 10 de Agosto del 92, tanto las sublevaciones violentas como los atrevidos designios de los que intentaren fundar la sociedad sobre la virtud, sobre la igualdad sobre la espartana abnegación. El Directorio fue el trámite a través del cual la Revolución llegó a negarse a sí misma como conato idealístico, y con el Directorio, que fue la corrupción confesada y profesada, el movimiento trocose en realidad: ¡cambiáronse, sí, los propietarios, pero la propiedad quedó a salvo! Y por último, precisaba sacar de tantas ruinas un edificio estable, la verdadera fuerza, y ésta se encontró en un singular aventurero de insuperada genialidad, al que sonrió la fortuna, y el único que poseía la virtud de poner la cerca de la conveniente *moral* a aquella *fábula gigantesca,* porque en él no había ni sombras ni huellas de escrúpulos morales.

99

De todo se vio en aquella rapiña de eventos. Los ciudadanos armados en defensa de la patria, victoriosos al otro lado de los confines de la circunstante Europa, trocáronse en soldadesca para oprimir las libertades patrias. Los campesinos, que en un ímpetu de imperiosa sugestión produjeron en tierras de feudo la anarquía del 89, convertidos en soldados o en pequeños propietarios o arrendatarios y después de haber sido los centinelas avanzados de la Revolución, recayeron en la silenciosa y tonta quietud de su tradicional vida, que, cambiada de casa y de movimiento, sirvió de segura base al llamado orden social. Los pequeños burgueses de la ciudad, y ya miembros de las corporaciones, fueron convirtiéndose, en el campo de la contienda económica, en libres dispensadores de la mano de obra. La libertad de comercio exigía que cada producto se volviese libremente comerciable, y superaba, por consiguiente, el último obstáculo, obteniendo que el trabajo se convirtiese también en mercancía libre.

Todo cambió entonces. El Estado, que durante siglos fue para millones de ilusos una. institución sagrada o un divino mandato, dejando la cabeza de su soberano bajo la fría acción de un instrumento técnico, quedó por esto desconsagrado y profanado. Él mismo se convertía en un aparato técnico que sustituía la burocracia a la jerarquía.

100

Y puesto qua no existían ya títulos antiguos que diesen razón al privilegio para ocupar un puesto en aquella burocracia, este nuevo Estado pedía ser presa de quien la cogiera; se encontraba, en suma, sacado s subasta, con tal que los afortunados ambiciosos fuesen sólida garantía de la propiedad y nuevos o viejos propietarios. El nuevo Estado, que tuvo necesidad del 18 Brumario para convertirse en una ordenada burocracia asentada sobre el militarismo victorioso, este Estado que completaba la Revolución en el momento que la negaba, no pudo

menos de tener su texto. Y lo tuvo en el *Código civil,* que es el libro de oro de la sociedad que produce y vende mercancías. No en vano la jurisprudencia generalizada había guardado y comentado durante siglos, en forma de disciplina científica, aquel derecho romano que fue, es y será la forma típica y clásica del derecho de cualquiera sociedad a las mercancías hasta que el comunismo no suprima la posibilidad de venderlas y comprarlas.

La burguesía, que por la incidencia de tantas singulares circunstancias hizo la estrepitosa Revolución con el concurso de tantas otras clases y semiclases, desaparecidas después en corto tiempo casi todas de la escena política, apareció en los momentos más vivos como empujada por motivos e inspirada por una ideología que serían del todo disformes de los efectos que sobrevivieron y positivamente se perpetuaron. Y esto hace que en el calor de las luchas la vertiginosa mutación del bajo fondo económico aparezca como disimulada por los ideales, de los cuales salen actos de maldad y de heroísmo inaudito, y corrientes de ilusiones y duras pruebas de desengaños. Nunca como entonces se desencadenó de los humanos pechos tan potente la fe en el ideal del progreso. Libertar al género humano de la superstición, más bien de la religión, hacer de cada individuo un ciudadano y de cada particular un hombre público: esto el principio, y después, sobre la línea de este programa, compendiar, en la breve acción de pocos años aquella evolución que a los más idealistas de ahora aparece como obra de muchos siglos venideros: esto el idealismo de entonces. ¿Por qué iba a repugnarles la pedagogía de la guillotina?

101

Semejante poesía, grandiosa ciertamente, ya que no agradable, dejó detrás suyo una prosa bastante dura. Y fue la prosa de los propietarios que debían la propiedad a la *fortuna;* fue la prosa de la alta banca y de los proveedores enriquecidos, de los mariscales, de los prefectos, de los periodistas, de los artistas y de los literatos mercenarios; fue la prosa de la corte del singular mortal cuyas cualidades de genio militar injertadas en la índole bandidesca, habían sin duda conferido el derecho de burlarse de los *ideólogos* que no admirasen el hecho nudo y crudo que en la vida puede ser, como fue para él, la simple brutalidad del éxito.

102

La gran Revolución apresuró el curso de la historia en buena parte de Europa. De ésta. partió todo lo que llamarnos liberalismo y democracia moderna, salvo el caso de equivocada imitación de Inglaterra y hasta el establecimiento de la unidad de Italia, que fue y será tal vez el último acto de la burguesía revolucionaria. Aquella Revolución fue el ejemplo más vivo y más instructivo de cómo se transforma una sociedad y de cómo se desarrollan las nuevas condiciones económicas, y desarrollándose, coordinan en grupos y clases los miembros de la sociedad. Fue la prueba palpable de cómo se encuentra el derecho, cuando se necesita para expresión y defensa de determinadas relaciones, y de cómo se crea el estado y se disponen sus medios, las fuerzas y los órganos. Y se vio cómo las ideas germinan en el terreno de las necesidades sociales, y cómo los caracteres, las tendencias, los sentimientos y las voluntades, o sea, en pocas palabras, las fuerzas morales, se producen y se desarrollan en circunstanciadas condiciones. En una palabra, los datos de la ciencia social fueron, por así decir, hermoseados por la misma sociedad; y no hay por qué maravillarse si la Revolución, que fue precedida Ideológicamente por las formas más agudas de doctrinarismo racionalístico que se conozca, acabó por dejar detrás de si la necesidad intelectual de una ciencia histórica y sociológica *antidocirinaria,* como en buena parte ha resuelto nuestro siglo, que toca ya a su término.

*

* *

103

Y aquí, por las cosas por mi dichas y por aquellas generalmente sabidas y resabidas, seria inútil recordar de nuevo cómo a Owen se comparan Saint-Simón y Fourier, y repetir por qué caminos se ha originado el socialismo científico. Lo importante está en dos puntos solos: que el materialismo histórico no podía nacer sino de la conciencia teórica del socialismo, y que

éste puede ya explicar su propio origen, con sus propios principios, lo cual es prueba de su madurez.

No estaba, pues, fuera de lugar la frase con que comencé este capitulo: las ideas no caen del cielo.

104

# VIII

Por el camino que hasta aquí hemos recorrido debe parecer claro a todo el mundo cual es el valor preciso y relativo de la llamada doctrina de los factores, y de qué modo se llega a eliminar objetivamente estos conceptos provisionales, que fueron y son simple expresión de un pensamiento no maduro aún.

Sin embargo, sobre esta doctrina es necesario hablar de nuevo a fin de declarar mejor y más particularmente de qué razones dependió y depende que *do*s de los llamados *factores*, o sea el *Estado* y del *Derecho*, hayan llegado a ser el principal o exclusivo *sujeto de la historia*.

La historiografía, de hecho, ha puesto durante siglos en estas formas de la vida social lo esencial del desarrollo humano, y aun no ha visto este desarrollo sino en el modificarse de tales formas. La historia ha sido tratada durante siglos como disciplina afecta al movimiento jurídico-político, al político principalmente. La inversión de la política a la sociedad es cosa reciente, y más reciente es todavía la resolución de la sociedad en los elementos de materialismo económico. De otro modo: la sociología es de invención bastante reciente, y espero que el lector habrá comprendido por sí mismo que empleo esta palabra, *brevitatis causa*, para indicar en general la *ciencia de las funciones y de las variaciones sociales*, y no para referirme al caso específico del modo como la tratan los *positivistas*.

105

Por lo demás, es cosa resabida que hasta a principios de este siglo las noticias referentes a los usos, a las costumbres y a las creencias, y hasta las referentes a las *condiciones naturales*, que actúan de subsuelo y d circuito en las formas sociales, aparecieron en las historias políticas como simples curiosidades, o como accesorios y complementos de la narración.

Todo esto no puede ser accidental, y no lo es. Darse cuenta de la tardía aparición de la *historia social* tendrá un doble interés: primero porque una vez más nuestra doctrina justifica por este camino su razón de ser, y luego porque se eliminan de modo definitivo los llamados factores.

*

* *

Exceptuando algunos momentos críticos en que las clases sociales, por extrema incapacidad para mantenerse en una condición de relativo equilibrio por adaptación, entran en una más o menos prolongada crisis de anarquía, y haciendo excepción de aquellos singulares catástrofes hacia las cuales se precipita todo un mundo, como cuando la caída del imperio romano de Occidente, o cuando la disolución del Califato; desde que tenemos memoria de historia escrita, el Estado aparece, no sólo como el ápice y como el vértice de la sociedad, sino como el regidor de ésta. El primer paso que el ingenuo pensamiento ha dado en orden tal de consideraciones, consiste en este enunciado: el regidor es el *autor*.

106

Haciendo además abstracción de ciertos breves períodos de democracia ejercida con la viva conciencia de la soberanía popular, como sucedió en algunas *ciudades* griegas, y señaladamente de Atenas, y en algunos *comunues* italianos, de Florencia sobre todo (que eran, no obstante, de hombres libres, duenños de esclavos las primeras, y los segundos de ciudadanos privilegiados que explotaban al forastero y la campiña), la sociedad regida por el Estado fue siempre de una mayoría en manos de una minoría. De modo que la mayoría de los hombres ha aparecido en la historia como una masa regida, gobernada, guiada, explotada y maltratada, o por lo menos, como una multicolor conglomeración de intereses que unos pocos individuos debían reglamentar, manteniendo en equilibrio las divergencias, por presión o por compensación.

107

De aquí la necesidad de un arte de gobernar, y como este arte es lo primero que se evidencia a los observadores de la vida colectiva, natural era que la política *apareciese* como *autora* del orden social y como el índice de la continuidad en la sucesión de las formas históricas. Quien dice política, dice actividad, que hasta cierto punto nos conduce con designio, es decir, hasta que los cálculos no chocan con ignoradas

o inesperadas resistencias. Convertido el Estado, por lo que sugería la imperfecta experiencia, en autor de la sociedad, y la política en autora del orden social, era consiguiente que los históricos narradores o razonadores estuviesen inclinados a reponer lo esencial de la historia en el sucederse de las formas, de las instituciones y de las ideas políticas.

No importaba al común raciocinio saber donde se había originado el Estado y en donde se encontraba el fundamento de su perpetuación. Es sabido que los problemas de índole genésica surgen bastante tarde. Existe el Estado y encuentra su razón en su actual necesidad: y tan verdad es esto, que la fantasía no ha podido adaptarse a la idea de su desaparición, y ha podido adaptarse a la idea de su desaparición, y ha prolongado su existencia conjetural hasta los primeros orígenes del género humano. Dioses o semidioses y héroes fueron sus institutores, por lo menos en la mitología; como en la teología medieval, el Papa actúa de fuente prima, y por esto divina y perpetua, de toda autoridad. En nuestros tiempos actuales aun hay viajeros inexpertos y misioneros idiotas que en todas partes encuentran al Estado, allí donde, como entre los bárbaros y los salvajes, no es más que la *gens*, o la tribu de las *gens*, o la alianza de las *gens*.

108

*

* *

Dos cosas han ocurrido que han permitido vencer tales prejuicios del raciocinio. En primer lugar, fue necesario que se reconociese que las funciones del Estado nacen, crecen, disminuyen, se alteran y se suceden con el variar de ciertas condiciones sociales. En segundo lugar, se ha comprendido que el Estado existe y se8 aguanta en cuanto destinado a defender ciertos determinados intereses de una parte de la sociedad, contra todo el resto de la misma sociedad, la cual, en su conjunto, debe estar formada de tal modo, que la resistencia de los sujetos, de los maltratados, de los explotados, o se pierda en sus múltiples engranajes o encuentre una compensación en los parciales, merced a míseras ventajas de los mismos opresores. El milagroso y admirado arte político se resuelve por esto en un enunciado bastante simple: aplicar una fuerza o un sistema de fuerzas a un conjunto de resistencias.

El primero y más difícil paso se ha dado cuando se logra resolver el Estado en las condiciones sociales de donde se origina. Pero estas mismas condiciones sociales se han precisado después con la teoría de las clases, cuya génesis está en la manera de las varias composiciones, dada la distribución del trabajo, o bien dadas las relaciones que coordinan y vinculan los hombres en una determinada forma de producción.

109

A este punto, el concepto del Estado ha cesado de representar la causa directa del movimiento histórico, en cuanto presunto autor de la sociedad, porque le ha visto que en cada formación y variación suya no es más que la ordenación positiva y forzada de un determinado dominio de clase o de un determinado de diversas clases. Y después, por ulterior consecuencia de tales premisas, se ha llegado por último a reconocer que la política, en cuanto arte de obrar con designio, es una parte bastante pequeña del movimiento general de la historia y es una parte no grande de la formación y del desarrollo del mismo Estado, en el cual muchas cosas, o sea muchas relaciones, nacen y se desarrollan por necesario ajuste, por tácito consentimiento, por sufrida o tolerada violencia, por intuitivo expediente. El reino de lo desconocido en al sentido de lo que no es querido a propósito, o por elección o designio, sino que se determina y se hace por sucesión de hábitos, de costumbres, de acomodamientos, etc., se ha ensanchado bastante en el campo de los conocimientos que forman objeto de la ciencia histórica, y la política, que era regla de explicación, se ha convertido en cosa a explicar.

*

* *

110

Se ha hecho, pues evidente por qué razones la historia se presentaba con exclusivo ropaje político.

Pero no por esto el Estado es una simple excreencia, o un puro accesorio del cuerpo social o de la libre asociación, como ha parecido a muchos utopistas y ultraliberales anarquizantes. Si hasta ahora la sociedad ha ido a parar hacia el Estado, es porque ha tenido necesidad de este complemento de fuerza y de autoridad tales, por ser precisamente sociedad de desiguales por efecto de las diferenciaciones económicas. El Estado, no cabe duda que es una cosa real, como sistema de fuerzas que mantienen el

equilibrio, o lo imponen con la. violencia y con la represión. Y para existir como tal sistema de fuerza, ha tenido que convertirse en una potencia económica, que descanse ésta en la razzia, en la presa, en la imposición de guerra, o que consista en la directa propiedad demanial, o se forme gradualmente, como en el método moderno de la pública hacienda, que asume las simulades formas constitucionales de una pretendida autotasación. En esta potencia económica, tan grande en los Estados modernos, consiste el fundamento de su capacidad para obrar. De ésta deriva que , por medio de una nueva división del trabajo, en torno de las funciones del mismo Estado, se varan formando órdenes especiales, ósea, clases particularísimas, sin excluir la de los parásitos.

111

El Estado, que es y debe ser potencia económica, a fin de que para defender a las clases directoras tenga medios de represión, de gobierno de, administración y de guerrear, crea, directa o indirectamente, un conjunto de nuevos y particulares intereses, los cuales reaccionan necesariamente sobre la sociedad. De modo que el Estado, en el momento que surge y se mantiene como garante de las antítesis sociales, que son consecuencia de las diferencias económicas, forma en torno suyo un círculo de interesados directamente en su existencia.

De esto derivan dos consecuencias. Como la sociedad no es un todo homogéneo, antes bien, es un cuerpo de particularizadas articulaciones, un multiforme complejo de intereses antitéticos, sucede a veces que los regidores del Estado tienden a aislarse, y en tal aislamiento se oponen a toda la entera sociedad. Y después, en segundo lugar, sucede que órganos y funciones creadas al principio a beneficio de todos, degeneran en abusos de camarilla, de conventículos y de *camorra.* Do aquí las aristocracias y las jerarquías nacidas del uso de los poderes políticos y de aquí las dinastías, cuyas formaciones, vistas a la luz de la simple lógica, parecen del todo irracionales.

Desde que existe historia segura, el Estado ha crecido o disminuido de poderes, pero no ha desaparecido nunca; porque nunca desaparecieron en la sociedad de los desiguales por económica diferenciación, las razones para mantener y defender con la tuerza o la conquista o la esclavitud, o los monopolios, o el predominio de una forma de producción, mediante la señoría del hombre sobre los hombres. Por esto después el Estado se ha convertido en la arena de una incesante guerra civil continua, aunque no aparezca con las formas estrepitosas de los Mario y de los Sila, de las jornadas de Junio y de la Secesión americana. Dentro del Estado ha florecido siempre la corrupción del hombre por medio del hombre, porque si no hay forma de dominio que no encuentre resistencia, tampoco hay resistencia que por las urgentes necesidades de la vida no pueda degenerar en resignado acomodamiento.

112

Por tales razones, las vicisitudes históricas, vistas con la superficialidad de la monótona narración ordinaria, parecen como la repetición muy poco variada de un mismo tipo, como una especie de retornelo o de configuración de caleidoscopio. No es de extrañar que el conceptualista Herbart y el malicioso pesimista Sxhopenhauer llegaran a la conclusión de que no hay historia como a verdadero proceso, lo cual en lenguaje vulgar viene a decir que la historia es una canción fastidiosa.

Reducida la historia política a su quintaesencia, el Estado se presenta clara y totalmente prosaico, sin huellas de teológica transhumanación ni de aquella metafísica transubstanciación que tan en boga estuvo entre ciertos filósofos alemanes:

113

por ejemplo, el Estado que es la *Idea*, el Estado *Idea* que tiene su explicación en la historia, el Estado que es la plena actuación de la personalidad, y otras tantas paparruchadas similares. El Estado es una real ordenación de fuerzas para garantizar y perpetuar un método de convivencia, cuyo fundamento es o una forma de producción económica, o un acuerdo y una transacción entre diversas formas. Más breve: el Estado supone o un sistema de propiedad o un acuerdo entre varios sistemas de propiedad. En esto está el fundamento de su arte, para cuyo ejercicio es necesario que el mismo Estado se convierta en una potencia económica y tenga también los medios y los modos de hacer pasar la propiedad de unas manos a otras. Cuando, por efecto de una renovación aguda y violenta de las formas de la producción, es necesario proveer a un imprevisto y extraordinario cambio de lugar de las relaciones de la propiedad (por ejemplo,

abolición de la manomuerta[4] y del feudo, abolición de los monopolios comerciales), entonces la vieja forma política es insuficiente y la revolución se hace necesaria para crear el nuevo órgano que efectúe la transformación económica.

*
* *

Ahora bien; haciendo abstracción de los tiempos antiquísimos, desconocidos de nosotros, toda la historia se ha desenvuelto en los contactos y en los contrastes de varias tribus, comunidades, y después de varias naciones y de varios Estados, es decir, las razones de las antítesis internas en el círculo de cada sociedad, se han ido siempre complicando con las del exterior. Estas dos razones de contraste se condicionan recíprocamente, pero en modos siempre variados. A menudo es la necesidad interior lo que empuja a una comunidad o un Estado a entrar en externas conclusiones; otras veces son estas colisiones las que alteran las relaciones interiores.

114

La causa motriz precipua de la varias relaciones entre las diversas comunidades fue desde los orígenes, como es aún actualmente, el *comercio* en el tato sentido de la palabra, o sea el *cambio*, sea que se tratase de ceder, como en un tribu pobre, el terreno exuberante a cambio de otras cosas, sea que se trate, como hoy, de la gran producción en masa, que se ha formado con el exclusivo objeto de vender, para sacar del dinero el dinero aumentado en tanto o cuanto. Esta enorme masa de sucesos externos e internos que se acumulan y sobrepujan uno sobre otro en la ordinaria crono-historia, turban tanto a los historiadores expositores y compendiadores, que casi se extravían en las infinitas tentativas de artificiales agrupamientos cronológicos y perspectivos. El que por el contrario siga el desarrollo interno de los varios tipos sociales en cuanto a su estructura económica, y considere las vicisitudes políticas como particulares resultados de las fuerzas actuantes en la sociedad, acaba al fin venciendo la confusión de la múltiple e incierta impresión empírica, y en el lugar de la línea cronológica, del sincronismo y de la perspectiva, sitúa la serie concreta de un proceso real.

*
* *

116

Ante este género de realísticas consideraciones caen todas las ideologías fundamentales en la misión ética del Estado o basadas en cualquier otra frase semejante. El Estado, por así decirlo, queda en su lugar y como encuadrado en los contornos de *devenir* social, en cuanto forma que es efecto de otras condiciones, y que a su vez, ya existe, reacciona naturalmente sobre el resto.

Y aquí apunta otra cuestión.

¿Se superará alguna vez esta forma? O sea: ¿puede haber una sociedad sin Estado? O bien: ¿puede existir una sociedad sin clases? Y si agrada explicarse mejor: ¿podría alguna vez existir una forma de producción comunista, con tal división de trabajo que no pueda dar lugar al desarrollo de las desigualdades, de las cuales se genera el dominio del hombre sobre el hombre?

En la respuesta afirmativa a tales preguntas consiste la suma del *socialismo científico*, en cuanto éste enuncia el advenimiento de la producción comunista, no como postulado de crítica ni como meta de una voluntaria elección, sino como el resultado del inmanente proceso de la historia.

116

Como es ya sabido, la premisa de tal previsión está en las mimas condiciones de la presente producción capitalista. Ésta socializa de continuo el modo de producir, envuelve cada vez más el trabajo vivo y reglamentado a las condiciones objetivas de la técnica, concentra cada día más la propiedad de los medios de producción en manos de unos pocos, que como accionistas y negociadores de acciones se encuentran cada vez más ausentes del trabajo inmediato cuya dirección pasa a la inteligencia. Con el crecer de la conciencia de tal situación en los proletarios, cuyas enseñanzas de la solidaridad arrancan de las mismas

---

[4] Manomuerta o manos muertas son los bienes raíces intransferibles, que pueden corresponder bien a la Iglesia, bien a los mayorazgos. Se utilizó el término durante la Edad Media hasta el siglo XVIII (*nota de EHK*)

condiciones de sus regimentación, y con el decrecer de la capacidad en los detentadores del capital para conservar la privada dirección del trabajo productivo, se llegará a un punto en que, de uno o de otro modo, con la eliminación de toda forma de *renta, interés y beneficio privado*, la producción pasará a la asociación colectiva, es decir, será comunista. De este modo cesarán todas las desigualdades que no sean las naturales del sexo, de la edad, del temperamento y de la capacidad; es decir, cesarán todas las desigualdades que se refieren a las clases económicas, antes más bien son por estas engendradas, y desaparecidas las clases, desaparecerá la posibilidad del Estado como dominio del hombre sobre el hombre. El gobierno técnico y pedagógico de la inteligencia será el único orden de la sociedad.

117

Por este camino, el socialismo científico, por lo menos idealmente, ha superado al Estado, y superándolo lo ha comprendido a fondo, tanto en su modo de origen como en las razones de su natural aparición. Y lo ha entendido precisamente porque no se le levanta en contra en modo unilateral y subjetivo, como hicieron en otros tiempos cínicos, estoicos y epicúreso de toda clase, después los sectarios religiosos, cenobitas visionarios y utopistas de conventículo, y por último los anarquistas de toda clase y color. Mejor aún, en lugar de levantarse contra el socialismo científico, ha procurado enseñar que el Estado se subleva continuamente contra sí mismo, creando en los medios de que no puede prescindir, por ejemplo, hacienda colosal, militarismo, sufragio universal, extensión de la cultura, etc., las condiciones de su propia ruina. La sociedad que lo ha producido lo reabsorberá, o osera que así como la sociedad, en cuanto forma de producción, eliminará las antítesis de capital y trabajo, de igual modo con la desaparición de los proletarios y cresando las condiciones que hacen posible el proletariado, desaparecerá toda dependencia de hombre a hombre en cualquier forma de jerarquía.

Los términos entre los cuales gira la génesis y el desarrollo del Estado, desde su punto inicial de aparición dentro de una determinada comunidad, en la que comenzó la diferenciación económica hasta este momento, en que su desaparición principia a dibujarse en las mentes, nos lo hacen de aquí en adelante comprensible.

118

Y por tal comprensibilidad, que lo reduce a necesario complemento de determinadas formas económicas, queda eliminada para siempre la presunción de considerarlo como factor autónomo de la historia.

*

* *

De aquí en adelante es relativamente fácil darse cuenta de cómo el *derecho* se ha elevado a factor decisivo de la sociedad, y después de la historia, directa o indirectamente.

Ante todo, bueno es recordar por qué caminos se ha formado aquella concepción filosófica del derecho generalizado,' en la cual radica principalmente la consideración de la historia como dominada por el progreso legislativo, por sí presente.

*

* *

Con la precoz disolución de la sociedad feudal en algunos puntos de la Italia central y septentrional y con el nacimiento de las comunas que fueron repúblicas de productores cooperativos y de corporaciones de mercaderes, volvió a estar en auge el derecho romano. Refloreció éste en las universidades, y como renacía en oposición a los derechos bárbaros y en buena parte en oposición al derecho canónico, era evidentemente, en tal reflorecimiento suyo, una forma del pensamiento que más respondía a las necesidades de la burguesía que comenzaba a desarrollarse.

119

De hecho, frente al particularismo de los derechos, que eran o costumbres de pueblos bárbaros, ó privilegios de un cuerpo, o concesiones papales e imperiales, aquel derecho aparecía como la universalidad de la *razón escrita,* ¿Acaso no babia llegado a considerar la personalidad humana en sus más abstractas y generales relaciones, en cuanto un Fulano cualquiera es capaz de obligarse y de obligar, de vender y de comprar, de ceder, dar, etcétera? El derecho romano, como elaborado en su última redacción por la autoridad de emperador de juristas serviles, aparecía, pues, cuando declinaban las instituciones

medioevales, como una fuerza revolucionaria, y como tal un gran progreso. Este derecho tan universal, que daba los medios para conmover y derribar los derechos bárbaros, era ciertamente un derecho que respondía mejor a la naturaleza humana mirada en sus relaciones genéricas, y en su oposición a los derechos particulares y de privilegio aparecía como un derecho natural.

Por lo demás, es sabido cómo nació la ideología del derecho natural. Su máximo florecimiento lo alcanzó en los siglos XVII y XVIII, pero estuvo largamente preparado por la jurisprudencia, que tenía en su fundamento el derecho romano adoptado, arreglado o comentado.

120

En la formación de la Ideología del derecho natural concurrió otro elemento, o sea la filosofía griega de las épocas posteriores. Los griegos, que fueron los inventores de aquellas determinadas artes del pensamiento llamadas ciencias, no sacaron nunca, como es sabido, de sus múltiples leyes locales, una disciplina que corresponda a esto que nosotros llamamos jurisprudencia. En cambio, por el rápido progreso de la ciencia abstracta en el ámbito de las democracias, llegaron a las más atrevidas contiendas lógicas, retóricas y pedagógicas sobre la naturaleza del derecho, del Estado, de las leyes y de la pena, y por esto se encuentran luego en su filosofía las fuerzas rudimentarias de *todas* las discusiones posteriores. Pero solamente más tarde, es decir, en los tiempos del helenismo, cuando los confines de la vida griega se habían ensanchado tanto que se confundían con los del mundo civil, nació en el ámbito de aquel cosmopolitismo que llevaba consigo la necesidad de buscar el hombre en cada hombre, el racionalismo del derecho o el derecho natural, en la forma que lo imprimió la filosofía estoica. Este racionalismo griego, que ya había ofrecido algún elemento formal a la codificación lógica del derecho romano resurgió en el siglo XVII en la doctrina que fue precisamente el derecho natural.

De varias fuentes, pues, derivó la ideología que ha servido de arma de critica y de instrumento para dar forma jurídica al orden económico de la sociedad moderna.

121

Sin embargo, en el hecho, esta ideología jurídica refleja, en la lucha por el derecho y contra el derecho el período revolucionario de la inteligencia burguesa, Y por más que primero los impulsos doctrinarios son el retorno a la tradición filosófica antigua y la generalización de la jurisprudencia romana, en todo el resto y en todo su genuino desarrollo es completamente nueva Y moderna. El derecho romano, por mucho que lo hayan generalizado la escuela y la elaboración moderna, continúa siendo siempre en sí mismo una recolección de casos no deducidos de preconcepciones de sistema ni preordenados por la mente sistemática de un legislador. Y por otra parte, el racionalismo de los estoicos y de sus contemporáneos y secuaces fue de mera contemplación y no produjo en torno suyo un movimiento revolucionario. La ideología del derecho de naturaleza, que al final diósele el nombre de filosofía del derecho, fue en cambio sistemática, partió siempre de enunciados generales, y fue, además, batallona y pasajera, antes más bien en lucha con la ortodoxia, con la intolerancia con el privilegio, con los cuerpos; combatió, en suma, por las libertades que ahora constituyen los fundamentos de la sociedad moderna.

En el ámbito de esta ideología, que era un método de combate, germinó por primea vez, en forma típica y decisiva, el pensamiento de que hay un derecho que forma una sola cosa con la razón. Los derechos contra los cuales se combatía parecían como una desviación, como un regreso, como un error.

122

De esta fe en el derecho racional hacia la creencia ciega en la fuerza del legislador, que aparece tan enroscado en las formas del fanatismo en los momentos agudos de la Revolución francesa.

De aquí la persuasión de que toda la sociedad debe estar como investida de un solo derecho, igual pare. todos, sistemático, lógico, consecuente. De aquí la convicción de que un derecho que garantice a todos la igualdad jurídica, que es la facultad de contratar, garantiza también a todos la libertad. ¡Y abajo todo el resto! ¡Con el triunfo del verdadero derecho triunfa la razón, y la sociedad reglamentada por el derecho igual para todos es una sociedad perfecta!

Inútil reseñar las ilusiones que estaban en el fondo de tales tendencias. Sabemos ya adónde tenia que ir a *parar* esta liberación. universal del hombre. Pero lo que aquí más nos importa es que tales persuasiones partían de un concepto del derecho por el cual éste último quedaba como separado de las causas sociales que lo producen. De modo que la razón tras la cual se parapetaban estos ideólogos, se reducía a quitar al

trabajo, a la asociación, al tráfico, al comercio, a las formas políticas y a la conciencia, todos los limites y todos los impedimentos que molestan a la libre competencia. En. al anterior capítulo ya he dicho cómo se hizo la experiencia con la gran Revolución francesa. Y si ahora hay quien se abstiene en hablar de un derecho racional que domine la historia, de un derecho, en suma, que sería un *factor* antes que un simple *hecho* de la evolución histórica, querrá decir que el tal vive fuera de nuestro tiempo, y no ha comprendido cómo la codificación liberal e igualitaria ha señalado ya en vías de hecho el fin y término de toda esta escuela del derecho natural.

123

*

* *

Por diversos caminos se ha llegado en este siglo a reducir el derecho, de cosa racional a cosa de hecho, y por esto en cosa correspondiente a determinadas condiciones sociales.

Ante todo, el interés histórico, ensanchándose y profundizándose, ha llevado las mentes a reconocer que para comprender los orígenes del derecho, no bastaba ni comenzar por la razón ni pararse en el examen del derecho romano. Los derechos bárbaros y los usos y costumbres de los pueblos y de las sociedades, tan despreciados por los nacionalistas, vuelven, estar en auge, digo, teóricamente. Era el único modo de obtener del estadio de las formas más antiguas, la guía para comprender cómo se produjeron las más recientes.

124

El derecho romano, codificado, es una forma bastante moderna; la personalidad que aquél supone como sujeto universal, es una elaboración de los tiempos avanzados, en los cuales, sobre el cosmopolitismo de las relaciones sociales, dominaba una constitución burocrático-militar. En aquel mundo que había realizado la razón escrita, no había ya ni huellas de espontaneidad de vida popular ni democracia. Aquel mismo derecho, antes de llegar a semejante cristalización, había nacido y se había desarrollado, y mirado en sus orígenes y en sus desarrollos, sobre todo si en semejante estudio entra la comparación, nos parece en varios puntos afín con las instituciones de la sociedad y de los pueblos creídos inferiores. Resultaba, pues, claro que la verdadera ciencia del derecho no podía ser sino la historia general del mismo derecho.

Ahora bien; mientras el continente europeo había creado con la codificación del derecho civil el tipo y el texto de la razón práctica burguesa, ¿no permanecía acaso en Inglaterra otra forma autogenésica de derecho, nacida y desarrollada de modo por completo práctico de las mismas condiciones la sociedad que lo ha producido, sin sistema, y sin que la acción del racionalismo metódico hubiese tenido influencia?

El derecho que verdaderamente existe y tiene valor es, pues, cosa bastante más simple y modesta de lo que parece a los entusiastas decantadores de la razón escrita, de la razón imperante, a los cuales puede bonificársele su intención, en cuanto fueron precursores ideales de una gran Revolución. A la ideología necesitaba sustituir la historia de las instituciones jurídicas. La filosofía del derecho murió con Hegel, y si hay quien quiera objetar en nombre de los libros publicados después, diré que el papel impreso de los profesores no es propiamente y siempre indicio del progreso del pensamiento. La filosofía del derecho se convierte de este modo en un tratado filosófico de la historia del derecho. Y no es necesario repetir otra vez de qué modo la filosofía histórica va a para al materialismo económico, y en qué sentido el comunismo crítico es la inversión de Hegel.

125

*

* *

Esta revolución, que parece únicamente de ideas, no es más que el reflejo intelectual de las revoluciones sucedidas en la vida práctica.

En nuestro siglo, el legislar se ha convertido en una enfermedad, y la razón imperante en la ideología jurídica ha quedado destronada por los parlamento. En esto, las antítesis de los intereses de clase han asumido la forma de partidos, y los partidos se disponen en pro y en contra de determinados derechos, de donde todo el derecho aparece o como un simple hecho o como cosa que es útil o inútil hacer.

126

El proletariado se ha levantado, y en todas partes donde se ha precisado la lucha obrera, los códigos burgueses han quedado aturdidos y desconcertados. La razón escrita se ha mostrado impotente para salvar los salarios de las oscilaciones' del mercado, para garantizar mujeres y niños de los horarios vejatorios de las fábricas, y para encontrar uno solo de sus agudos expedientes que resuelva el problema de la desocupación. Solamente la limitación parcial de las horas de trabajo ha dado materia y ocasión para una lucha gigante. Pequeños y grandes burgueses, agrarios e industriales, abogados de los pobres y defensores de la riqueza acumulada, monárquicos y demócratas, socialistas y reaccionarios, se han afanado para atraer la acción de los poderes públicos y explotar las contingencias de la política y la intriga parlamentaria para hallar garantías y defensas a determinados intereses en la interpretación de un derecho existentes en la creación de un derecho. Buena parte de éste se rehízo varias veces, y se vieron las oscilaciones más extrañas, desde el humanitarismo que defiende también a los pobres y hasta a los animales, a la proclamación de las leyes de Estado. Se quitó la careta al derecho y quedó profanado.

Y hete que entra en liza el sentimiento de la experiencia, y que de ésta deriva una enunciación tan precisa como modesta: todo derecho fue y es la defensa o consuetudinaria, o autoritaria, o judiciaria, de un determinado interés; y de aquí a la reducción a la economía, no hay más que un paso.

127

Si la concepción materialística ha venido últimamente a sellar estas tendencias con una vista explícita y sistemática, es porque su orientación ha estado determinada por el ángulo visual del proletariado. Éste es el producto necesario y al mismo tiempo la condición indispensable de una sociedad en la que todas las personas en abstracto son iguales en derecho, pero las condiciones materiales del desarrollo y de la libertad de los individuos son desiguales. Los proletarios son las fuerzas por cuyo ejercicio los medios de producción acumulados se reproducen y se rehacen en nuevas riquezas; pero estos mismos proletarios no viven sino regimentándose en torno del capital, y de un día a otro pasan a la condición de desocupados, de pobres y de emigrantes. Son el ejército del trabajo, pero los patronos son sus jefes. Son la negación de lo justo en el reino del derecho, o sea son lo irracional dentro del pretendido dominio de la razón.

Por consiguiente, la historia no fue el proceso para llegar al imperio de la razón en el derecho; no fue otra cosa, hasta el presente, que la serie de los cambios en las. formas de la sujeción y de la servidumbre. Por lo tanto, toda la historia consiste en la lucha de los intereses, y el derecho no es más que la expresión autoritaria de aquellos intereses que han triunfado. Con tales enunciaciones no se llega ciertamente a explicar todo particular derecho que haya aparecido en la historia, por medio de la inmediata visión del respectivo interés. Las cosas históricas son bastante complicadas; pero estas enunciaciones generales bastan para indicar el estilo y el método de la investigación que se ha sustituido a la ideología jurídica.

129

# IX

No vendrán mal algunas fórmulas de resumen.

Dadas las condiciones de desarrollo del trabajo y de sus apropiados congruos instrumentos, la estructura económica de la sociedad, o sea la forma de la producción de los medios inmediatos de la vida, determina sobre un terreno artificial, *en primer lugar y directamente,* toda la restante actividad práctica de los coasociados y el variar de tal actividad en el proceso que llamamos historia; es decir, la formación, las luchas y la erosión de las clases, el desarrollo correspondiente de las relaciones regulativas, tanto del derecho como de la moral, y las razones y los modos de subordinación y de sujeción de los hombres a los hombres, con el correspondiente ejercicio del dominio y de la autoridad; en suma, lo que por último se origina y consiste en el Estado; y determina *en segundo lugar* la dirección, y en buena parte e *indirectamente* los objetos de la fantasía y del pensamiento en la producción del arte, de la religión y de la ciencia.

130

Los productos de *primero* y de *segundo grado;* por los intereses que crean, por los hábitos que engendran, por las personas que coordinan, especificando su ánimo e inclinaciones, tienden a fijarse y a aislarse, y de aquí nace la visión empírica según la cual diversos factores independientes, con eficacia propia y con propio ritmo de movimiento, concurrirían a formar el proceso histórico y las respectivas configuraciones sociales que sucesivamente resultan. Factores —si alguna vez debe emplearse esta palabra— verdaderos y propios y positivos de la historia, desde la desaparición del comunismo primitivo hasta ahora, fueron y son las clases sociales, en cuanto consisten en diferenciaciones de intereses, que se explican en determinados modos y formas de oposición (de los que se engendra el movimiento, el proceso y el progreso).

Las variaciones de la inferior estructura (económica) de la sociedad, que a primera vista se nos manifiestan intuitivamente en la agitación de las pasiones, se desarrollan con conocimiento en las luchas contra un derecho o por el derecho, y se confirman en la sacudida y en la ruina de un determinado orden político, tienen, en realidad, su adecuada expresión solamente en la alteración de las relaciones existentes entre las diversas clases sociales. Y estas relaciones cambian con la alteración de las relaciones, que precedentemente proveen, entre la productividad del trabajo y las condiciones (jurídico-políticas) de coordinación entre los cooperantes en la producción.

131

Y en fin de cuentas, tales relaciones entre la productividad del trabajo y la coordinación de los cooperantes se alteran con el cambiar de los instrumentos (en el lato sentido de la palabra) necesarios para la producción. El proceso y el progreso de la técnica, así como son el índice, con la condición de todo otro proceso y progreso.

La sociedad es para nosotros un dato que no podemos resolver sino con aquel análisis que reduce las formas complejas a las más simples, las modernas a las más antiguas, lo cual equivale, sin embargo, a permanecer siempre en el hecho de una sociedad que existe. La historia no es más que la historia de la sociedad, o sea la historia de la variación de la cooperación humana, desde la horda primitiva hasta el Estado moderno, desde la lucha inmediata contra la Naturaleza, con pocos y elementalísimos instrumentos, hasta la estructura económica presente, que culmina en la polaridad entre trabajo acumulado (capital) y trabajo vivo (los proletarios). Resolver el complejo social en simples individuos y recomponerlo después con exogitados actos de elección y de voluntad; construir, en suma, la sociedad con

los raciocinios, significa desconocer la naturaleza objetiva y la inmanencia del proceso histórico.

Las revoluciones, en el sentido más extendido de la palabra, y después en el sentido específico de ruina de un orden político, señalan las verdaderas y propias fechas de las épocas históricas.

132

Miradas de lejos, en sus elementos, en sus preparaciones y en sus efectos a larga fecha, pueden parecer como los momentos de una evolución constante, mínimos de variaciones; pero consideradas en sí mismas son catástrofes definidas y precisas, y únicamente como tales catástrofes tienen carácter de suceso histórico.

133

# X

¿Por último, pues, la moral, el arte, la religión y la ciencia serían productos de las condiciones económicas, más bien exponentes de las categorías de estas mismas condiciones, o bien eflujos, adornos, irradiaciones y espejismos de materiales intereses.

Enunciados de este género, o aproximadamente, y tan *crudos* y *nudos,* corren hace tiempo en boca de muchos y son de cómodo auxilio a los adversarios del materialismo, que los emplean cual pudieran un espantajo. Los perezosos, que son muchísimos hasta entre los intelectuales, se reconcilian voluntariamente con la grosera aceptación de tales pronunciados, como quien se retira con la mente a un nuevo *asilo de la ignorancia.* ¡Qué bella fiesta y cuánta alegría para todos los indolentes, es decir, tener compendiado en poquísimas proposiciones todo lo escible para después abrir todos los decretos de la vida con una sola y única llave! ¡Todos los problemas de la ética, de la estética, de la filología, de la crítica histórica y de la filosofía reducidos a un solo problema, sin quebraderos de cabeza! Y por este camino todos los desaliñados simplazos podrían reducir toda la historia a una aritmética comercial, y por último, una nueva interpretación auténtica de Dante podría darnos la *Divina Comedia* ilustrada con la cuenta de las piezas de paño que los astutos mercaderes florentinos vendían con tanto beneficio.

La verdad es que los enunciados que implican problemas si convierten bastante fácilmente en vulgares paradojas en la cabeza de los que no están acostumbrados a vencer las dificultades del pensar con el uso metódico de los medios apropiados. De los precisos términos de tales problemas hablaré aquí en general, pero de modo casi aforístico, porque, a decir verdad, no pretendo *describir el fondo del universo* en este breve ensayo, que no ha de ser una enciclopedia.

*
* *

La moral ante todo.

No me refiero a los *sistemas* y a los *catecismos*, religiosos o filósofos. Unos y otros estuvieron y están por encima del curso ordinario y profano de las cosas humanas, en la mayor parte de los casos, como las *utopías* están por encima de las cosas. Ni tampoco a aquellos análisis formales de las relaciones éticas que tanto han venido refinándose desde los sofistas hasta Herbart. Esto es ciencia y no es vida. Y es ciencia formal, como la lógica, la geometría y la gramática. El último agudo descubridor y definidor de tales relaciones éticas, Herbart, sabía muy bien que las *ideas,* o sea los puntos de vista formales del juicio moral, son por sí *impotentes.* Y por esto repuso en las circunstancialidades de la vida y en la formación pedagógica del carácter la realidad de la ética, cual pudiera hacerlo un Owen.

135

Hablaré, en cambio, de aquella moral que existe prosaicamente, y de modo empírico y obvio, en las inclinaciones, en los usos, en las costumbres, en los consejos, en los juicios y en los cálculos de los hombres de todos los tiempos. De aquella moral que como sugestión, como empuje y como rémora, se forma en varios grados de desarrollo, y con mayor o menor evidencia, pero en fragmentos, en todos los hombres, por el hecho mismo de que conviviendo y ocupando cada uno una posición determinada en el ámbito de la convivencia, reflexionan natural y necesariamente sobre las obras propias y sobre las ajenas y conciben esperas y apreciaciones y primísimos elementos de máximas generales.

Esto es el *factum,* y lo que más Importa es que este *factum* se nos presenta vario y múltiple en las diversas condiciones de la vida, y variable a través de la historia. Este *factum* es el dato de la investigación. Los hechos no son verdaderos ni falsos, como ya sabíalo Aristóteles. Los sistemas, en cambio, sean teológicos o racionalísticos, pueden ser verdaderos o falsos, como aquellos que argumentan comprender, explicar y completar el hecho reconduciéndolo o integrándolo con otro.

136

Algunos puntos de teoría perjudicial sitúanse ahora en sólido por respeto a la interpretación de este *factum.*

El querer no quiere él mismo, por sí mismo, como parecióles a los inventores de aquel *libre albedrío* que revelaba la impotencia de un análisis psicológico no maduro toda vía. Las voliciones en cuanto hecho con conocimiento, son expresiones particulares del mecanismo psíquico, son resultado primero, de las necesidades, y después de todo lo que las precede hasta la elementalísima motilidad orgánica.

La moral no se engendra, a sí misma. No está en el fundamento universal de las varias y variables relaciones éticas aquel ente espiritual que se llamó la *conciencia moral,* una y única para todos los hombres. Este ente abstracto fue eliminado por la crítica, como todos los demás entes símiles, o sea como todas las llamadas facultades del alma. A fa verdad, explicación de los hechos era aquella que suponía la generalización del mismo hecho como medio para explicarlo cuando por ejemplo, se raciocinaba de este modo: las sensaciones, las percepciones, las intuiciones se encuentran a cierto punto fantaseadas, o sea alteradas; por consiguiente, la *fantasía* las ha trasmudado. A semejante género de excogitaciones pertenece la llamada *conciencia moral.,* que fue elevada a presuposición de las condicionadas valuaciones éticas. La conciencia moral que realmente existe es un hecho empírico; es un índice, o sea un resumen de la relativa formación ética de cada individuo. Si aquí ha de haber ciencia, ésta no puede explicar las relaciones éticas por medio de la con ciencia, pero debe comprender cómo se va formando tal conciencia.

137

Si los quereres derivan y si la moral resulta de las condiciones de la vida, la ética, en su conjunto, no es más que una formación, o sea que su problema se resuelve en el de la pedagogía.

Hay una pedagogía, que yo llamaré individualista y subjetiva, la cual, supuestas las condiciones genéricas de la perfectibilidad humana, construye reglas abstractas, por medio de las cuales los hombres que están en vías de formación se verían conducidos a ser fuertes, valerosos, verídicos, Justos, benévolos, y así por toda la extensión de las virtudes cardinales y secundarias. ¿Pero puede esta pedagogía subjetiva construir por sí misma el terreno social sobre el cual deberían realizarse todas estas bellas cosas? Si lo construye, dibuja simplemente una utopía.

Porque a decir verdad, el género humano, en el rígido curso de su formarse, no tuvo nunca tiempo y modo para ir a la escuela de Platón o de Owen, de Pestalozzi o de Herbart. Ha hecho más bien lo que ha sido forzoso ·que hiciera. Los hombres, que tomados en abstracto son todos educables y perfectibles, se han perfeccionado y educado aquel poco, y a medida que han podido, dadas las condiciones de vida en que necesariamente tuvieron que desarrollarse. Aquí está precisamente el caso en que la palabra ambiente no es una metáfora y en que el empleo del término adaptación no es traslaticio. La moral efectiva se nos presenta siempre como algo condicionado y limitado que la fantasía ha intentado después superar, o excogitando las utopías, o creando un pedagogo sobrenatural, o una milagrosa redención.

¿Por qué el esclavo habría debido tener los entendimientos, las pasiones y los sentimientos de su temido señor? ¿Cómo arreglárselas el campesino para libertarse de las invencibles supersticiones a que le condenaban la inmediata dependencia de la Naturaleza, la mediata

dependencia del ignorado mecanismo social y la fe ciega en el sacerdote, que hace de mago y de brujo? ¿Por qué caminos el proletario moderno de las grandes ciudades industriales, expuesto como está de continuo a las variables vicisitudes de la miseria y de la sujeción, podría alcanzar el ordenado y monótono tenor de vida que fue propio de los miembros de las corporaciones artesanas, cuya existencia parecía como encuadrada en providencial designio? ¿Dé qué elementos intuitivos de experiencia el mercader de cerdos de Chicago, que regala a Europa tantos productos a buen precio, debería sacar las condiciones de serenidad y de elevación espiritual que conferían al ateniense las dotes del hombre *bello y bueno* y al *civis romanus* la dignidad del heroísmo? ¿Qué potencia de dóciles persuasiones cristianas arrancará del ánimo de los proletarios modernos las razones naturales del odio contra los determinados opresores suyos? Porque de querer que haya y se haga justicia, necesitan acudir a la violencia, y para que el amor al prójimo, como ley universal, les parezca plausible, deben imaginar una vida bastante diferente de la presente, que del odio hace una necesidad, como una deuda a saldar. En esta sociedad de las diferenciaciones, el odio, el orgullo, la hipocresía, la mentira, la vileza, la injusticia y todo el catecismo de los vicios cardinales Y sus accesorios, forman triste parangón, mejor dicho, sátira, con la moral igual para todos.

Por consiguiente, la ética se resuelve á cierto punto en el estudio histórico de las condiciones subjetivas y objetivas de cómo se desarrolla la moral o encuentra impedimento para desarrollarse. En esto tan sólo, o sea dentro de estos términos, tiene valor el enunciado de que la moral es relativa a las situaciones sociales, o sea, *en último análisis,* a las condiciones económicas. Solamente a algún cretino puede haberle pasado por la cabeza que la moral individua de cada hombre es rigurosamente proporcional a su individua situación económica.

140

Esto no es tan sólo empíricamente falso, sino intrínsecamente irracional. Dada la elasticidad del mecanismo psíquico, no es nunca posible reducir el desarrollo de los particulares individuos exclusivamente al tipo de la clase o del estado social. Aquí se trata de fenómenos de masa, de aquellos fenómenos que forman o deberían formar el objeto de la *estadística moral:* disciplina que hasta el presente ha quedado incompleta, porque ha tomado por objeto de sus combinaciones los grupos que ella misma crea, sumando el número de los casos (por ejemplo, adulterios, hurtos, homicidios), y no aquellos grupos que como clases, condiciones y situaciones existen realmente, o sea socialmente.

Recomendar la moral a los hombres suponiendo o ignorando sus condiciones, íué hasta el presente la mira y el género de argumentación de todos los catequistas. Reconocer que estas condiciones son dadas por el circunstanciado ambiente social, he aquí lo que los comunistas oponen a la utopía y a la hipocresía de los predicadores de moral. Y en cuanto ven en la moral, no un privilegio de predestinados ni un don de la Naturaleza, sino una resultante de la experiencia y de la educación, reconocen la perfectibilidad humana por razones y argumentos que son más morales e ideales de aquellos que sin meditarlos alegan los ideólogos.

*

* *

141

En otros términos: el hombre *desarrolla, o* sea se *produce,* no como ente genéricamente provisto de ciertos atributos que se repiten o se desarrollan según un ritmo racional, sino que se produce y desarrolla a sí mismo como causa y efecto, como autor y consecuencia a un tiempo de determinadas condiciones, en las cuales se engendran también determinadas corrientes de ideas, de opiniones, de creencias, de fantasías, de esperanzas, de máximas. De aquí nacen las ideologías de toda clases como también las generalizaciones de la moral en catecismos, en cánones y sistemas. No es, pues, extraño si estas ideologías, una vez nacidas, que se cultiven luego aparte en fuerza de abstracción, tanto que al fin parecen como destacadas del terreno de vida de que han salido y como sí estuviesen por encima de los hombres, a guisa de imperativos y de modelos. Sacerdotes y adoctrinados de toda clase

trabajaron durante siglos en este trabajo de abstracción y para mantener las ilusiones que de él resultan. Ahora que se descubrieron las fuentes positivas de todas las ideologías en el mecanismo de la misma vida, se trata de explicar realísticamente su modo de engendrarse. Y así como esto es válido en todas las ideologías, también es aplicable a aquellas que consisten en proyectar fuera de sus términos naturales y directos las valuaciones éticas para convertirlas en anticipos de divinos mandatos o en presuposiciones de universales sugestiones· de la conciencia.

142

Esto constituye el objeto de especiales problemas históricos. No siempre se encuentra el hilo que liga ciertas ideaciones éticas a determinadas condiciones prácticas. A menudo nos resulta impenetrable la concreta psicología social de los tiempos pasados. A menudo, las cosas más triviales resultan ininteligibles, por ejemplo, los animales que se consideraron inmundos o el origen de la repugnancia al matrimonio, entre personas de lejano grado de parentesco. Un cauto procedimiento nos lleva a concluir que de muchos particulares quedarán siempre ignorados los motivos. Ignorancia, superstición, particulares ilusiones, simbolismos: he aquí, entre otras, las causas de aquel inconsciente que a menudo se encuentra en las costumbres, que para nosotros constituye lo desconocido y lo desconocible.

La causa precipua de todas las dificultades está precisamente en la tardía aparición de esto que llamamos razón de modo que las huellas de los motivos próximos de las ideaciones se han perdido o quedaron envueltas en las mismas ideaciones.

*

* *

Más visible es el raciocinio sobre la ciencia.

De ésta se escribió la historia durante mucho tiempo, de modo muy ingenuo. Dado y admitido que las particulares ciencias tuviesen su compendio en los manuales y en las enciclopedias, parecía que bastaba descubrir cronológicamente la aparición de los particulares enunciados, resolviendo el conjunto del resumen sistemático en los elementos de que éste se ha ido componiendo sucesivamente. La presuposición general era igualmente simple: en el fondo de esta cronología esta la razón que se desarrolla y progresa.

143

Este método, si método puede llamarse, tenía el pequeño inconveniente de que a lo sumo dejaba entender que de ciencia que ya existe se deriva otra ciencia, pero no dejaba entrever de ningún modo por qué condiciones de hecho los hombres se veían impulsados a encontrar por primera vez la, ciencia, o sea a reducir a una determinada y nueva forma la meditada experiencia. Se trataba, en suma, de descubrir, para que haya historia efectiva de la ciencia, el origen de la, necesidad científica, lo cual liga después genésicamente esta necesidad a otras en la continuidad del proceso social.

Los grandes progresos de la técnica moderna, en la cual verdaderamente consiste la substancia intelectual de la época burguesa, entre otros han hecho el milagro de revelarnos por primera vez el origen práctico de la *tentativa científica.* (¡Oh tú, inolvidable Academia florentina, que sacaste tu nombre del *arriesgarse,* cuando la Italia estaba en el crepúsculo de su pasada grandeza y la sociedad moderna estaba en la aurora de la nueva época de la industria!) En adelante, estamos ya en grado de dar con el hilo conductor de esto que por abstracción se llama espíritu científico: ya nadie se maravilla de que en los descubrimientos científicos, todo haya procedido como en los primísimos tiempos, cuando la tosca y elemental geometría de los egipcios originóse en la necesidad de medir los campos expuestos a la anual inundación del Nilo, y la periodicidad de tales inundaciones sugirió en Egipto y en Babilonia descubrir los rudimentos de los giros astronómicos.

144

Es ciertamente verdadero que ya aviada y en parte madurada la ciencia, como sucede en el período helénico, el trabajo de abstracción, de deducción y de combinación se continuó en el

círculo de los adoctrinados, de modo que aparentemente anularon la conciencia de las causas sociales del primer producirse de la misma ciencia. Pero si nos· otros echamos un gran vistazo a las épocas del desarrollo de la ciencia y comparamos los períodos que los ideólogos llamarían de progreso y de regreso de la inteligencia, se nos hace evidente la razón social de los impulsos, tan pronto crecientes como decrecientes, de la actividad científica. ¿Qué necesidad tenía la sociedad feudal del Occidente de Europa de aquellas ciencias antiguas que los bizantinos conservaban, al menos materialmente, mientras los árabes, en sus varios dominios, libres agricultores, o industriosos artesanos, o activos comerciantes, tenían interés en aumentar?

145

¿Y qué es el Renacimiento sino la reunión del inicial movimiento de la burguesía con la tradición del saber antiguo, vuelto otra vez usable, y por lo tanto capaz de declaración? ¿Qué es todo el acelerado movimiento del saber científico, desde el siglo XVII acá, sino la serie de los actos realizados por el intelecto amañado por la experiencia para asegurar el trabajo humano en las formas de una refinada técnica, el dominio sobre las condiciones y fuerzas naturales?. De aquí la guerra al obscurantismo, a la superstición, á la Iglesia, a la religión; de aquí el naturalismo, el ateísmo, el materialismo· de aquí el inaugurado dominio de la razón. La época burguesa es la *época de las mentes desplegadas* (Vico). Bueno es recordar que aquel gobierno del Directorio, que fue el prototipo y el compendio de toda la corrupción liberalesca, fue el primero que en la Universidad y en la Academia, formal y solemnemente, la ciencia de la libre investigación. ¡Y entró Lamarck! Esta ciencia, que la época burguesa por sus mismas condiciones ha fomentado y agigantado, es la única herencia de los siglos pasados que el comunismo acepta y hace suya sin reservas.

No es ocasión de detenerse aquí en declarar la pretendida antítesis entre ciencia y *filosofía.* Exceptuando aquellos modos de filosofar que se confunden con la mística y con la teología *filosofía* no quiere decir ciencia o doctrina aparte de cosas propias y particulares, sino que es simplemente un grado, una forma, un estadio del pensamiento con respecto a las mismas cosas que entran en el campo de la experiencia. La filosofía es, por esto, o anticipo genérico de problemas que la ciencia tiene que elaborar aún específicamente, o es resumen y elaboración conceptual de los resultados a que la ciencia llegó ya. De aquellos individuos que, para no parecer anticuados, hablan de *filosofia científica* —no queriendo tener en cuenta la punta humorística de esta expresión que rechaza toda forma de teología y de mero tradicionalismo—, precisa decir que serían unos fatuos si creyesen que representan una escuela o una tendencia aparte.

146

Decía poco antes, al enunciar las fórmulas, que la estructura económica determina en *segundo luga1'* la dirección, y *en buena parte e indirectamente* los objetos de la fantasía y del pensamiento en la producción del *arte,* de la *religión* y de la *ciencia.* Diciendo diferentemente de este modo y fuera de este modo, sería como meterse voluntariamente por el camino de lo absurdo.

Ante todo, con tal enunciado se combate la caprichosa aserción ideológica de que *arte, religión* y *ciencia* sean explicaciones subjetivas e históricas de un pretendido espíritu artístico, religioso o científico, el cual se manifestaría sucesivamente por un propio ritmo de evolución, subsidiado o impedido por las condiciones materiales. Con tal enunciado se quiere afirmar, además, la necesaria conexión por la cual cualquier hecho del *arte* y de la *religión* es el exponente sentimental, caprichoso, o sea derivado, de determinadas condiciones sociales. Si digo en *segundo lugar,* es para distinguir estos productos de los hechos de orden jurídico-político, que son verdadera y propia objetivación de las relaciones económicas. Y si digo *en buena parte* e *indirectamente de los objetos* de tales actividades, es para indicar dos cosas: primera, que en la producción artística y religiosa la mediación de las condiciones a los productos es bastante complicada, y segunda, que los hombres, aun viviendo en sociedad, no cesan por esto de vivir en la Naturaleza *?* de recibir de ésta ocasión y materia para la curiosidad y el fantasear.

147

Todo esto se reduce a una enunciación más general: el hombre no recorre varias historias a un mismo tiempo; pero todas las pretendidas diversas historias (arte, religión, etc., etc.) forman una sola. Y esto no puede verse perspicazmente sino en los momentos característicos y significativos de la producción de nuevas cosas, o sea en los períodos que llamaré revolucionarios. Más tarde el consentimiento en las cosas producidas y la repetición tradicional de un determinado tipo anularán el sentido de los orígenes.

148

Intente alguno separar la ideología de las *fábulas* que están en el fondo de los poemas homéricos de aquel momento de la evolución histórica en que apunta la aurora de la civilización aria en la cuenca del Mediterráneo, es decir, de aquella fase de la barbarie superior en la cual nace, tanto en Grecia como en otras partes, el *epos* genuino. Procuren otros imaginar que el cristianismo nació y se desarrolló en otra parte muy diferente del círculo del cosmopolitismo romano, y no por obra de aquellos proletarios, de aquellos esclavos, de aquellos abandonados, de aquellos desesperados que necesitaban la redención, el apocalipsis y la promesa del reino de Dios, Finja quienquiera que a mediados del Renacimiento apuntase el *romanticismo,* que apenas se insinúa en el decadente Torcuato Tasso, o atribuya a Richardson o a Diderot la novela de Balzac, en el cual asoma, como si fuese contemporáneo de la primera generación del socialismo y de la sociología, la *psicología de las clases.* En los primeros orígenes de las ideaciones míticas, claro está que Zeus no revistió los caracteres de padre de los hombres y de los dioses sino cuando la patria potestad estuvo ya establecida y comenzó el principio de aquella serie de procesos que van a parar en el Estado. Zeus cesó de este modo de ser lo que era al principio, es decir, el simple *divo* (ó sea luminoso)o el tonante. Y he aquí en un punto opuesto de la evolución histórica a gran número de pensadores del siglo pasado que reduce a un solo *dios abstracto,* que es simple regulador del mundo, toda la multicolor imagen de lo desconocido y de lo trascendente que se había explicado con tanto lujo de creaciones mitológicas, cristianas o paganas. El hombre se sentía mucho más en su casa en la Naturaleza, por virtud del experimento, y se sentía más apto para penetrar el engranaje de la sociedad, de la que en parte poseía la ciencia. Lo milagroso se le adelgazaba en la mente, tanto que después el materialismo y el criticismo han podido eliminar este pobre residuo de trascendencia sin declarar guerra a los dioses.

149

Hay, sí, una historia de las ideas pero ésta no consiste en el círculo vicioso de las ideas que se explican a sí mismas. Se trata de remontarse desde las cosas a lo ideado. Esto es un problema más bien, es una multitud de problemas, tan varias, múltiples, multiformes e intrincadas son las proyecciones que los hombres han hecho de sí y de sus condiciones económico-sociales, y por lo tanto, de sus esperanzas y de sus temores, de sus deseos y de sus desengaños en las ideaciones artísticas y religiosas. La línea de método se ha encontrado pero la ejecución particular no es fácil. Sobre todo es necesario guardarse de la tentación escolástica a *deducir* los productos de la actividad histórica, que se explica en arte y en religión. Es de esperar que los filósofos a lo Krug, que deducía dialécticamente la pluma con la cual escribía, hayan quedado para siempre sepultados en la noche de la lógica de Hegel, donde se alude a semejante singularidad.

*

* *

150

Es necesario precisar aquí algunas dificultades.

En toda tentativa de reducción de los productos secundarios (por ejemplo, arte y religión) a las condiciones sociales, que en aquéllos se idealizan, solemos formarnos un hábito acerca de la psicología social especificada, en la cual se confirma la transformación. En esto consiste la razón de ser de aquel conjunto de relaciones que con otros modos de decir vienen designadas, por ejemplo, como *mundo* egipcio, *conciencia* griega, *espíritu* del Renacimiento,

*ideas dominantes, psicología de los pueblos,* de la sociedad o de las clases. Cuando se han constituido estas relaciones y los hombres acostumbrado a ciertas ideaciones y a ciertos modos de creencia o de fantasía, las ideologías transmitidas por tradición tienden a cristalizarse. Y por esto parecen como una fuerza que se resiste a lo nuevo, y así como esta resistencia se manifiesta en las palabras, en los escritos, en la intolerancia, en la polémica, en la persecución, igualmente la lucha entre las nuevas y las viejas condiciones sociales reviste la forma de una contienda por las ideas.

En segundo lugar, a través de los siglos de la historia propiamente dicha, tanto por la herencia de la salvaje prehistoria como por las condiciones de sujeción, y por tanto de inferioridad, a que estuvieron y están sometidos la mayor parte de los hombres, se ha producido un consentimiento en lo tradicional, por medio del cual las viejas tendencias se perpetúan como obstinadas supervivencias.

151

En tercer lugar, como ya dije, viviendo los hombres socialmente, no cesan de vivir en la Naturaleza. A ésta no están ciertamente atados como los animales, porque viven sobre un terreno artificial. Por lo demás, todo el mundo comprende que la casa no es la caverna, que la agricultura no es el pasto natural y que la farmacia no es el exorcismo. Pero la Naturaleza es siempre el subsuelo inmediato del terreno artificial y es el ámbito que a todos nos aprisiona. La técnica ha puesto entre nosotros, animales sociales, y la Naturaleza; los modificadores} los desviadores de las influencias naturales; pero no por esto ha destruido la eficacia de estas influencias y continuamente las estamos sintiendo. Y así como nosotros nacemos naturalmente machos y hembras, morimos a pesar nuestro y estamos dominados por el instinto de la generación, igualmente llevamos en el temperamento condiciones específicas, que la educación, en el lato sentido de la palabra, o sea el convenio social, puede modificar, sí, dentro de ciertos límites, pero no puede destruir nunca. Estas condiciones de temperamento, repetidas en varios ejemplares y derivadas en varios ejemplares a través de los siglos, constituyen lo que se llama carácter étnico. Por todas estas razones nuestra independencia de la Naturaleza, por disminuida que esté desde los tiempos de la prehistoria acá, continúa en nuestro vivir social; como en éste se continúa también el alimento que del espectáculo de la misma Naturaleza va a la curiosidad y a la fantasía. Ahora bien; estos efectos de la Naturaleza, con los sentimientos inmediatos o mediatos resultantes, por cuanto vistos desde que hay historia sólo a través del ángulo visual que nos ofrece las condiciones de la sociedad, no dejan nunca de reflejarse en los productos del arte y de la religión, lo que complica las dificultades de la interpretación realística y plena del uno y de la otra.

153

# XI

Empleando esta doctrina como un nuevo principio de investigación, como medio preciso de orientación y como determinado ángulo visual, ¿podremos al fin conseguir una restauración narrativa y expositiva de la historia?

A la pregunta genérica no se puede menos de dar, en general, una respuesta afirmativa. Porque, en efecto, si se da el caso de que el comunista crítico, o sea el sociólogo del materialismo económico, o como vulgarmente se dice ahora, el *marxista,* tenga la necesaria preparación critica y el hábito del tratamiento histórico, y luego las dotes de exposición que necesita la narración ordenada y eficaz, no hay razón para afirmar que no puede escribir la historia como hasta ahora la escribieron los secuaces de otras escuelas políticas.

Aquí está el ejemplo de Marx en persona, en el cual hay un argumento de hecho que no admite réplica. Marx, que fue el primero y principal descubridor de los conceptos decisivos de esta doctrina, pronto la redujo a instrumento de orientación política, como verdadero publicista insuperado que era, durante el período revolucionario de 1848-50.

154

Y después la plasmó con máxima precisión en aquel ensayo que se titula *Diez y ocho Brumario de Luis Bonaparte,* del cual ahora puede decirse, a tantos años de distancia y después de tantas publicaciones, que, excepción hecha de algún particular y de alguna equivocada precisión, no hay modo de introducir ni correcciones ni complementos notables. Ni repetiré aquí, a guisa de bibliógrafo, el *elenco* de los varios escritos referentes a las aplicaciones de la doctrina, o del mismo Marx o de Engels —el último de los cuales, desde la *Guerra de los campesinos* (1850) hasta el escrito póstumo sobre los *orígenes de la presente unidad de Germania,* tantos ensayos ha dejado escritos—, o de sus inmediatos continuadores y de los vulgarizadores del socialismo científico. Hasta en la prensa socialista se encuentran, de tanto en tanto, preciosos ensayos de explicación de los sucesos políticos actuales, en los cuales, precisamente por efecto del materialismo histórico, se reconoce una clarividencia y una perspicacia que en vano buscaríamos en los escritores y polemistas que no han descorrido aún los velos y roto las envolturas ideológicas de la historia.

No ha llegado el caso, en suma, de emprender la defensa de una tesis abstracta, como haría cualquier causídico. Es, sin embargo, evidentísimo, que así como en todas las historias que hasta el presente se escribieron hay siempre en el fondo, si no en las explícitas intenciones de los escritores, por lo menos en su animo, una tendencia, un principio una vista general de la vida, igualmente esta doctrina, que definitivamente ha puesto orden en la consideración objetiva de la estructura social, debe al fin dirigir con precisión las investigaciones históricas e ir a parar a una narración plena, transparente e integral.

*

* *

No faltan ciertamente los subsidios.

La Economía, que como todos reconocen ya, nació y se desarrolló como ciencia de la producción burguesa, después de haberse animado con la ilusión de representar las leyes absolutas de toda forma de producción, por la dura lección de las cosas entró después, hasta cierto punto, como todos saben en un periodo de autocritica. Y así como de esta autocrítica ha nacido el comunismo crítico por un lado, igualmente por otro lado, por obra de los más tibios, sabios y discretos de la tradición académica, ha nacido la *escuela teórica de los fenómenos teorices,* Por hecho y mérito de esta escuela, y por efecto de esta aplicación de los métodos

descriptivos y comparativos, estamos ya en posesión de un vastísimo material de conocimientos de las varias formas históricas de la *economía,* desde los hechos más complejos y especificados por diferencias esenciales de tipo, hasta la particularizada hacienda de un monasterio o de una corporación artesana medioeval. Igual ha ocurrido con la *Estadística* que, empleando muchos métodos de combinación de las fuentes, consigue ahora hacer luz, con suficiente aproximación, sobre el movimiento de la población en siglos pasados.

156

Estos estudios no se hacen, ciertamente, en interés de nuestra doctrina, antes al contrario, muchas veces con ánimo hostil al socialismo, lo cual no ven aquellos asnales lectores de impresos que tan a menudo confunden la *historia económica;* la *economía histórica* y el *materialismo histórico,* Pero estos estudios, además del material que recogen y declaran, son notables en cuanto documentan el progreso, que va siempre haciendo la *historia interna;* la cual, poco a poco, se sustituye a aquella *historia externa* que durante siglos trataron de modo tan exclusivo literatos y artistas.

Buena parte de estos materiales recogidos se sujeta continuamente a nueva corrección, como, por lo demás, sucede en cualquier campo de conocimientos empíricos, los cuales oscilan de continuo entre lo creído cierto, lo simplemente probado y lo que más tarde debe ser o integrado o eliminado. Ni las ilaciones y las combinaciones de los historiadores de la *economía o* de aquellos que narran la historia en general siguiendo el hilo conductor de los fenómenos económicos, son siempre tan plausibles y concluyentes que no se sienta la necesidad de decir: «Aquí conviene recomenzar de nuevo.>>

157

Pero lo indudable es el hecho de que presentemente toda la historiografía tiende a convertirse en una ciencia, o mejor dicho en una disciplina social; y cuando este movimiento, por ahora incierto y multiforme, se lleve a cabo, los esfuerzos de los eruditos y de los investigadores irán a parar inevitablemente a la aceptación del materialismo económico. Por tal incidencia de esfuerzos y de trabajos científicos, que de tan diversos puntos parten, la concepción materialística de toda la historia acabará por penetrar en las mentes como una definitiva conquista del pensamiento, lo cual, al fin, quitará a los fautores y a los adversarios la tentación de hablar de ella, pro y contra, como usada tesis de partido.

*

* *

Además de los subsidios directos, antes indicados nuestra doctrina tiene otros muchos indirectos, como tiene también instructivas comparaciones en muchas disciplinas que, por la mayor simplicidad de las relaciones, fue más fácil la aplicación del método genésico. El caso tópico está en la *glotología,* y de modo especial en aquella que tiene por objeto las lenguas arias.

158

De la evidencia y perspicacia de proceso, de análisis y de reconstrucción propia de tales disciplinas, y especialmente de la *glotología,* ciertamente es bastante remota la aplicación del materialismo histórico. Sería por esto vana tentativa querer desde ahora escribir una sinopsis de la historia universal que explicara todas las varias formas de la producción para después inferir todo el resto de la actividad humana de modo particular y circunstancial. Con el estado presente de los estudios, aquel que intentase este compendio de nueva *Kulturgeschichte* no haría otra cosa que traducir de nuevo en fraseología económica los puntos de orientación general que en otros libros, por ejemplo, en los de Hellwald, son fraseología darwiniana.

Hay mucha distancia de la aceptación de un principio a la aplicación completa y particularizada suya a toda una vasta provincia de hechos o a un gran entrelazamiento de fenómenos.

Por esto la aplicación de nuestra doctrina debe limitarse por ahora a la exposición y tratado de determinadas partes de la historia. Mucho más claras que todas las demás son las

formaciones modernas, para cuya comprensión concurren con igual evidencia, tanto los desarrollos económicos de la burguesía, como el declarado conocimiento de los varios impedimentos que ésta tuvo que superar en los diversos países, y por lo tanto el desarrollo de las varias revoluciones, entendida esta palabra en su más lato sentido. Casi igual claridad nos ofrece la prehistoria próxima de la burguesía cuando declinaba la Edad Media, donde no seria difícil encontrar, por ejemplo, en el individuado desarrollo de la ciudad de Florencia, una serie documentada de aclaraciones en las cuales el movimiento económico y estadístico encuentra completa comparación en el desarrollo contemporáneo de la inteligencia reducida ya a prosa y despojada en buena parte de ilusiones ideológicas. Ni estaría fuera de toda probabilidad reducir desde ahora, bajo el determinado y preciso ángulo visual del materialismo, toda la historia romana antigua. En ésta, y especialmente en el período primitivo, faltan las fuentes directas, que tanto abundan en Grecia desde la tradición popular y del *epos,* y desde la auténtica inscripción jurídica hasta la tratación pragmática de las conexiones histórico-sociales. Pero en Roma, en cambio, las luchas por los derechos políticos llevan casi siempre consigo las razones económicas sobre que se apoyan, de lo cual procede que el perecimiento de determinadas clases, la formación de otras nuevas, e movimiento de la conquista, el cambio de las leyes Y de las formas del aparato político, resulten tan evidentes. Esta historia romana es dura y prosaica; no se viste nunca con aquellos complementos ideológicos que fueron propios de la vida griega. La prosa rígida de la conquista, de la estudiada colonización, de las instituciones y de las formas de derecho, excogitadas y encontradas para resolver determinados conflictos y contrastes, hacen de la historia romana una cadena de sucesos que se siguen con singular y cruda evidencia.

160

*

* *

Porque el verdadero problema es éste: que no se trata ya de sustituir la sociología a la historia, como si ésta hubiese sido una apariencia que ocultaba una realidad repuesta; se trata de comprender integralmente la historia en todas sus intuitivas manifestaciones y comprenderla por medio de la sociología económica. No se trata de separar el accidente de la substancia, la parvedad de la realidad, el fenómeno del hueso intrínseco, como dirían de otro modo los secuaces de cualquier otro escolasticismo; se trata de explicar el entrelazamiento y el complejo, precisamente en cuanto es entrelazamiento y complejidad. No se trata de descubrir y de determinar solamente el terreno social para después hacer aparecer los hombres sobre él¡ como polichinelas cuyos hilos tiene y mueve la Providencia, sino de las categorías económicas. Estas mismas categorías han nacido y se han formado, como todo lo demás: porque los hombres cambian en lo tocante a la capacidad y arte de vencer, subyugar, transformar y utilizar las condiciones naturales; porque los hombres cambian de ánimo y de actitud por las reacciones de sus instrumentos sobre sí mismos; porque los hombres cambian en sus respectivas relaciones de conviventes, y por esto de dependientes en vario modo unos de otros. Se trata, en suma, de la historia y no de su esqueleto. Se trata de la narración y no de la abstracción; se trata de exponer el conjunto y no de resolverlo y de analizarlo solamente; se trata, en una palabra, ahora, como antes y como siempre, de un *arte.*

161

Puede darse el caso de que el sociólogo, el cual siga los principios del materialismo económico, se proponga circunscribirse al sólo análisis, pongamos por ejemplo, de lo que eran las clases en el momento en que estalló la Revolución francesa, para llegar después a las clases que de la Revolución resultan y de ésta sobreviven. En este caso, los títulos las indicaciones y las clasificaciones de la materia analizable son precisos: por ejemplo, la ciudad y el campo, el artesano y el obrero, los nobles -y los siervos, la tierra que se liberta de las cargas feudales y los pequeños propietarios que se forman, el comercio que se emancipa de todas las restricciones, el dinero que se acumula, la industria que prospera, y así todo. Nada hay que

objetar a la elección de tal método, el cual, como aquel que sigue la huella embriogenésica, es indispensable para la preparación de la investigación histórica, según la dirección de la nueva doctrina. ([5])

Pero nosotros sabemos que la embriogenia no basta para darnos noticia de la vida. animal, la cual no es de esquemas, sino de seres vivos y vivientes que luchan, y ejercitan en esta lucha fuerzas, instintos y pasiones. Y así pasa, *mutatis mutandis,* con los hombres, en cuanto viven históricamente.

162

La historia efectiva de la Revolución francesa es: unos determinados hombres, movidos por ciertos intereses, empujados por ciertas pasiones, fortalecidos por ciertas circunstancias, con tales designios, con tales propósitos, que obran con tales esperas, por tal ilusión propia o por tal engaño ajeno, que mártires de sí o de los demás, entran en ruda colisión y se eliminan recíprocamente, Porque si es verdad que toda historia es la explicación de determinadas condiciones económicas, también es verdad que ésta no se desenvuelve sino en determinadas formas de actividad humana, sea ésta apasionada o reflexiva, cono sin éxito, ciegamente instintiva o deliberadamente heroica.

Comprender el entrelazamiento y la complejidad en su íntima conexión y en sus manifestaciones inferiores; descender de la superficie al fondo y después rehacer la superficie desde el fondo; resolver las pasiones y los designios en sus movimientos, desde los más próximos a los más remotos y después reducir los datos de la pasión, de los designios y de los movimientos a los más remotos, elementos de una determinada situación económica: he aquí el arte difícil que debe ejemplificar la concepción materialística.

*

* *

163

Y como no me gusta imitar al escolástico que en la orilla del mar enseñaba a nadar con la definición de la natación, ruego al lector que espere que yo ejemplifique en otros ensayos mi pensamiento, aportando una efectiva narración histórica; es decir, rehaciendo con el escrito una parte de lo que hace ya tiempo estoy haciendo verbalmente, enseñando.

*

* *

De este modo quedan aclaradas algunas cuestiones secundarias o derivadas.

¿Cuál es, por ejemplo, el significado de la biografía de los llamados grandes hombres?

En los últimos tiempos, hemos oído dar a semejante pregunta respuestas que, en uno o en otro sentido, son de carácter extremo. De una parte están los sociólogos extremos, de otra los individualistas, que al modo de Carlyle, nos hablan de la historia de los *héroes,* Según los unos, basta probar cuáles eran, por ejemplo, las razones del cesarismo, sin que nos importe nada César. Según los otros, no hay razones subjetivas de clase y de intereses sociales que basten para explicar nada: son los grandes espíritus, que dan impulso a todo el movimiento histórico, y la historia tiene, por así decir, sus señores y monarcas. Los empiristas del relato, salen de apuros de modo simple, barajando, venga o no a cuenta, hombres y cosas, las necesidades de hecho y las influencias subjetivas.

164

El materialismo histórico supera las vistas antitéticas de los sociólogos y de los individualistas y al mismo tiempo elimina el eclecticismo de los narradores empíricos.

Ante todo el *factum,*

---

[5] Aludo aquí al apreciable escrito de K. Kantsky, *Die Klassengegensütze von 1789.*

Que aquel determinado César que se llamó Napoleón naciese el año tal, hiciese tal carrera y se encontrase afortunadamente en buen punto el 18 Brumario... todo esto es completamente accidental respecto al curso general de las cosas que empujaba a la nueva clase, dueña del campo, a salvar de la Revolución lo que le parecía necesario salvar, y que para salvarlo precisábale la creación de un gobierno burocrático-militar. El hombre o los hombres aptos era necesario hallarlos lo mismo. Pero que aquello que sucedió efectivamente sucedió del modo que sabemos, dependió del hecho de que Napoleón llevó a cabo la empresa, y no un pobre Monk o un ridículo Boulanger. Y de este punto en adelante el accidente deja de ser accidente, precisamente porque aquella determinada persona es la que da el sello y la fisonomía a los sucesos en el modo y por el modo como ocurrieron.

El mismo hecho de que toda la historia se apoya sobre Ias antítesis, los contrastes, las luchas y las guerras, explica la influencia decisiva de determinados hombres en determinadas ocasiones. Estos hombres no son ni un accidente desdeñable del mecanismo social, ni milagrosos creadores de lo que la sociedad, sin ellos, no habría hecho de ningún modo. Hay el entrelazamiento mismo de las condiciones antitéticas que hace que determinados individuos, o geniales, o heroicos, o afortunados, o malvados, sean llamados en momentos críticos a decir la última palabra. Mientras los intereses particulares de los singulares grupos sociales están en tal estado de tensión que todas las partes contendientes se paralizan recíprocamente, para mover el engranaje político se necesita la individual conciencia de una determinada persona.

165

Las antítesis sociales que hacen de cada convivencia humana una organización inestable, dan i.t, la· historia, especialmente cuando se mira y examina rápidamente y a grandes rasgos, el carácter del drama. Este drama se repite en las relaciones de comunidad a comunidad, de nación a nación, de Estado a Estado, porque las internas desigualdades, concurriendo con las difereueiucíones externas, han producido y producen todo el movimiento de las guerras, de las conquistas, de los tratados, de las colonizaciones y demás. En este drama aparecieron siempre como conductores de la sociedad los hombres que se llaman eminentes 6 grandes, y de su presencia el empirismo ha argumentado que éstos fueron los principales autores de la misma historia. Remontar la explicación de su aparición á las causas generales y a las condiciones comunes de la estructura social, es una cosa que se armoniza perfectamente con los datos de nuestra doctrina; pero intentar eliminarlos, como de buena gana harían ciertos objetivistas del sociologismo, *es una* verdadera fatuidad.

166

*

* *

Y en conclusión, el secuaz del materialismo histórico que quiera exponer y relatar, no debe hacerlo esquematizando.

La historia es siempre determinada, configurada, infinitamente accidentada y multicolora. Tiene combinatoria y perspectiva.

No basta haber eliminado preventivamente la presuposición de los factores, porque el que narra se encuentra continuamente frente a cosas que parecen disparatadas., independientes, y que son por sí mismas. Tomar el conjunto como conjunto y descubrir las relaciones continuativas de sucesos cerrados, he aquí la dificultad.

La suma de los sucesos estrechamente consecutivos y cerrados, es toda la historia, lo que viene a decir que es todo aquello que nosotros sabemos de nuestro ser en cuanto seres sociales y no ya simplemente animales.

167

# XII

En el sucesivo conjunto y en la continuativa necesidad de todos los sucesos históricos, ¿no hay, pues, preguntan algunos, ningún sentido, ninguna significación? Esta interrogación, que aparta del campo de los idealista o nos llegue de boca de los más cautos críticos, ciertamente, y en todos los casos, así como se impone a nuestra atención, exige también una respuesta adecuada.

De hecho, si no se para atención en las premisas, intuitivas o intelectuales, de las cuales deriva la concepción de *progreso*, como una idea que contenga y abrace la totalidad del proceso humano, se ve que tales presuposiciones descansan todas sobre nuestra necesidad mental de atribuir a la serie, o a las series de los sucesos, un cierto sentido y un cierto significado. El concepto de progreso, para quien lo examine bien adentro en su naturaleza específica, implica siempre juicios de valuación, y por esto no hay quien pueda confundirlo con la noción muda y cruda del simple desarrollo, el cual no incluye de ningún modo aquel elemento de valor por el cual decimos de una cosa que progresa.

168

*

* *

Ya dije antes, y me parece que con suficiente extensión, que el progreso no es a guisa de imperativo o de mandato sobre el sucederse natural e inmediato de las humanas generaciones. Esto es tan intuitivo, por cuanto es intuitiva la coexistencia actual de pueblos, naciones y Estados, que se hallan, a un mismo tiempo, en diverso estadio de desarrollo, por cuanto es innegable la presente condición de relativa y de respectiva superioridad e inferioridad de pueblo a pueblo, y por último, por cuanto está el regreso parcial y relativo confirmado varias veces en la historia, como sucedió durante siglos en Italia. Antes al contrario, si alguna vez existió prueba concluyente de cómo el progreso no debe comprenderse en el sentido de una ley inmediata, y hasta diré de una ley física o fatal, es precisamente esta: de que el desarrollo social, por las mismas razones de proceso que le son inmanentes, fue a parar al regreso. Es por otra parte claro y seguro que tanto la facultad de progresar como la posibilidad de regresar no constituyen ni inmediato privilegio, ni ingénico defecto de raza, ni son emanaciones directas de las condiciones geográficas. Porque no sólo los primitivos centros de civilización fueron múltiples y no tan solo tales centros cambiaron de sitio en el curso de los siglos, sino que también existe el hecho de que los medios, los descubrimientos, los resultados y los impulsos de una determinada civilización que se haya desarrollado, son, dentro de ciertos límites, comunicables a todos los hombres en general. Más breve, progreso *J* regreso son inherentes a las condiciones y al ritmo de desarrollo social en general.

169

*

* *

Por consiguiente, la fe en la universalidad del progreso, que con tanto ímpetu apareció en el siglo XVIII, tiene este primer mojón de espera: que los hombres, cuando no encuentran obstáculos en las condiciones externas o cuando no los encuentran en las que derivan de su propia obra en el ámbito social, son todos capaces de progresar.

Además, en el fondo de esta supuesta, o imaginada o creída unidad de la historia, por la cual el proceso de las varias sociedades formaría como una sola serie de progreso, hay otro hecho, que ha ofrecido motivo y ocasión para muchas fantasías ideológicas. Si todos los

pueblos no han progresado igualmente, antes bien, algunos se detuvieron o regresaron, si el proceso de desarrollo social no tuvo siempre en todos lugar y tiempo, el mismo ritmo Y la misma intensidad, es de todos modos seguro el hecho de que en el pasaje de la acción decisiva de pueblo a pueblo en el curso de la historia, los pro· duetos útiles, adquiridos por aquellos pueblos que decaían, pasaron a aquellos que progresaban. Esto no es tan valedero por lo que atañe a los productos que llamaré del sentimiento y de la fantasía, que se conservan y perpetúan, no obstante en la tradición literaria, pero es valedero por lo que atañe a los resultados del pensamiento, y sobre todo del descubrimiento y de la producción de los medios técnicos que allí donde se adquieren se comunican Y transmiten directamente.

170

¿Es necesario recordar que la escritura no se perdió nunca por más que hayan desaparecido los pueblos que la inventaron? ¿Es necesario recordar que nosotros llevamos aún en nuestros bolsillos sobre nuestros relojes, el cuadrante babilónico, ; que usamos el álgebra que introdujeron aquellos árabes cuya actividad histórica se dispersó más tarde como la arena del Desierto? Es ocioso multiplicar incidental e indefinidamente los ejemplos porque basta tener a la vista la tecnología y la historia de *los* descubrimientos en el lato sentido de la palabra, en la cual resulta evidente la transmisión casi continuativa de los medios instrumentales del trabajo y de la producción.

Y en último término, las sinopsis provisionales que llámanse historias universales, por más que revelen siempre, tanto en la intención como en la ejecución, un algo forzado y artificial no se habrían intentado nunca si las vicisitudes humanas no ofreciesen al empirismo de los narradores un hilo, por sutil que sea, de continuidad.

171

He aquí la Italia del siglo XVI que evidente· mente decae; pero mientras decae transmite a la restante Europa sus armas intelectuales. Y no son éstas la única herencia para la civilización que continúa; también el mercado mundial se establece sobre los cimientos de aquellos descubrimientos geográficos y náuticos que fueron obra de los mercaderes, de los viajeros y marineros de Italia. Y no fueron solamente los modos de hacer la guerra y los refinamientos de la astucia política que pasaron de Italia ( de lo cual solamente se ocupan los literatos), sino también el arte de hacer dinero con toda la evidencia de una elaborada disciplina comercial, y los rudimentos de la ciencia, sobre los cuales está fundada la técnica moderna, y las leyes generales de la hidráulica. Tan verdadero es todo esto, que a un *amateur* de tesis conjeturales podría ocurrírsele proponerse esta pregunta: ¿qué habría sido de Italia, en esta moderna época burguesa, si, confirmándose el proyecto del Senado Veneto (1504) de hacer algo que habría asemejado en sus efectos a la apertura del canal de Suez, la marina italiana hubiese tenido que contender directamente con los portugueses en el Océano Índico, precisamente en el momento en que la transferencia de la acción histórica del Mediterráneo al Océano preparaba nuestra decadencia? Pero basta de fantasías.

*

* *

172

Es, pues, indiscutible que es un hecho real una cierta continuidad histórica, en el sentido empírico y circunstanciado de la transmisión y del sucesiv*o* incremento de los medios de civilización. Y si bien este hecho excluye toda idea de preconcepto designio, de finalidad intencional o latente, de preestablecida armonía, y todas aquellas otras fantasías sobre las cuales tanto se ha *especulado,* no por esto excluye *la idea del progreso,* que nosotros podemos emplear como de *valoración* del curso del *devenir* humano. Es, sí, indudable, que el progreso no abraza *materialmente* la sucesión de las generaciones, y que su noción no implica nada de categórico, ya que las sociedades también regresan, pero esto no quita que esta idea pueda dar significación al proceso histórico. De tales cautelas críticas, tanto en el uso de los conceptos especificas como en su modo de aplicarlos, no saben nada aquellos pobres evolucionistas a más no poder que son doctos sin la gramática y sin la lógica.

Como yo dije varias veces, las ideas no caen del cielo, Y hasta aquellas que en dados momentos surgen de determinadas situaciones con ímpetu de fe y con vestidura metafísica, llevan siempre en sí el indicio de que corresponden a un orden de hechos, cuya explicación se intenta o se busca. La idea del progreso, como de unificación de la historia, apareció con violencia y se egigantó en el siglo XVIII, o sea en el período heroico de la vida política e intelectual de la burguesía revolucionaria. Y así como ésta ha engendrado, en el orden de las obras, el período más intensivo de historia que se conozca, también ha producido al mismo tiempo su propia ideología en la noción del progreso.

173

Esta ideología quiere decir, por el momento y en su substancia, que el capitalismo es la única forma de producción capaz de extenderse por toda la tierra, y de reducir todo el género humano a condiciones que se asemejen en todas partes. Si la. técnica moderna puede llevarse donde· se quiera, si todo el género humano parece como un solo campo de competencia y toda la tierra como un solo· mercado, ¿qué de extraño tiene que la ideología, que refleja intelectualmente estas condiciones de hecho, haya llegado a la afirmación de que la presente unidad histórica la ha *preparado* todo lo que la precede? Traducid este, concepto de pretendida *preparación* en aquel concepto del todo natural de *verificables sucesivas condiciones,* y tendréis abierto el camino por el cual se llega de la ideología del progreso al materialismo histórico; y se llega asimismo a la afirmación de Marx: que esta forma de la producción burguesa es la última forma antagonística del proceso da la sociedad.

Los milagros de la época burguesa, en la unificación del proceso social, no tienen comparación en el pasado. He aquí todo el Nuevo fondo, y después Australia, y el África Meridional, y Nueva Zelanda; todos son como nosotros. Y después de rechazo el Extremo Oriente, por la imitación, y en el África por la conquista.

174

Ante tal universalidad y tal cosmopolitismo, la adquisición de los celtas Y de los iberos ganados a la civilización romana, y la de los germanos y de los eslavos ganados al ciclo de la civilización romano-bizantino-cristiana, quedan pequeñísimos. Esta unificación siempre creciente se refleja cada día más en el mecanismo político de Europa: este mecanismo, por estar fundado en la conquista económica de las otras partes del mundo, oscila ya por los flujos y reflujos que vienen de remotísimas regiones. En este complicadísimo entrelazamiento de acciones y de reacciones la guerra entre el Japón y la China, que fue guerreada con los medios, o imitados, o directamente tomados a préstamo de la técnica europea, deja sus huellas ni ligeras ni de breve duración, en las relaciones diplomáticas de Europa, y las deja más vivas en la Bolsa, que es la fiel interpretación de la conciencia de nuestros tiempos. Esta Europa, maestra de todo el resto del mundo, ha visto oscilar recientemente las relaciones de la política de los Estados de que consta por una rebelión en el Transvaal y por una derrota de las armas italianas en Abisinia.

Los siglos, que han preparado y llevado a su forma actual el dominio económico de la producción burguesa, han desarrollado asimismo la tendencia a unificar la historia bajo una vista general; esto explica y justifica la ideología del progreso, que informa tantos libros de filosofía de la historia y del *kulturgeschichte.* La unidad de forma social, o sea la unidad de forma capitalística de la producción a que hace siglos tiende la burguesía, ha venido a reflejarse en el concepto de la unidad de la historia, en forma tan sugestiva como nunca podía dar al pensamiento el augusto cosmopolitismo del imperio romano ni el unilateral de la Iglesia católica.

175

*

* *

Pero esta unificación de la vida social, por obra de la forma capitalística burguesa, se desarrolló al principio y continúa ahora desarrollándose, no según reglas, planos y preconceptos designios, antes más bien por medio de conflictos y de luchas que en su conjunto

forman un colosal intrincamiento de antítesis. Guerra en el exterior, guerra en el interior. Lucha incesante entre las naciones, y lucha incesante entre los componentes de cada nación. Y es tan complicado el entrelazamiento de las obras y de las acciones de tantos émulos, concurrentes y contendientes, que a menudo la coordinación de los sucesos escapa a la atención, por ser cosa poco fácil coger el nexo íntimo. La contienda actual entre hombres, la lucha que ahora con varios métodos se desenvuelve entre naciones y naciones, nos han hecho comprender mejor por entre qué dificultades se ha movido la historia del pasado. Y si la ideología burguesa, reflejando la tendencia a la unificación capitalística, ha proclamado el progreso del género humano. el materialismo histórico, invirtiendo y sin proclamaciones, ha descubierto que en las antítesis estuvo hasta ahora la causa de todo suceso histórico.

176

Y por esto el movimiento de la historia, tomado en general, se nos revela como oscilante, o mejor dicho, empleando una imagen más propia, nos parece que se desarrolla sobre una línea quebrada, que ti menudo cambia de dirección y de nuevo se quiebra, y en algunos momentos parece que vuelve sobre sus pasos, y algunas veces se extiende, separándose mucho del punto inicial: un vedadero *zig-zag.*

Dada la complicación interna de cada sociedad, y dado el choque de varias sociedades en el campo de la competencia (desde las ingenuas formas de la razzia, de la rapiña y de la piratería, hasta los refinados medios del elegante juego de Bolsa), es natural que todo resultado histórico, cuando se mida con el sólo escote de la espera individual, parezca bastante a menudo como un *caso*, y considerado después teóricamente, vuelva a la mente más inextricable por las contingencias meteóricas.

Por esto no es una simple frase el dicho de la *ironía* que preside *soberana sobre la historia;* porque, de hecho, si ningún dios de Epicuro se ríe desde lo alto de las cosas humanas, aquí las cosas humanas tejen por sí mismas una *divina comedia.*

*

* *

177

¿Cesará alguna vez esta *ironía de las humanas suertes?* Es decir, ¿será alguna vez posible una forma tal de convivencia, que dé lugar al *desarrollo económico e integral* de todas las actitudes, de modo que el *proceso* ulterior de la historia sea verdadera y efectiva evolución? ¿Será posible, si así place a los que gustan de redondeadas frases, la humanización de todos los hombres? Eliminadas con el *comunismo de la producción,* las antítesis que ahora son causa y efecto de las diferenciaciones económicas, ¿no conquistarían todas las energías humanas un altísimo grado de eficacia y de intensidad en los efectos cooperativos, y al mismo tiempo no se desarrollarían con la máxima libertad de individuación en cada persona?

En las respuestas afirmativas átales preguntas está la suma de lo que el *comunismo crítico* dice, o sea predice del porvenir. Y no dice y predice como para discutir una abstracta posibilidad, o como si por antojo quisiere realizar un estado de cosas que desee y sueñe. Dice y predice como quien enuncia lo que es inevitable que suceda, por la inmanente necesidad de la historia, vista y estudiada ahora en el fondo de su *subestructura económica.*

«Las *evoluciones sociales* cesarán de ser *revoluciones políticas* cuando advenga un orden de cosas en que no haya ya ni clases ni antagonismo de clases». ([6])

178

«A la vieja sociedad burguesa, con sus clases y con sus antagonismos de clase, se sustituye una *asociación* en la que el libre desarrollo de cada uno es condición del libre desarrollo de todos».([7])

---

[6] Marx, *Miseria de la filosofía,* París, 1847, pág. 178.
[7] *Manifest der Kommunistischen Partei,* London 1848 pág. 16.

«Las relaciones burguesas de la producción son la última forma antagonística del proceso social de la producción —antagonística, no en el sentido del antagonismo individual, sino de un antagonismo que surge de las condiciones sociales de la vida de los individuos—; pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa, están ya forjando las condiciones materiales para la resolución de tal antagonismo. Con tal formación de sociedad cesa la prehistoria del género humano».([8]).

«Con la toma de posesión de los medios de producción por parte de la sociedad, queda excluida la producción de las mercancías, y con ésta queda excluido el señorío del producto sobre el productor. A la anarquía dominante en la producción social se sustituirá la consciente organización deliberada. La lucha por la existencia individual cesará. Únicamente de este modo el hombre se destacará en cierto sentido, del mundo animal, de modo definitivo, y pasará de las condiciones de existencia animal a las de existencia humana. Todo el ámbito de las condiciones de la vida, que hasta el presente ha dominado a los hombres, pasará bajo el mando y la revisión de los mismos hombres, que de este modo convertiránse, por primera vez, en efectivos señores de la Naturaleza, porque serán señores de la propia coasociacíón. Las leyes de su propia actividad social, que antes les eran contrarias como leyes extrañas que les dominaban, serán aplicadas y adueñadas por los mismos hombres con pleno conocimiento de causa. La misma coasociación, que contraria a los hombres, trocaráse en libre y propia obra suya. Las fuerzas extrañas y objetivas, que hasta el presente dominaban la historia, estarán bajo la vigilancia de los hombres. Únicamente desde este punto en adelante, los hombres harán con plena consciencia su propia historia; únicamente desde este punto en adelante, las causas sociales que pondrán en movimiento podrán lograr en gran parte y en razón siempre creciente los esperados efectos. Esto es, el salto del género humano del reino de la necesidad al de la libertad. La misión histórica del proletariado moderno consiste en realizar esta acción libertadora del mundo».([9])

180

Si Marx y Engels hubieran sido alguna vez fabricantes de frases, si su mente no hubiese sido cauta, hasta la escrupulosidad, por el uso y la aplicación diaria y exacta de los medios científicos, si el contacto asiduo con tantos conspiradores y visionarios no les hubiese alejado de toda utopía, hasta llegar a la pedantería de lo opuesto, semejantes enunciados podrían ser tenidos por geniales paradojas que escapan al examen de la crítica. Pero aquellos enunciados son como el cerrojazo. final, la efectiva conclusión de la doctrina del materialismo histórico. Son resultado directo de la *critica de la economía* y de la *dialéctica histérica,*

En tales enunciados, por lo demás desarrollables, como tendré ocasión de demostrar en otra parte, se resume toda la previsión del porvenir que no sea y no quiera ser novela o utopía. Y en estos mismos enunciados hay una adecuada y concluyente respuesta a la pregunta con que se comenzó este capítulo: sí; es decir, en la serie de los sucesos históricos hay por último y efectivamente un sentido o significación.

*

* *

Y aquí hago punto, pareciéndome que para. una *dilucidación p1'eliminar* ya es bastante.

Roma 10 de Marzo de 1896.

---

[8] Marx, *Zur Kritik der politischen Oekonomie,* Berlín, 1859, pág. VI del prefacio.

[9] Engels, *E. Dühring's Umwälzung der Wissenschaft, 3ª"* edición. Stuttgart, 1894, págs. 805-806.

# APÉNDICE

183

## A propósito de la crisis del marxismo

Me refiero aquí a un libro, ni breve ni de cómo da lectura, de Th. G. Masaryk, profesor de la Universidad tcheque de Praga. Cuánto sea voluminoso puede imaginárselo el lector con leer el titulo que doy al pie de página.([1]) *No* me propongo, empero, escribir su *censura* pura y simple. Y si pareciere que expresar la propia opinión a propósito de un Libro implica que de aquél se haga la censura, diré que ésta asumirá necesariamente las proporciones y la forma de un casi-artículo.

Mi nombre y el título al frente de la página podría inducir la sospecha de que yo pretendo situarme como en una polémica de partido. Que el lector esté tranquilo. No confundiré las páginas de la *Rivista Italiana di Sociologia* con las columnas del periódico político diario ([2]).

184

Diré solamente, *en passant,* como se ha dado el, caso bastante *curioso* del gran afán con que la prensa política italiana, sea o no diaria, durante meses ha proclamado la muerte del socialismo, empleando la etiqueta de *crisis del marxismo,* habiéndome parecido esto un nuevo documento de aquel vicio orgánicamente nacional que puede definirse *derecho a la ignorancia.* A ninguno de estos egregios roedores del socialismo, que tanto para amontonar multitud en torno de la crisis, barajaban nombres incompatibles de varios escritores, se le ocurrió proponerse estas simples y honradas preguntas: ¿La crisis que en torno del marxismo ha estallado en otros países, puede afectar directamente a Italia? ¿Tuvo alguna vezo tiene esta doctrina alguna sólida base y segura difusión en nuestro país? Y en todo caso, ¿el partido socialista italiano, tiene tanta fuerza ya y tal extensión sobre las masas y entre las masas, y tiene en si tal desarrollo y tal complejidad de condiciones y de referencias políticas, para que pueda revelar aquellos caracteres precisos y claros de estable y duradera organización proletaria, dada la cual el discutir a fondo la *doctrina* es discutir de cosas y no de palabras? Y yendo más a fondo, ¿hay quien pueda decir que en este país se ha recorrido todo el *vía crucis* de las transformaciones económicas, al final de las cuales se confirma en otros lugares lo que llámase sistema capitalístico, del cual a su vez el marxismo es el rechazo crítico?

185

El que se hubiese propuesto estas preguntas y otras semejantes habría honradamente concluido que no puede existir la crisis de lo que.. no existe aún.

*

* *

Puede darse, y se da el caso, de que todos estos necrologistas del socialismo ignorasen que la frase *crisis del marxismo* púsola precisamente en circulación el propio profesor Masaryk, al cual (ignorante, como todos los extranjeros, de las cosas de Italia) le ha cabido la insigne suerte de aportar a nuestro país un nuevo

---

[1] *Die philosophischen und sociologischen Grundlagen des Marxismus.— Stuilien zur sociaen, Frage,* von Th. G. Masaryk, professor an dèr böhmischen Universitat Prag, Wien, C. Konegen, págs. XV y 600, in-8.º, gr.

[2] Esta polémica publicóse en el cuaderno III del año III (1899).

e inesperado tributo a la *fortuna de las palabras.* Y así es. La expresión *crisis del marxismo* fue inventada por Masaryk en los números 177-79 de la *Zeit* de Viena, de Febrero de 1898, y aquellos artículos suyos fueron recopilados después en folleto ([3]) con fecha del 10 de Marzo· y téngase bien en cuenta que no es porque el autor de semejante *descubrimiento Literario* tuviese el ánimo de declarar la muerte del marxismo, sino porque parecióle constatar (permítase esta palabra del argot periodístico) la crisis *dentro* del marxismo, y de hecho concluía así: «Quisiera advertir a los enemigos del socialismo que no se forjen vanas esperanzas en pro de sus partidos por esta crisis del marxismo, que mejor puede dar fuerza al socialismo cuando sus jefes quieran criticar libremente sus fundamentos y superar sus defectos. Como todos los demás partidos de reforma social, el socialismo tiene su fuente viva en las manifiestas imperfecciones del presente orden social, en su injusticia e inmoralidad, y sobre todo en la miseria material, moral e intelectual de la gran masa de todos los pueblos» ([4]).

En aquellas 24 páginas, que a decir verdad eran muy pocas, dada la gravedad del asunto, los datos de la *crisis —por* lo que se refiere a la *Sozialdemokratic* alemana y con alguna pequeña referencia a la *literatura* francesa e inglesa— venían resumidos, enumerados, caracterizados, algo apresuradamente por cierto, en los consiguientes jefes... ¿Pero qué más da este folleto del 10 de Marzo de 1898, si en el libro de fecha del 27 de Marzo de 1899 aquellas 24 páginas se han transformado en 600 —digo 600—, lo que es demasiado para la entidad que se va exponiendo y para la paciencia de los lectores?

187

*

* *

El profesor Masaryk es un *positivista,* palabra, que aquí en Italia es de uso subersivamente extensivo y elástico, pero que para el profesor quiere decir, y sea también con varias modificaciones que se encuentra en la línea que va desde Comte a Spencer... o al mismo Masaryk. No estoy en grado de tributarle toda la admiración de que seguramente es digno, porque tiene la costumbre, para mí incómoda, de escribir en lengua tcheque. Hasta ahora no conocía sino su *Lógica concreta* en la traducción alemana. Tampoco quisiera sutilizar sobre el tenor tasativo de sus expresiones, porque este libro ha sido traducido por el señor Kalandra en un alemán bastante cancilleresco. La obra, en su conjunto, como dice el mismo autor en el *prefacio,* no ha de considerarse bajo el aspecto de la composición y del estilo. Es un parto enteramente *ultraacadémico,* con su obvia división en introducción y secciones, y éstas, que son cinco y seguidas del resumen, acarrean la subdivisión en capítulos, con la subfigura del A, B, C y demás, basta llegar a la resubdivísión del todo en 162 parágrafos, con varias bibliografías en orden separado y en orden concentrado, con un índice-sumario verdaderamente admirable, que hace pensar en muchas cosas a las que el libro no responde, y con el inevitable registro. Son, en suma, apuntes de lecciones ilustrativas y declarativas, en tono mesurado y tenue, redactadas en esquema de enciclopedia, y no todas identificables en igual fecha. De hecho, mientras el libro, compuesto originariamente en lengua tcheque y preanunciado en el folletito del año anterior, que al que quiera puede ahorrarle leer las 600 páginas, se iba

---

[3] *Die wissenschaftliche und philosophische Krise innerhalb des gegenwäatigen Marxismus.* Wien, 1898, pág. 24.

[4] Idem, pág. 24.-Esta misma declaración se repite ampliamente al final del libro, y especialmente en fas paginas 591-92. ¡Otra pequeña nota en favor de la suerte que tienen las palabras! La crisis *dentro* se ha convertido en *crisis del marxismo* en la traducción francesa de aquel folleto, hecha por Bugiel, París, 1898 (extraído de la *Revue Internationale de Socioloqia,* número del mes de Julio.)

publicando en alemán, apareció al mismo tiempo el libro de Bernstein (véase nota pág. 590), y con esto el autor ha tenido que ajustar sus partes en otro lugar ([5]).

188

La actitud de Masaryk es verdaderamente *sui generis.* Él no es socialista, conoce extensamente la *literatura* del socialismo, no es adversario profesional del socialismo, lo juzga desde lo alto, en nombre de la *ciencia.* Fue diputado en el Reichsrath de la Cisleitania, y por más que era nacionalista y progresista, que yo sepa, no se confundió nunca con los *jóvenes tcheques.* Me parece· que ahora está apartado de la polémica. Publica una revista, que es casi un símil de nuestra *Nuova Antología,* y es doctor de oficio, es decir, gran legislador y narrador agudo de lo que lee, hasta en sus más mínimas minuciosidades. Y este es el primer y principal defecto de su libro, en el cual se discurre de muchas e infinitas cosas, pero a la realidad, al hecho, no se llega nunca. El autor ha como interceptado la vista del impreso y de las sombras de los escritores, entre los cuales gira obsequioso con todos, como si su mirada careciese de virtud perspectiva.

189

*

* *

¿No es acaso el principal deber del que quiere discutir los fundamentos del marxismo estar en grado de poder responder a esta pregunta: ¿creéis o no creéis en la posibilidad de una transformación de la sociedad de los países civilizados, por la cual cesarían las causas y los efectos de las presentes luchas de clase? Frente a tal problema general resulta verdaderamente de secundaria importancia el modo de la transición a aquel estado futuro, deseado o previsto; porque aquel modo escapa a nuestro albedrío y ciertamente no depende de nuestras definiciones. Respecto a esta tesis general es, no diré indiferente, pero ciertamente de· valor bastante subordinado, saber qué parte del *pensamiento* y de las *opiniones* (muchos confunden malditamente aquél y éstas) de Marx y de sus próximos secuaces e intérpretes lindan o no con las presentes y con las futuras condiciones del movimiento proletario; porque no se necesita ser secuaces rabiosos del materialismo histórico para, comprender cómo las doctrinas valen en cuanto doctrinas, es decir, en cuanto son una luz intelectual proyectada sobre un valor de hechos, pero que en cuanto son doctrinas no son *causa de nada.*

190

Pero el señor Masaryk es, en cambio, un *doctrinario,* es decir, un creyente en la virtud de las ideas, un académico, para el cual todo consiste en la lucha por la *concepción general del mundo* (Weltansehauung); y no es de extrañar que rechace con soberano desprecio *(passim)* la expresión *instinto de las masas,* Esta crítica, que descansa toda entera sobre presunción de un juicio soberanamente imparcial de las luchas prácticas de la vida en nombre de la *ciencia,* y que ignora la resignación del pensamiento al curso natural de la historia, es y queda siendo intrínsecamente caduca, porque gira *en torno* del marxismo, sin aferrar su verbo, que es la concepción general del desarrollo histórico bajo el augusto visual de la revolución proletaria.

Demorando definir la actitud general de Masaryk, me parece que no le hago ninguna ofensa diciendo que desconoce mis escritos sobre la materia de que trata. Si alguna los lee, verá quizá que sin descender a las minucias de la polémica con la prensa corriente del partido, sin proclamarse descubridores o autores de

---

[5] O sea en los números 239 y 240 del 20 de Abril y del 6 de Mayo de 1899 de la *Zeit* de Viena. Y así hizo también en Octubre del año pasado, a propósito del *mensaje* de Bernstein al Congreso de Stuttgart

la crisis del marxismo, se puede ser también presentemente partidario del materialismo histórico, después de haber hecho la debida parte a la nueva experiencia histórico-social, y con la conveniente revisión de los conceptos que hayan sufrido o sufran corrección por el curso natural del pensamiento. Las doctrinas que están a punto de desarrollarse y de progresar no admiten la tratación *erudita* y *filológica* como se emplea en las superadas formas del pensamiento, y que llamamos *antiguas.* ¡Pero los temperamentos intelectuales de los hombres son bastante diferentes unos de otros! Algunos —y son pocos— presentan al público el resultado del propio trabajo y no creen deber añadir la historia íntima de sus lecturas hasta la fotografía de la pluma con que escriben. Otros —y son el mayor número— sienten viva la necesidad de dar a las prensas todo el fruto de sus lecturas. Son meticulosos custodios de sus cuadernos, a fin de que no se pierda ni para el presente ni para el futuro ninguna parte de sus fatigas. El profesor Masaryk, que disuelve en 600 páginas esta tesis de ocasión, ¿qué juicio puede formarse ahora del marxismo, teniendo en cuenta que se discute también *dentro* del partido? El profesor Masaryk, que tanto ha leído, no puede menos de considerar el marxismo mismo según las sacramentales rúbricas de la *filosofía,* de la *religión;* de la *ética,* de la *política,* y así hasta el infinito; y caso curioso, ¡el hombre que tan obsequioso es con la burocracia universitaria y con los fetiches de la ciencia, acaba al fin declarando que el marxismo es un sistema sincrético! *(passim* en todo el libro y explícitamente en la página 587). A mí me había parecido que aquella doctrina era precisamente todo lo contrario, y un algo, más bien, de tan íntimamente unitario, que era cuestión de procurar vencer, no tan sólo la oposición doctrinal entre ciencia y filosofía, sino también la más obvia entre práctica y teoría. Pero el señor Masaryk es como es, y hay que seguirle en sus rúbricas.

192

Muy voluntariamente deja que otros se ocupen del socialismo en cuanto es tendencia (a estilo A. Menger) a las reformas jurídicas; declara no mezclarse directamente en las cuestiones de la *Economía* ( en cuya disciplina me parece que cojea de ambas piernas) y tiene sobre todo empeño en evidenciar la *filosofía* de Marx, la cual existe, por más que no haya expresado en obras de taxativa composición *ad hoc*; y estudia en todas las 600 páginas la crisis en cuanto ésta es estrechamente *científica* y *filosófica* (pág. 5). No pidáis, pues, al autor, ni un examen concreto de las condiciones actuales del mundo económico sacado de lo vivo, ni un consejo práctico y amplio de *política social*. Si el movimiento de la proletarización continúa o no, si la teoría del valor es o no exacta, estas y otras cuestiones afines, por cuanto son de máxima importancia, no interesan al filósofo (pág. 4). El único resultado práctico es este: aconsejar a los socialistas (pág. 591) atenerse al programa de Engels de 1895, es decir, a la *táctica parlamentaria*; lo que, a decir verdad, ya lo están haciendo en todo el mundo, y según mi humilde opinión, por la simple razón de que no podrían hacerlo de otro modo sin demostrar que son locos o estúpidos, con la sola diferencia de que Masaryk insiste en el consejo con la advertencia de que también debe abandonarse la *ideología marxista,* No es el curso natural de los sucesos políticos de la Europa civilizada lo que ha inducido a los socialistas a cambiar de táctica (ni el autor sabría decirnos cuánto tiempo esto durará o podrá durar), sino que son las *ideas* las que cambian y deben cambiar. Todo se compendia en la lucha por la *Weltanschauung* (véase págs. 586-592), lo que es natural en un escritor que tiene tanto apego al sacramental concepto de la clasificación de las ciencias (pág. 4) y al puesto supereminente de la filosofía.

193

El *Philister,* en su subespecie profesional, se nos revela aquí por entero en su propia naturaleza. ¡Conocer extensamente la literatura del socialismo, y de éste desconocer lo íntimo, el sentido, el alma! Dado este ánimo —es cosa que salta a la vista—, la orientación científica cambia del todo, antes bien, cambia el sitio de la ciencia en la economía de nuestros intereses. Pero a esto no llega nunca Masaryk, porque para llegar debería traspasar los confines de las definiciones. Por esto su libro, por cuanto sea rico de concienzudas informaciones y de ajeno desprecio profesional al socialismo, se reduce en la intención y en los efectos, a un enorme *plato de positivismo* contra el marxismo.

194

Aquí se me ocurren dos observaciones. Mi afirmación resonará extrañamente en Italia, donde es costumbre significar con la palabra *positivismo* todo y toda cosa. Además, así como ya dije varias veces que aquella intuición de la vida y del mundo que se compendia con el nombre de materialismo histórico, no ha llegado a su perfección en los escritos de Marx y de Engels y de sus próximos continuadores, así ahora afirmo más rotundamente que la continuación de aquella doctrina procede aún lentamente y acaso procederá igual durante tiempo.

Pero los libros como el de Masaryk no sirven para nada. He aquí un montón de objeciones en nombre del positivismo, sí, pero no en nombre de la revisión directa y auténtica de los problemas de la ciencia histórica, y no en nombre de las cuestiones políticas actuales. La llamada crisis no se convierte ni en un sujeto de un examen de publicista ni en objeto de un estudio de sociólogo, sino que es como un *espacio vacío o* una *pausa* en que el autor va a recitar sus filosóficas protestas.

*

* *

195

Un estudio, ni vano ni privado de interés, está dedicado a la formación primera del libro de Marx (págs.17-89). Pero el *facit* es al fin bastante mezquino. «En la constante mutación del orden social encontró al fin Marx la razón histórica del comunismo, como imponiéndose por sí. —Según Marx, la filosofía es la copia naturalística del proceso del mundo.— El comunismo nos lo da la misma historia.— El materialismo de Marx es un materialismo histórico.» Proposiciones como estas, que reproducen aproximadamente el pensamiento fundamental del escritor que tenemos entre manos, deberían inducir, paréceme, al crítico a rehacerse los fundamentos de tales concepciones I para derribarlas con una crítica *ab imis.* ¿Y qué hace el señor Masaryk? Pocas líneas después escribe: «Su filosofía y la de Engels tienen el carácter del *eclecticismo,»* Y después nos regala, en la letra D del capítulo II, una ensalada rusa de las opiniones contradictorias de Bax, K. Schmidt, Stern, Bernstein, Plekanoff, Merhing, en cuanto han discutido si tal filosofía, llamémosla marxista, es conciliable o no con el retorno a Kant, a Spinoza, y no se acuerda del poeta que presenció la fundación de la Universidad de Praga, para exclamar con él:

*Povera e nuda vai filosofia.*

Algo inconexa es la tratación que el autor dedica al *materialismo histórico* (págs. 92-168), titubeando primero en las definiciones, para llegar al fin a una

crítica fundada en el viejo estribillo de la doctrina de los *factores,* más o menos disimulado con una fraseología sociológica y psicológica algo dudosa e incierta.

196

En conclusión, al autor le repugna el pensamiento de una concepción objetivamente unitaria de la historia, y le sucede a menudo que confunde la explicación del complejo histórico mediante el variar *ante todo de la estructura económica,* con la explicación *illico et inmediate* del hecho histórico determinado por medio de las respectivas e individuadas condiciones económicas. No debe, pues, extrañar ver de qué modo considera a Marx como una especie de Comte adulterado, transformado después en un inconsciente continuador de Schopenhauer, aceptando el primado de la voluntad, doctrina que contradice la sacramental tricotomía psicológica de inteligencia, sentimiento y voluntad. Es posible que el pobre Marx ignorase que el hombre está provisto, además de un intelecto, también de un hígado *(sic),* cosa sorprendente, porque tenía muchos hígados *(sic),* por cuyas buenas razones puede deducirse que no viese que *sobrevalor* es un concepto principalmente *ético (sic).* Al profesor de la Universidad, que trata su materia como su oficio, puede venirte fácilmente la tentación de hacer pasará un determinado autor bajo el escrutinio de todas aquellas otras doctrinas que el crítico tenga la costumbre de estudiar y de manejar. Y entonces, por una extra· ña ilusión de erudito, sucede que los términos de parangón, que están en el hábito subjetivo del crítico, se truecan en términos de efectiva derivación.

197

Así estaba sucediendo a Masaryk, cuando hete que en medio de sus comparaciones se contradice y sentencia (pág. 166): «De hecho, Marx viene a formular lo que, como suele decirse, se hallaba en el aire, y por esto no he dado gran importancia a las singulares influencias sobre su formación intelectual.» Ergo —diría yo— recomenzáis de nuevo, y aun invertís. En el autor de que tratáis, se ha confirmado precisamente esta inversión, que desde la crítica de la economía y del dato de las luchas de clase remontóse a una nueva concepción histórica (y no para modificar, entiéndase bien, lo que técnicamente se llama disciplina de la *investigación* histórica), y por aquel camino después a una nueva orientación sobre los problemas generales del conocimiento. Pero el señor Masaryk fuerza las cosas, las altera del todo, metiéndose por un camino que no es el seguido por el objeto de su examen. Pero se comprende: filósofo profesional, desciende de lo alto de las definiciones a los *particulares* del materialismo histórico, y con todo el debido respeto a la metodología, llega a la *teoría de las luchas de clase* (págs. 168-234) cual pudiera a un *corolario,*

Aquí también la fidelidad de la exposición material hace más sensible la incapacidad para la comprensión íntima y viva. Aquí o allá, algunas útiles observaciones sobre la imprecisión de los términos *burguesía, proletariado* y otros semejantes, y después de las de mayor valor sobre la irreductibilidad de toda la sociedad presente a las dos famosas clases, dada su varia y compleja articulación.

198

En comparación de todo esto, hete una singular ineptitud para aferrar un concepto tan simple como este: dado el entrelazamiento de la vida social, todos los propósitos individuales pueden ser equivocados, lo cual induce al autor a decir que en, el marxismo la conciencia individual se resuelve en puro *ilusionismo* (!) Le repugna creer que las leyes económicas sigan un proceso natural. Pues que pruebe a cambiar su sucesión histórica por medio de actos de albedrío. Reivindicada la *espontaneidad* (¿pero cuál?) de las fuerzas que dan impulso a la historia y la *aristocracia* del espíritu filosófico, está dicho como el determinismo

marxístico es una sola cosa con el fatalismo, y el autor se confiesa así: « Yo explico el mundo y la historia teísticamente» (pág. 234). *¡Deo qratias!*

*

* *

Llegamos finalmente a lo más gordo, es decir, a la exposición del *mundo capitalístico* (páginas 235-313), y a la crítica del *comunismo* y del *proceso de la civilización* (págs. 313-386). Para los socialistas, este es el punto principal, y únicamente sobre este terreno es preciso combatirles. Pero el autor descendió de las alturas, y sea en buena hora. No se habría de negarle-tanto da comenzar por las conclusiones-una discreta parte de razón allí donde habla de subversivo *primitivismo* y *simplicismo,* especialmente refiriéndose a la tentativa de Engels en rehacer brevemente los puntos principales de la historia de la civilización.

199

El *devenir* del Estado, o sea de la sociedad ordenada en clases, con las razones del dominio y de la autoridad, supuesta la propiedad privada y supuesta la familia monogámica, tuvo varios modos de desarrollo en la historia especializada y concreta, y no hay nada que valga para hacer plausibles los esquemas demasiado simples. Puede darse que los socialistas vean demasiado simplificado el entrelazamiento de la historia, reduciéndola a breve volumen, lo que les induce a simplificar al mismo tiempo con demasiado albedrío el entrelazamiento de la presente sociedad. Ni ayuda ciertamente parapetarse en la *negación de la negación,* que no es instrumento de investigación sino sólo fórmula resumitiva, válida, si acaso, *post factum.* Cierto que el comunismo, o sea el más o menos lejano aborde de la sociedad presente hacia una nueva forma de la producción, no será un parto mental de la dialéctica subjetiva. Y por esto creo —son corteses de armas los adversarios— que no hay más que un modo de combatir seriamente el socialismo, y es el de demostrar cómo el sistema capitalista lleva en si —por ahora al menos— tal indefinida fuerza de adaptabilidad, que todos los movimientos proletarios se reduzcan en el fondo a meteóricas agitaciones, sin formar nunca un proceso ascensivo, que acarree a lo último con la eliminación del salariado, también la de todo dominio de clase. En esta intención crítico-demostrativa se resume, por ejemplo, la fuerza de la escuela de Brentano y sus discípulos. Pero esto parece que no es pan para los dientes del señor Masaryk, el cual revela toda su ineptitud para aferrar el nexo económico de la materia que se trae entre manos, en el capítulo que dedica a la crítica del *sobrevalor* (págs. 260 313).

200

A través de una reseña bibliográfica en torno de la *vexata quœstio* de la variedad fundamental que correría entre el I y el III volumen del *Capital,* el autor rechaza por inexacta la doctrina del *valor-trabajo,* y después afirma que Marx no podía partir del concepto de la *utilidad,* porque su objetivísmo extremo le apartaba de la consideración psicológica(!). Declara después su opinión sobre el sitio que debería ocupar la economía en el sistema de las ciencias, dada su dependencia de las presuposiciones de una *sociología general,* Rechazado el concepto de la economía en cuanto ciencia histórica, salta con la pretensión de una ciencia de la economía que, sin confundirse con la ética abrace todo el hombre, y no solamente el hombre *lavorante,* Sofistica sobre la imposibilidad de encontrar una medida del trabajo, en cuanto éste, a su vez, deba medir el *calor,* y considera el *sobrevalor como* una excogitación sacada de la hipótesis constructiva de las dos clases en lucha. Por medio de muchos expedientes escribe la apología del *capitalista,* en cuanto es empresario, es decir, *trabajador* y *director;* y mientras se lanza contra la clase parasitaria y contra el comercio

engañador, postula una ética que enseñe a cada uno la parte de su deber. Se alegra, por último, de que Marx haya descubierto la importancia social de los *trabajadores menudos,* por más que hubiese caído en aquel discreto número de despropósitos que nuestro autor va haciendo notar; por ejemplo, la reducción del trabajo complicado al trabajo simple, y sobre todo, la extraña opinión de creer en la lucha de clase cuando no hay más que lucha entre individuos.

201

*

* *

Pero si tan fácil cosa es reducir a polvo el materialismo histórico; si las luchas de clase en cuanto principio de dinámica no son más que la errónea generalización de hechos mal comprendidos; si la espera del comunismo es del todo utópica; si las doctrinas del *Capital* son tan evidentemente erróneas; si todos los fundamentos quedan ya destruidos, ¿por qué el autor se afana después escribiendo otras 200 páginas sobre el *derecho,* la *ética,* la *religión,* etc., o sea sobre aquellos sistemas que llama ideológicos? A mí me habría bastado, por ejemplo, lo que se dice en las págs. 509-519, en una especie de pausa interpuesta entre la cerrada red de los párrafos, como para llegar a una cierta manera de juicio final, al cual, por defecto de estilo, fáltale demasiado la concentración del pensamiento en la concisión de los enunciados. En este intentado resumen está la característica del marxismo, lo que da mayor realce a las *tesis* del autor. Marx (esto es el jugo de la característica) señala el extremo límite de la reacción contra el *subjetivismo,* en cuanto que para él la Naturaleza es el *prius* y la conciencia no es más que resultado, y por tanto *objetivismo positivo absoluto;* para él la historia es el antecedente y el individuo, y el consiguiente, por tanto, *negación absoluta* del *individualismo,* La cuestión del conocimiento es puramente práctica. Entre naturaleza del hombre e historia humana, la ecuación es perfecta. No hay otra fuente de conocimiento del hombre que aquella que nos ofrece la historia. El hombre está todo en lo que el hombre hace. De aquí la persuasión de que las varias formas sociales no son sino formas varias de la organización del trabajo. De aquí la vista del socialismo, no ya como simple deseo o aspiración. De aquí el concepto del comunismo, no como simple sistema de relaciones económicas, sino como de una innovación de toda la conciencia, más allá de los límites de todas las presentes ilusiones y en el ajuste del humanismo positivo. Pero este extremo objetivismo choca ahora con el retorno a Kant, o sea con el criticismo. Marx fue incompleto. No supo superará Hegel, no encontró la expresión adecuada de sus tendencias, recayó en el romanticismo de Rousseau, en vano procuró separarse de Ricardo y de Smith, de los cuales intentó la crítica, y quedóse autor de un sistema incompleto. Hay en Marx una a modo de *trágica filosófica.* Utilizó para nuevos ideales las ideas viejas, no supo encontrar otros moldes para el revolucionarismo sino en los impulsos del *edonismo,* y por esto se mantuvo aristocrático y absolutista en sus pasiones revolucionarias.

203

Estos rasgos, que serían pinceladas en quien dispusiere de la facultad del estilo estos rasgos que pueden advertirnos de cómo corre a través de toda la historia una continua gran *tragedia del trabajo* ([6]), dejan impasible a nuestro autor en su académica pedantería. No opone concepción a concepción en el rápido mirar hacia una nueva interpretación de los destinos humanos, pero objeta sólo en nombre «de la misión de nuestro tiempo buscando una nueva síntesis de las ciencias» (página 513). Y aquí de nuevo Hume y Kant y la pregunta:

[6] Me permito aquí enviar el lector a mi *Discorrendo* etcétera, carta novena.

¿qué es la verdad? Y después discurre sobre la nueva *neoética,* que debe descender científicamente a la crítica de la sociedad. La nueva filosofía debe resolver el problema de la religión, que Marx creyó haber superado, haciendo de aquélla una forma ilusional. El pesimismo es la nota dominante de nuestro tiempo. Schopenhauer se acercó en parte a la verdad cuando hizo de la voluntad la raíz del mundo. El marxismo quedóse erróneamente en la negación. «El *Capital* no es más que la transcripción económica del Mefístófele de *Faust» (sic)* en la pág. 516. (Y el que no quiera creerme que lo consulte.) Por último, sabemos —si no he comprendido mal— que en el retorno a Kant y en el declinar del espíritu revolucionario hacia el parlamentarismo, consiste lo esencial de la *crisis, o* sea el comienzo de la época Masaryk en la historia del mundo.

204

*

* *

[Por lo tanto, Kant y el Parlamento! Pero ¿qué Kant? ¿El de la privadísiva vida privada del señor *Philisier,* de Königsberg, o aquel otro, autor revolucionario de escritos subversivos, que a Reine parecióle uno de los héroes de la *gran revolución?* ¿Y qué Parlamento de ordinaria y consuetudinaria hechura será el llamado a transformar la historia? Entonces diremos a Kant y a la *Convención:* «Pero esta historia sucedió a la Revolución, es decir, al desmenuzamiento de todo un sistema social, a la ruina de todo un ardan político, al desencadenamiento de todas las pasiones de clase... y basta.» El señor Masaryk, como que es profesionista de sociología académica, tiene el derecho de ignorar aquella historia viva, agitada, impulsiva, apasionada, que place a aquellos otros mortales que tienen el sentido simpatético de la realidad humana, y por esto puede cómodamente solazarse con la persuasión de que el período de las revoluciones ha pasado ya para siempre y que hemos definitivamente entrado en el de las lentas evoluciones, o más bien dicho, en el idilio de la quieta y resignada razón.

Volvamos a su casillario.

205

*

* *

La excursión por la *doctrina del Estado y del derecho* (págs. 387-426) está principalmente encaminada a combatir la vista según la cual aquél y éste son como formaciones secundarias y derivadas con respecto a la sociedad en general. El Estado existe desde los orígenes de la evolución, y existirá siempre por razones que la inteligencia y la moral aprueban (pág. 405); y después, el hombre, «por natural disposición suya, no solamente manda de buen grado, sino que se deja también mandar y voluntariamente obedece». Las desigualdades naturales legitiman la jerarquía (pág. 406). Está muy bien. Pero dado esto, ¿por qué afanarse después demostrando que el derecho no es derivable de las condiciones económicas? ¿Para qué perder tiempo combatiendo las doctrinas igualitarias de Engels, y por qué escudarse en la solemne autoridad do Bernstein (pág. 409), que habría devuelto su auge al *Estado* (¡precisamente en un artículo de la *Neue Zeit!))* puesto que los socialistas no quieren abolir· lo, sino simplemente reformarlo? Pero es tan fácil andar de acuerdo con el vulgar sentido común, que no se niega a admitir, precisamente como hace el señor Masaryk, que hay desigualdades justas y las hay injustas *(sic).* [Pero siquiera nos diese el señor Masaryk la medida justa!

206

Salto por encima del capítulo titulado *Nacionalidad e internacionalidad* (págs. 426-465) —donde el autor, además de mostrarse indignado por la eslavofobia de Marx, hace útiles observaciones sobre aquellos obstáculos al internacionalismo que nacen espontáneos del espíritu nacional—, para detenerme un poco sobre las insignes paradojas que pronuncia a propósito de la religión (págs. 455-481). Aquí se nos revela como un verdadero decadente. ¡Catolicismo y protestantismo son hechos todavía archí vivos y decisivos, además, sobre la suerte del mundo! Mejor aún, todos somos una ú otra cosa; toda la filosofía moderna es protestante, y no existe filosofía católica sino por *nefas* (¿y vuestro Comte?). En Marx hay un elemento católico, no sólo por haber adoptado el socialismo francés, que es católico y repugna a la conciencia protestante, sino porque fue autoritario, enemigo de la individualidad internacionalista y secuaz del objetivismo absoluto (pág. 476). Como la Revolución francesa fue en gran parte un movimiento religioso, hay un algo de religioso e implícito en todo el socialismo contemporáneo. En varios puntos del libro se insinúa la idea de que protestantismo y catolicismo en cierto modo recíprocamente se completan —y puede darse que el autor piense que se prepara ahora en el socialismo la religión del porvenir, atendido que «la fe es el más alto *objetivismo del hombre normal,* y por esto *ipso facto social»—,* pero el objetivismo de Marx es demasiado *bilioso* (página 480).

207

Si la religión es perenne, si el Estado es inmortal, si el derecho es natural, figuraos si la ética (págs. 482-500) no ha de ser supereterna. El autor reivindica para la *conciencia moral* el carácter del dato indiscutible e inmediato. No me detengo en declarar que no se necesita ser ni materialistas de la historia ni simples materialistas, para relegar a la categoría de fábula esta opinión infantil, y por esto hago gracia al autor de las citaciones de los artículos de revistas, en los cuales Bernstein los Schmidt y símiles socialistas habrían reivindicado las razones de la ética contra el *amoralismo de Marx* (pág. 497). No digo nada del *socialismo con respecto al arte* (págs. 500-508).

*

* *

Por todas estas razones, leyendo lo que el autor escribe en la quinta sección (págs. 520-585) en torno de la *política práctica del socialismo,* tratándola en dos capítulos titulados el uno *Revolución y reforma* Y el otro *Marxismo y parlamentarismo,* nos encontramos en presencia de un artefacto doctrinal de la más bella especie verbalística. Que el socialismo se haya ido desarrollando, en estos últimos cincuenta años, de la *secta* al *partido,* es cosa bastante sabida.

208

Que el comunismo imperativo y categórico de algún tiempo se haya convertido en democracia social, sabidísimo es también. Que los partidos socialistas expliquen presentemente una acción práctica varia y circunstanciada, como es un hecho histórico, es también por su parte hacer la historia. Que en todas estas cosas se cometan errores y haya prácticas incertidumbres, es un hecho humanamente inevitable; pero también es verdad que para comprender estas cosas es necesario vivir dentro de ellas y con mirada y sentido de histórico observador. ¿Y qué hace el señor Masaryk? No ve más que categoremas, y he aquí como el pasaje es todo, del revolucionarismo sistematico a la negación de la posibilidad de cualquier revolución del romanticismo a la experiencia, de la aristocracia revolucionaria a la ética democrática, del imperativo categórico al empirismo: del objetivismo puro a la autocriticidad, del titanismo al no sé qué, pero se sabe sólo que «Faust-Marx se convierte en elector» (pág. 562).

¡Afortunados vosotros, electores socialistas, que completáis a Goethe! y después he aquí un especioso método: comprender la persona de Marx (del cual no sé por qué el autor dice que desconoce la biografía) como indefinidamente prolongada a través de los actos y de todas las manifestaciones de *los* partidos y de la prensa socialista y poner luego a cargo del marxismo del señor Carlos Marx, como si fuesen rectificaciones y arrepentimientos propios de él las palabras los actos de todos los demás. Pero par ce q te la *Némesis* ha llegado —porque aquel bendito Marx quiso ser demasiadas cosas diferentes a un mismo tiempo, es decir, filósofo alemán y revolucionario latino, protestante y católico—, y la venganza del protestantismo ha llegado (pág. 566) de modo que aquí está el definitivo quid de la crisis, el sentido puro del nuevo 9 Termidor de Maximiliano Carlos Roberspierre Marx.

209

No valdría la pena de seguir al autor allí donde va vendimiando en toda la prensa socialista y en los actos de los partidos la prueba de la disolución del marxismo por obra de los marxistas, que serían como un Marx prolongado. Para la tesis todo es bueno, basta invocar el testimonio de E. Ferri, el cual habría dicho, no sé verdaderamente en dónde, que la república es un interés privado de los partidos burgueses. [Por consiguiente, nada de república! Y la esperanza del autor es «que, perdiendo el socialismo los caracteres agudos del ateísmo, del materialismo y del revolucionarismo, se llegue al fin a un veraz democratismo que adquiera las proporciones de una universal concepción de la ida del mundo. La política de semejante democratismo seria la verdadera política de la vida y del mundo, una política *sub specie œtenitatis»* (pág. 585). Y yo, por mi parte, confieso no haber comprendido nada de todo esto.

*

* *

210

He seguido, con insólita premura y paciencia —dado que el género de mis ocupaciones no me permite leer un solo libro todo de un tirón— las 600 páginas del señor Masaryk. Muy curioso anduve cuando lo vi anunciado. Se había hablado tanto de crisis del marxismo por tan gran número de personas de media e ínfima, y casi siempre incongrua cultura, que parecióme podía aprender mucho del *opus magnum* del autor de la nueva palabra de orden de la ciencia social. La desilusión que he sufrido, puede verse en lo que hasta aquí he venido notando.

Cierto que el señor Masaryk no tiene nada que ver con las varias especies de profesional ignorancia y de atrevida truhanería que han hecho florecer, en pocas horas, tantos críticos *definitivos* del socialismo en nuestro feliz país, donde vegetan tantas clases de anarquismo moral e intelectual, Entre el autor de que me ocupo y esta llamada crisis del marxismo en Italia, no hay de común otra cosa que la externa etiqueta, y esta etiqueta nos ha llegado ciertamente por mediación de la prensa francesa.

La honrada y modesta intención de Masaryk fue recitar el elogio fúnebre del marxismo en nombre precisamente de *otra filosofia,* La materia a criticar la ha recogido en notas de pacienzuda y minuciosa elaboración, y en nombre de qué y a qué intención ha conducido su critica, resulta claro de todo el contenido y hasta el tono humilde y moderado. La cuestión social es un *dato* —también lo es el socialismo—: socialismo y marxismo forman ya una sola cosa (el autor lo repite varias veces, y me parece que se equivoca grandemente), pero la cuestión social debe tener soluciones diversas de las que espera el *socialismo-marxismo;* por consiguiente, retoquemos, rehagamos, desbaratemos la *Weltanschauung* que

está en la base del marxismo, y puesto que los mismos marxistas estánlo discutiendo, metámonos como árbitros en la crisis.

211

Lo que en la práctica quiere verdaderamente el señor Masaryk, tal vez lo sepamos otra vez, y yo confieso que, por mi parte, no siento el afán de saberlo. Pero esta lectura me ha hecho pensar nuevamente en todo un siglo de historia de las ideas.

Desde sus orígenes que el *positivismo* anda royendo los talones al socialismo. Ideológicamente, ambas cosas nacieron casi a un mismo tiempo en la mente indistintamente genial de Saint-Simón. Fueron como el complemento, por antítesis, de los principios de la *Revolución.* La oposición entre los dos términos se viene desarrollando en la multicolora descendencia sansimoniana, y a cierto punto, Comte convirtiose en el representante de la reacción *(aristocrática,* diría Masaryk) que señala a los hombres, en el cuadro fijo del sistema, el puesto y el destino, en nombre de la ciencia *clasificada* y omnisciente. A medida que el socialismo se ha vuelto consciencia de la lucha de clases dentro de la órbita de la producción capitalista, y a medida que su sociología, varias veces mal intentada, se ha ido consolidando en el materialismo histórico, el *positivismo,* heredero infiel del espíritu revolucionario, se ha encerrado en el orgullo de la supereminente clasificación de las ciencias, que desprecia el concepto materialístico de la misma ciencia como cosa mutablemente conforme al variar de las condiciones prácticas, o sea del *trabajo.* Masaryk es un hombre demasiado modesto para volverá poner en escena el papado científico de Comte, pero es bastante profesor para creer todavía en la *Welttanschauung* como algo superior a la cuestión social de los *humildes trabajadores.* Miradlo como queráis, en todo profesor hay siempre algo de cura que crea al dios que después adora, sea fetiche u hostia consagrada.

212

Y ahora si que podemos decir que hemos comprendido.

*

* *

Tendría la tentación de citar aquí algunos párrafos de mis escritos, de los cuales resultaría claro en qué estriba la variación entre la *critica* y la *crisis*. Pero al punto a que he llegado me parece que basta.

Como la política no puede ser sino la interpretación práctica y factible de un dado momento histórico, hoy tiene precisamente ante sí el socialismo —hablo en términos generales, y sin tener en cuenta las diferencias que van de país a país— este problema verdaderamente intrincado y difícil: que mientras debe huir de perderse en las vanas tentativas de una romántica reproducción del revolucionarismo tradicional (o sea, diría Masaryk, debe huir de la ideología), debe guardarse asimismo de aquellos modos de adaptación y de consentimiento que, por los caminos de la transacción, haríanlo desaparecer en el elástico mecanismo del mundo burgués. Hay el deseo, la espera, la esperanza de tal consentimiento por parto del socialismo, que han inducido recientemente tantos y tantos portavoces del orden social presente a dar una extraordinaria importancia al modesto libro de Bernsteín, que de golpe y porrazo fue elevado a los honores de un síntoma histórico ([7]). En este hecho está la característica y la condenación, a un mismo tiempo, tanto de aquel libro como de tantas otras manifestaciones afines; pero en todo esto, el señor Masaryk no entra para nada.

[7] A propósito del libro de Bernstein, véase mi articulo en el *Mouvement Socialiste,* Mayo 1899.

EL señor Masaryk, como' verdadero profesor en ejercicio, ha hecho *filología a* través del papel impreso.

Roma 18 de Junio de 1899.

FIN